
El verano de las luciérnagas
Nora Valley

El verano de las luciérnagas

La Casa del Lago Ediciones

Nora Valley es el seudónimo de Marta Navarro, autora madrileña que escribe historias para lectoras que buscan un refugio emocional…y pasar un buen rato.

Tras comenzar su carrera entre decorados de televisión, Marta cambió los focos por las aulas y hoy es maestra de primaria. Pero incluso en los días más agitados, la escritura siempre fue su lugar seguro.

Bajo su nombre real ha publicado la novela *Luces de Navidad*, una historia cálida y emotiva que ha conquistado a muchas lectoras, y la novela infantil ilustrada *Osco von Ratt. La Navidad apesta,* llena de humor y ternura para los más pequeños.

Como Nora Valley, da vida a esas novelas románticas que te hacen suspirar, reír y replantearte la vida en una sola tarde. Historias con aroma a café, protagonistas reales, escenarios que se sienten como un hogar y emociones que laten en cada página.

@noravalley_escritora

El verano de las luciérnagas

NORA VALLEY

La Casa del Lago Ediciones

© Nora Valley, 2025.
Todos los derechos reservados.
Este libro es una obra de ficción. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en un sistema de recuperación, o su transmisión por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo y por escrito de la autora.
No está permitida su venta, cesión o distribución sin autorización expresa, ni su uso con fines comerciales sin consentimiento.
Autora: Nora Valley
Título: El verano de las luciérnagas
Primera edición: Nora Valley, 2025
Diseño de portada: Nora Valley
ISBN: 9798288571817
Este libro ha sido autopublicado a través de Amazon KDP.

Para Carolyn, la mejor de las anfitrionas.
Gracias por aquel verano inolvidable.

Capítulo 1

Me desplomé en el asiento, agotada. Había sido una semana intensa y estresante. El calor en Madrid era insoportable, y estar rodeada de niños que no paraban de moverse y sudar no lo hacía más llevadero. Sin embargo, la ilusión de aquel viaje compensaba todo eso. Así que, a pesar de estar fuera de mi zona de confort, me había mantenido alegre y de buen humor durante el embarque y la distribución de asientos. Solo ahora, con el avión a punto de despegar, me permití un momento de queja.

Había hecho caso a Kate y modificado las fechas de mi viaje. Si viajar una semana antes y volver unos días después de lo previsto significaba volar gratis a Nueva York, el esfuerzo merecía la pena. Por eso contacté con la agencia de inmersiones lingüísticas y acepté el puesto para acompañar durante el vuelo y la primera noche a aquel grupo de alumnos de un prestigioso colegio del norte de Madrid. A mis treinta y cinco años, por fin iba a sacarle partido al título de monitora de tiempo libre que obtuve durante mi primer año de carrera.

Cuando mi amiga Kate me habló de la tienda, no lo dudé. Estaba en una época de mi vida en la que me había propuesto no decir que no a casi nada. Además, solo era un vuelo con cuarenta y cinco preadolescentes. ¿Qué podía salir mal?

Me pagaban el viaje y solo tenía que aguantar a aquellas criaturas indescifrables para mí durante unas veinticuatro horas, a lo sumo. Luego, Nicholas se haría cargo de todo. O al menos eso me había prometido la coordinadora; después supe que era su madre. Kate la había conocido en sus años de profesora de inglés en España. Trabajó para ella en la oficina de Sol antes de acabar en Aranjuez, en la academia que había debajo de mi casa.

Me encontré con mi compañero de vuelo en la puerta de embarque. Intentar esquivarlo durante todo el proceso de embarque no había ayudado; fingir revisar los pasaportes de treinta alumnos para no tener que dirigirme a él había requerido de toda la

creatividad que le queda a una administrativa un cinco de julio, después de mudarse a casa de su madre y hacer una maleta para casi dos meses, teniendo sus pertenencias en cajas. Por suerte, él había llegado mucho más tarde que yo, haciendo uso de su derecho adquirido por ser el hijo de la jefa. Además, nos separaban unas cuarenta personas, así que con un saludo desde la cola bastó.

Lo conocí en las mismas oficinas del centro de Madrid en las que empezó Kate. Llegó con un grupo de estudiantes de unos dieciocho años, todas chicas, con su guitarra al hombro, saludando a todo el mundo, sintiéndose el rey del universo en aquel laberinto de aulas y pasillos en el que todos parecían adorarlo. Su madre lo interceptó en el *hall* de entrada como si fuese una celebridad.

—Nicholas, antes de que empieces con el siguiente grupo, tienes que conocer a Candela.

Nicholas se giró y, sin ningún pudor, me miró. Noté que sus ojos repasaban todo lo que quedaba expuesto con el vestido de verano que llevaba puesto un segundo más de lo debido. Entonces sonrió, y entendí por qué aquellas chicas que lo acompañaban lo miraban de esa forma. Al parecer, Nicholas era un seductor nato. Extendí mi mano, pero él, americano de nacimiento y criado en Madrid, la utilizó para acercarme un poco más hasta él y plantarme dos besos. Olía muy bien, pero era un descarado.

—¿Eres la amiga de la tía Kate?

—Así es. Encantada.

—¿Habrás preparado un bañador? En Manhattan debe de hacer unos treinta y ocho grados, así que tendremos que bañarnos en Washington Square Park.

—¿No está prohibido bañarse en las fuentes públicas? —pregunté a Mary, la madre del chico.

—No le hagas ni caso, Candela. Vas a ver que es un trabajo muy fácil; la mayoría de los chicos se pasan el viaje durmiendo, y Nicholas tiene mucha mano con ellos.

—Se nota —admití.

—Os tengo que dejar, tengo dos clases de conversación, pero nos vemos la semana que viene —dijo, sonriéndome. En unos años iba a ser un hombre guapísimo; en aquel momento solo era un

veinteañero un poco presuntuoso—. Jefa, encárgate de darle por escrito todos los detalles de horarios, itinerario, contactos de las familias, etc.

—Claro —respondió la madre, y no sé por qué, algo en su reacción me dijo que no era ella quien debía encargarse de todo eso. Pero no era de mi incumbencia. Yo solo quería firmar el contrato, dar mis datos bancarios y salir de allí pitando para devolverle a Saúl las llaves del que había sido nuestro piso los últimos seis años.

La ruptura había sido bastante civilizada. Casi me daba pena la falta de drama.

Cuando por fin tomamos la decisión, Saúl pareció aliviado. Y lo entendía. Lo entendía a la perfección, porque yo sentía lo mismo.

Era triste no estar triste. Habían sido diecisiete años juntos.

Cuando el frenesí de embarcar, sentarse, cambiarse de sitio y hacerse selfis se diluyó, me abroché el cinturón, por fin. Cerré los ojos, me recogí el pelo en un moño alto y me dispuse a descansar. Tenía ocho horas de avión por delante. Con un poco de suerte, mi compañero me vería dormida y no se molestaría en acercarse. Seguía todavía de pie, bromeando con algunos de los chicos del viaje, y llevaba su carpeta en la mano. Todavía no había pasado lista a su parte de los alumnos, pero eso no era mi problema. Mis veintitrés preadolescentes estaban sentados y con el cinturón bien abrochado.

Me abandoné al ruido de las ruedas sobre la pista y, cuando quise darme cuenta, habíamos despegado. Realmente estaba muy cansada si podía dormir durante la parte más ruidosa de un vuelo. Abrí los ojos para cerciorarme de que todos los alumnos estaban donde debían, pero lo que vi me obligó a fingir de nuevo que dormía.

¿Nicholas estaba sentado a mi lado? Sí, lo estaba.

—¡Compi! ¡Qué bien lo hemos hecho! Este viaje va a ser pan comido —me dijo con una alegría que me molestó en todas y cada una de las formas posibles.

Sonreí.

—Ya verás, Nueva York te va a encantar.

—Seguro —respondí, intentando sonar entusiasta. No estaba por la labor de explicarle que había estado un puñado de veces en aquella ciudad y que conocía bastante bien la costa Este gracias a mi amistad con Kate.

—Bueno, te tengo que dejar —dijo, levantándose—. En realidad, estoy sentado allí —señaló dos filas por delante de la mía, en diagonal—. Solo he venido a saludarte.

—Muchas gracias —respondí, tragando saliva. La sensación de alivio se había apoderado de mí al saber que no tendría que hablar con él durante ocho horas.

Di las gracias una y otra vez por la mujer que se sentaba a mi derecha. Incluso el carraspeo tan molesto que tenía me pareció mejor que tener a Nicholas hablándome durante todo el vuelo.

Ahora sí, decidí dormirme, no sin antes arrepentirme un poco de aquel viaje. No llevábamos ni media hora de vuelo y ya se habían levantado dos chicas para quejarse de sus compañeros o ir al baño. Gracias a Dios, era capaz de dormirme en milésimas de segundo. Era imposible perder a un alumno en un avión a diez mil metros de altura y, además, estaba Nicholas. Así que me tapé con la manta en un intento de hacerme invisible para todos. Intenté aprovechar aquel trayecto para dormitar. Al fin y al cabo, no iba a Rye a descansar ni a hacer turismo. Iba a montar una tienda de antigüedades.

Conocí a Kate hace veinte años. Tenía apenas quince y acababa de cambiarme de instituto; el inglés era mi asignatura más temida. Kate tenía entonces unos veinticinco años y acababa de mudarse a nuestro barrio, y aquello fue toda una revolución. ¡Una americana viviendo en uno de los edificios de protección oficial en los que yo vivía con mi madre, recién separada! ¡Y, además, compartía piso con otros extranjeros!

Cuando mi madre se enteró de que la nativa del pelo rojo como el fuego daba clases en la academia de Marisa, no dudó en apuntarme. Lo último que quería era que yo acabase repitiendo y quedándome descolgada de los estudios, como si perder un año fuese una especie de maldición que auguraba un futuro profesional triste y precario.

Kate era un soplo de aire fresco en un barrio de hormigón gris, con jardines de grama y setos despeluchados que los jardineros del ayuntamiento podaban una vez cada dos años, si había suerte.

Al principio solo era una clase particular más, pero, poco a poco, Kate fue convirtiéndose en alguien importante para mí. Estuve todo el bachillerato yendo a clase religiosamente los martes y los jueves. Durante los años de Administración de Empresas, Kate me invitó a una clase de conversación que hacían los jueves en la cafetería de enfrente de la academia. Fue ahí donde mi admiración por aquella americana libre y valiente se convirtió en una amistad de verdad.

Cuando terminé la carrera, Kate me invitó a pasar el verano con ella en casa de sus padres y, aunque a Saúl no le hizo mucha gracia, volé hasta Nueva York más feliz de lo que recordaba haber sido nunca. ¡Iba a pasar un verano entero con mi profesora!

Kate volvió a Estados Unidos la siguiente primavera y me dejó un poco huérfana, pero seguimos hablando y enviándonos paquetes por Navidad y en los cumpleaños. ¡Aquellos paquetes con Reese's, libretas y artículos de papelería me encantaban!

Había vuelto a visitarla un par de veces más y, cuando saqué mi plaza como funcionaria, Saúl y yo pasamos una semana en Nueva York y cuatro días con ella y Paola, que acababan de formalizar su compromiso. Fue uno de los viajes más bonitos que recuerdo. Paola era una mujer increíble: hija de italianos emigrados, llevaba la cultura de su país con orgullo. Aquel verano, Kate debió de coger al menos seis kilos con los platos de pasta que Paola preparaba para cenar.

Esta vez volaba a su Rye natal para ayudarla con la apertura del negocio de sus sueños: una tienda de antigüedades. No sabía muy bien cuál iba a ser mi cometido, pero estaba dispuesta a colaborar en lo que fuera, especialmente en la búsqueda de tesoros. Recorrer los *yard sales* con Kate había sido una de las cosas que recuerdo con más cariño de cada viaje.

Al día siguiente me despertaría en Nueva York y estaría a un viaje en tren de las tardes recorriendo tiendas de segunda mano y comiendo pasta y *cannolis* cocinados por Paola.

Y, con un poco de suerte, me invitarían a comer al Red Lobster, un restaurante de franquicia que ellas detestaban, pero que hacía las delicias de una española deseosa de comer con los dedos en una mesa de cubículo tapizada en piel granate.

Pero antes, todavía tenía que sobrevivir a este vuelo.

De repente, sentí que el corazón se me encogía y que el cuerpo se despegaba del asiento, empujado por una fuerza que venía desde la parte de abajo del avión. No había que ser muy listo para saber que algo no iba bien.

Capítulo 2

Las azafatas surcaron el pasillo con brío, pero sin dejar de sonreír. Les costaba mantener el equilibrio hasta llegar a la cabina. El murmullo se extendió por el avión y Nicholas se giró hacia mí con expresión despreocupada.

—No es nada —me dijo.

Aunque yo solo pude leerle los labios, porque los niños se habían empezado a poner nerviosos y se giraban buscando una respuesta que, al menos yo, era incapaz de darles.

La voz del capitán resonó entre todas las voces de preocupación; los altavoces, con su ruido ronco del comienzo, hicieron que todo se quedara en silencio.

—Señores pasajeros, por favor, permanezcan en sus asientos y mantengan la calma. Tenemos una situación inesperada.

Se me cerró el estómago; sentía el pulso en las sienes.

¿Qué era una situación inesperada?

Agarré el reposabrazos con fuerza y cerré los ojos. Estaba muerta de miedo. ¿Cómo iba yo a tranquilizar a veintitrés adolescentes que, en ese preciso instante, temían por su vida?

Dos minutos después, las maletas inundaban el pasillo y los gritos de cuarenta y cinco preadolescentes habían convertido el avión en el mismísimo infierno. Me dolían las manos de agarrarme a los reposabrazos y tenía un grito ahogado en el fondo de la garganta que me iba a asfixiar. Con el segundo descenso, chillé como un niño más y, cuando por fin el avión pareció retomar el rumbo y continuó su avance entre las nubes, me encontré con la mirada de Nicholas que, desoyendo las órdenes de seguridad de las azafatas, se había levantado para ver cómo estaba.

—Estoy bien —mentí, pasándome la mano por la frente sudorosa.

Me raspaba la garganta por el esfuerzo, y todo a mi alrededor parecía lejano y borroso. Cerré los ojos un segundo y, cuando los volví a abrir, Nicholas abrazaba a uno de los chicos, casi tan alto como él, que, como yo, estaba en *shock*. Sin poder reaccionar

todavía, lo observé en silencio. Observé cómo hablaba para tranquilizarlo y cómo, con un simple gesto, aplacaba los nervios del resto de compañeros. Observé cómo le dejaba espacio para recomponerse y cómo hablaba con el resto, dando instrucciones breves y precisas. Sostuvo a aquel chaval muerto de miedo y se sentó junto a él en el pasillo hasta que el agua de las azafatas y las palabras del capitán nos calmaron a todos.

Había descubierto un Nicholas sereno y protector que no esperaba. Estaba maravillada con la escena cuando se giró hacia mí para cerciorarse de que yo también estaba bien y, sin saber cómo, el ruido y los nervios del interior del avión desaparecieron.

El capitán se disculpó por las turbulencias —¡las primeras de mi vida!— y yo estuve segura de que mi viaje —mi nueva vida— estaba a punto de comenzar con el pie más equivocado posible.

Cuando quedaba una hora para aterrizar, me levanté a disculparme con Nicholas. De repente, sentí cierta vergüenza, porque ningún alumno había recurrido a mí para ir al baño, para quejarse del hambre o para preguntar cuánto quedaba de vuelo en las siete horas y media que duró.

—Nicholas, ¿podemos hablar un momento?

—Sí, claro. Déjame que le recuerde una cosa a Jana y te sigo.

—¿Quién es Jana? —pregunté sin pensarlo dos veces.

—La chica del pelo rosa —me explicó sin darle importancia, pero había sido otra forma más de dejar claro mi incapacidad para aquel trabajo, por mucho que solo fuese a durar veinticuatro horas.

—Ah, sí, es muy maja —respondí con otra mentira, pues no había cruzado con ella ni una palabra.

Le esperé en la puerta de los baños un par de minutos más de lo que me hubiera gustado, pero los chicos no paraban de bromear y reclamar a Nicholas, que en aquel momento parecía más una estrella del pop que un monitor.

—Mira, solo quería disculparme por lo de antes.

—¿Por el chillido cósmico?

—¿Chillido cósmico? —repetí sin tener ni una pista de lo que significaba.

—Bueno, casi rompes los cristales del avión, y están pensados para ser indestructibles, créeme.

Ese «créeme» me sacó una sonrisa tonta que tuve que reprimir con bastante esfuerzo. ¿Qué demonios me pasaba? Era solo un crío de veinticinco años. No tenía derecho a ponerme así de nerviosa.

—Por eso también —añadí—. Es que nunca me había visto en una situación así y, no sé, me siento un poco mal por no haber sabido reaccionar...

—No pasa nada, Candela.

—Pero no te he ayudado con...

—Con Javi —respondió, haciéndome más consciente todavía de lo poco útil que estaba resultando.

—No te agobies, es que soy muy bueno con los nombres, es como un don.

—Ya, claro.

Nicholas alzó la mano en el aire, esperando que le chocara los cinco, pero, en lugar de seguirle el juego, me quedé mirándolo. Y entonces, como si una neblina se disipara de golpe, vi lo que realmente era: un chico atractivo, sí, pero también diez años menor que yo, con una vida repartida entre California y Madrid, volviendo a las faldas de mamá para trabajar unos meses antes de lanzarse de nuevo a vivir sin ataduras. Un trotamundos encantador, de los que te prometen el mundo y desaparecen al llegar el invierno.

Capítulo 3

En Nueva York eran las diez de la mañana, los chicos estaban eufóricos y todavía teníamos que llegar hasta el hotel situado en Brooklyn Heights. Por suerte, aquellos chavales debían de ser de un barrio muy distinto al mío, y sus padres habían pagado gustosamente la tarifa de autobús de cien dólares para que los llevaran hasta la puerta del hotel, cosa que agradecí muchísimo, porque no podía imaginarme cogiendo un tren y el metro con las maletas a cuestas.

Una hora y media más tarde, Nicholas y yo habíamos pasado lista y nos disponíamos a hacer el *check-in* en el hotel. Eran veinte habitaciones para los alumnos y una para los monitores.

Supongo que mi compañero debió de ver la sorpresa en mi cara, a pesar de que no me atreví a decir ni una palabra.

—Siempre es así, se comparte habitación porque, al final, hay que hacer guardia toda la noche.

—Claro, ya me lo imaginaba —mentí de nuevo.

—Yo saco mi colchón al pasillo y así evitamos que haya algún gamberro colándose en la habitación que no debe.

Mi cara debió de ser un poema. ¿Cómo que dormir en el pasillo? ¿Visitas nocturnas? Pero si aquellos chicos no llegaban a los dieciséis años… Definitivamente, esto no era para mí.

—Normalmente, duerme fuera el nuevo —dijo con socarronería—, pero, por ser tú, te lo perdonaré.

—¿Por ser yo? —pregunté sin atreverme a mirarle a los ojos.

—Por ser amiga de mi tía Kate.

—Ah —dije, un poco decepcionada y sorprendida por lo rápido que mi mente había cavilado otras razones, todas absurdas e inapropiadas.

—Bueno, no es exactamente mi tía, pero bueno, tú ya lo sabías, ¿no?

—Sí, sí —respondí, un poco nerviosa por la actitud de Nicholas, que no dejaba de sonreírme y mirarme de aquella forma tan directa

y descarada.

—¿Vas a ayudarlas con el negocio? Me lo contó mi madre.

—Nicholas, a Juan se le ha abierto la pasta de dientes en la maleta de mano.

—¡Se ha pringado todo! —oí a mi espalda, y Nicholas desapareció entre los chicos, dejándome ante el mostrador con veintiuna tarjetas numeradas que servían como llave, un plano del hotel y algunos teléfonos anotados en el reverso de un mapa de la zona.

—Lola y Raquel, a la 202 —alcé la voz, pero nadie me escuchó—. ¡Por favor, atended!

Nada.

—¡Chicos, voy a leer el reparto de habitaciones! ¡Escuchad!

El griterío no cesó, ni siquiera logré que se giraran a mirarme. Entonces, Nicholas, desde dondequiera que estuviese, gritó:

—¡Eo, eo!

Y los cuarenta y tres chicos respondieron al unísono:

—¡Oé!

—Candela va a hacer el reparto de habitaciones. No se admiten quejas.

Comencé a leer las parejas que dormirían juntas mientras Nicholas se peleaba con la maleta manchada de dentífrico. Cuando se puso a mi lado, olía a menta.

—En una hora y media salimos hacia Manhattan. El que no esté en la puerta a esa hora se queda en tierra. Id acostumbrándoos a ser puntuales o lo vais a pasar muy mal en *Moon Camp*.

Arrastré mi maleta hasta el primer piso y, aunque lo único que deseaba era tumbarme en la cama y ducharme, al ver cómo mi compañero dejaba su maleta junto al ascensor e iba pasando revista a cada habitación, supe que lo de tumbarme y poner los pies en alto iba a tener que esperar.

Ayudé a varias chicas a abrir maletas más grandes que ellas y a otras dos a pintarse bien el *eyeliner*. No todos los días se paseaba por Central Park ni se subía a ver el Empire State.

—Tengo que salir bien en las fotos, tía —se decían entre ellas.

—¡Candela, te necesito en la 214! —oí a Nicholas desde algún punto de la primera planta.

Al entrar en la 214, me encontré a Nicholas colocando su maleta y la mía frente a las camas.

—¡Por fin! —suspiró—. Los niños están instalados, no hemos perdido ninguna maleta ni ningún niño. Nos merecemos —miró su reloj con cara de circunstancia— cinco minutos de descanso.

—Menuda suerte tenemos —bromeé yo, y Nicholas sonrió.

—Túmbate y descansa, que el día va a ser largo y la noche más... —guardó silencio un segundo y añadió—: Ha sonado un poco mal.

—Mejor, déjalo —dije, descalzándome y tumbándome en la otra cama. No entendía por qué me ponía tan nerviosa aquel chico.

—No quería decir eso.

—Estoy segura. —Recé para que no notase cómo se coloreaban mis mejillas.

—O sí… —oí que murmuraba, pero, cuando me incorporé para mirarlo, había cerrado los ojos y no supe si me lo había imaginado o no.

Por un instante, me fijé en su piel, ligeramente dorada por el sol, y en su pelo castaño desordenado sobre la frente. Me indignó que tuviera ese poder sobre mí. Ya era mayorcita para esos juegos de miradas y sonrisas a medias. Pero no pude evitar seguir observándolo. Tenía una nariz recta y ancha que le daba un aire exótico, casi intrigante. Sin duda, me habría colado por él si fuese mi monitor de campamento y yo tuviese veinte años menos.

Entonces, sin abrir los ojos, sus labios dibujaron una sonrisa y murmuró:

—Sabes que me estás mirando, ¿verdad?

Capítulo 4

La avenida Broadway se extendía imponente frente al primer asiento del autobús. Eran casi las dos de la tarde y el interior del vehículo se llenaba de murmullos de admiración y, sobre todo, de quejas por el hambre. Cuando el autobús se detuvo, bloqueando el tráfico en la intersección de la Quinta Avenida con la calle 23, al ruido insoportable de los alumnos protestando se sumaron los bocinazos y las maldiciones de taxistas, repartidores y conductores hartos del calor abrasador de julio, que hacía hervir el asfalto a treinta y seis grados.

Fui la primera en bajar y esperé pacientemente a que todos los chicos se colocaran en la acera. El último en salir fue Nicholas, que había elegido sentarse al final del autobús para «controlar», según me dijo, aunque pasó la mayor parte del trayecto cambiando de asiento, charlando con unos y con otros. Lo agradecí, porque el ambiente en la habitación había sido incómodo.

—Es que te pareces mucho a Mary.

Claro que no se parecía a su madre, pero no se me ocurrió otra cosa que decir antes de fingir que dormía también.

—Candela, ayúdame a sacar esto —alzó la voz entre los disparos de móviles y *selfis* con el Madison Square Park como telón de fondo.

Sacamos entre los dos tres grandes cajas de plástico y comenzamos a repartir bolsitas con el *picnic* de hoy: refresco *light*, agua, sándwich de pollo y chocolatina.

—No es que sea muy sano, que digamos —objeté.

—No lo es, pero es lo que comen todos. ¿Nunca has ido de campamento, verdad?

—Una vez, de acampada. Pero no recuerdo mucho; lloré todas las noches hasta que vinieron mis padres a por mí.

—Vaya, vaya, no tienes pinta de desertora…

—Profe, ¿no hay sándwich de otra cosa? No me gusta el pollo…

—No pasa nada, Rubén. Si comes menos, meriendas más.

—¡En marcha! —gritó Nicholas, dando dos golpes en el lateral del autobús, lo que hizo que el conductor bajara la puerta del equipaje y se pusiera en marcha.

—Quédate atrás para que no se despiste ninguno —me propuso, y yo obedecí encantada. No tenía ningún interés en tener que ir hablando con él todo el camino. Era un poco pretencioso y sabiondo, además de encantador y atento. Lo que le convertía en el típico hombre del que huiría sin pensarlo. Solo que, además, no era un hombre: era solo un veinteañero.

Me maldije por perder el tiempo en aquellas bobadas. Quedaban menos de veinte horas y estaría en Rye ayudando a mi gran amiga Kate con su tienda de antigüedades, cenando *ravioli* al pesto en su terraza y bebiendo vino mientras charlábamos de nuestra vida. ¡Hacía más de dos años que no nos veíamos! Tendría que empezar por la ruptura con Saúl, lo que era bastante deprimente, la verdad.

Nos situamos alrededor del estanque redondo que reflejaba con viveza el verde de las copas de los árboles y Nicholas se apresuró a poner la primera norma:

—Nadie mete los pies en el estanque; no queremos que nos detengan por envenenar a la ciudad de Manhattan entera —lo que desencadenó un montón de risas y chistes sobre el hedor de las habitaciones.

—Dejamos todo como nos lo hemos encontrado. No puede quedar ni un papel en el suelo. Tenemos media hora y seguimos con el itinerario.

—Nico, a mí esta zapatilla me hace rozadura.

—¡Eso era en Madrid, Carmen! Aquí en Nueva York no te va a doler, ya lo verás.

—¡Yo me quiero echar la siesta!

—¡A mí no me gusta el chocolate!

—¡Eo, eo! —volvió a gritar Nicholas, lo que hizo que todo el mundo en el parque nos mirase.

—¡Oé! —corearon todos.

—Si queréis un ratito en la tienda de M&M's, hay que cumplir con los tiempos. Vosotros veréis.

Comí con tres niñas de unos doce años, que a todas luces eran las más pequeñas e infantiles de todo el campamento. Luz, Ana y Clara se sentaron en un rincón, de espaldas al resto del mundo. Ana sacó dos muñecas de su bolsillo y las sentó entre ella y Clara. Luz se volvió a dar crema solar y la cara se le quedó blanca y pegajosa, lo que le daba un aspecto bastante cómico, pero que no parecía llamar la atención de sus amigas.

—¿Es la primera vez que venís de campamento?

—No —respondieron a la vez sin parar de masticar el sándwich.

—Luz y yo venimos a *Moon Camp* desde los ocho años —respondió Clara.

—Somos primas —dijo Luz, orgullosa—. Esta es la parte más rollo; cuando llegamos a las cabañas mola mucho más.

—Sí, el lago es muy guay. A mí lo que más me gusta es preparar las veladas nocturnas, sobre todo cuando hay baile.

—Y las historias en el fuego, aunque a veces Nicholas nos mete mucho miedo.

—Pues ya verás este año, que venimos en el turno de los mayores.

Me limité a escucharlas hablar de aquel campamento en el que navegaban en *kayak* cada mañana, hacían vela al atardecer y cantaban canciones frente al fuego antes de irse a dormir a sus cabañas de madera, que según decían estaban en un bosque de secuoyas enormes donde había luciérnagas y marmotas. ¿Se lo estarían inventando? ¿Esos campamentos existían?

—Ten —Nicholas me ofreció un vaso de cartón y sacó un pequeño termo de su mochila—. Es café con leche de avena. Sally siempre tiene un detalle con los monitores —dijo, sacando un pequeño táper con dos galletas de avena y arándanos.

—¿Quién es Sally?

—La cocinera. —Ante mi sorpresa, añadió—: Son más de siete años viniendo, con dos turnos de acampados cada verano.

Asentí, probando el café, un poco aguado para mi gusto, pero era algo contra lo que no podías luchar en Estados Unidos. El café era malísimo; en cambio, los dulces eran deliciosos, montañas de azúcar

y mantequilla. ¿Cómo iban a estar malos? Las galletas de Sally no fueron la excepción.

—Venga, te cedo el honor.

Casi me atraganté con el último sorbo del café. Mi cara debió de ser un poema; no sabía cuál era ese honor. ¿Ir con él a la cabeza del grupo?

—Vamos, Candela —arengó a los niños para que gritasen mi nombre.

En los edificios del parque retumbaban los «¡Candela, Candela!» acompañados de palmas que animaron a más de un viandante a pararse y gritar mi nombre también.

—No sé qué tengo que hacer —dije, avergonzada.

—El "eo, eo" —me susurró al oído, y mi piel se erizó fuera de control, como si no hubiera cien personas con los ojos puestos en mí.

—No —respondí casi suplicando.

—¡Candela, Candela! —siguió gritando—. Tú puedes, hazlo.

Y aquello me sonó a provocación, a algo prohibido. Me gustó, me hizo contraer todos los músculos del cuerpo y odiarme a mí misma por ser tan tonta y caer en todos sus juegos. No me quedó más remedio que hacerlo.

—¡Eo, eo!

—¡Oé!

Mientras niños y desconocidos me aplaudían, el abrazo de Nicholas, Luz, Clara y Ana me hizo sonreír como una boba.

Y mientras el bullicio del parque se disipaba, me fastidió darme cuenta de que Nicholas no solo tenía a los chicos en la palma de su mano.

Capítulo 5

Manhattan en verano era como sumergirte en todas las películas de tu infancia y, aun así, maravillarte por todo lo que habías visto mil veces en la pantalla. Los niños señalaban ruidosamente los puestos de *hot dogs* callejeros, las lámparas rojas y brillantes de Chinatown y los rascacielos puntiagudos del *downtown*. Gritaron sus nombres desde la terraza del Rockefeller Center e inmortalizaron, muchas más veces de lo necesario, cada rincón que nos llevó hasta el barrio de Chelsea. Terminamos en el Hudson viendo anochecer y, aunque las quejas por el cansancio, el dolor de pies y el calor asfixiante del asfalto de la ciudad en julio podrían haber estropeado aquella jornada, no lo hicieron. El autobús llegó justo a tiempo.

—Solo espero que ahora no se pongan a cantar —le dije en voz baja a Nicholas cuando terminé de contar a los niños y comprobar que llevaban todo.

—Están fundidos, ni se van a mover.

—Claro —respondí, incrédula. Aquellas criaturas siempre tenían energía para quejarse o molestar. Sobre todo, los mayores.

Me senté en mi asiento y dejé en el de Nicholas mi bolsa con los restos del *picnic* y las postales que había comprado para mandar a mi madre durante el verano. Me descalcé y, a riesgo de que me reprendiera el conductor, abrí la chocolatina de mantequilla de cacahuete y chocolate con leche medio derretida que me quedaba. Y fue entonces cuando fui consciente: en el autobús solo había silencio. Silencio de verdad.

Me giré y vi a Nicholas en el asiento que daba a las escaleras de la parte trasera, junto a un estudiante de gafas y pelo largo que apenas había hablado con nadie en toda la excursión. Estaban conversando animadamente, aunque no podía escuchar de qué. El chico parecía alegre y cómodo. No lo había visto así en todo el viaje. Quizá solo necesitaba atención.

Decidí que era el momento de echar una cabezadita antes de que alguien se hiciera pis.

Las duchas y la cena volvieron a ser un caos difícil de controlar, pero al menos los macarrones con queso gratinados y el *pudding* con nata estaban deliciosos. Estaba claro que los alumnos conocían el sistema: uno servía el agua, otros recogían los platos y los llevaban hasta el carro de las bandejas, y el resto esperaba en su sitio las instrucciones de Nicholas.

—¿Pero no se supone que esto es un restaurante?

—Lo es, pero un poco de ayuda no le viene mal a nadie. Y los chicos saben hacerlo, en *Moon Camp* sirven también ellos la comida. Además, así me gano a Sally y el año que viene puedo pedir más galletas —añadió con una sonrisa pícara que le iluminó los ojos como a un niño.

—Antes de subir a las habitaciones —dijo, alzando un brazo. Todos le imitaron hasta que el comedor quedó en silencio, incluidas las dos parejas de ancianos que hasta hacía unos segundos charlaban animadamente—, vamos a recordar algunas cosas. Mañana tenemos que estar despiertos a las siete de la mañana para salir a las ocho. A las siete y media se bajan las maletas al *hall* de entrada y bajamos a desayunar. No volvemos a la habitación. Esta noche es la última que vais a descansar con estos lujos —dijo, señalando el comedor, que era bastante austero, aunque mucho mejor que las cabañas de madera—. También es la última vez que os vais a duchar con agua caliente.

—¡Tío, las duchas del *Moon Camp* son un asco!

—Yo hace dos veranos que no me ducho allí —se oyó al fondo del comedor.

—Aprovechad para dormir, no quiero incursiones nocturnas ni lloros porque echáis de menos a mamá. ¿Vale, Óscar? —interpeló al «guaperas» del campamento, lo que hizo que todos se rieran, incluido él—. ¡Venga, a descansar todos! En media hora, todas las luces apagadas.

Y, efectivamente, en media hora, todas las luces estaban apagadas. Pero eso no significaba que los chicos se fueran a dormir tan fácilmente.

Tuvo que pasar más de una hora para que Susana y Paula se dignaran a dejar de hacer ruido probándose ropa y riéndose con

esas ganas que solo tienes a los dieciséis años.

Y, por fin, la calma. El final de mi jornada.

—Me voy a duchar y me acuesto, el día ha sido eterno —le dije a Nicholas cuando, por fin, comprobé que las habitaciones que me correspondían estaban en orden.

—Luego paso a lavarme los dientes y te doy las buenas noches —me dijo cuando ya me había girado.

Ni siquiera me atreví a mirarle a la cara, así que seguí caminando hasta la habitación hecha un flan. ¿Era yo o Nicholas no dejaba de insinuar cosas que nunca iban a pasar?

No me atreví a ponerme el pijama. Estaba convencida de que, por una cosa u otra, iba a tener que salir en mitad de la noche. Busqué en mi maleta y encontré unos *leggins* y una camiseta.

Y menos mal.

De otra manera, no habría podido seguir a Nicholas hasta la azotea. En aquel momento no sabía que lo que estaba a punto de pasar iba a cambiar el resto de mi verano.

Capítulo 6

Las luces de Nueva York se colaban por mi ventana y el silencio del pasillo me ponía nerviosa. Nunca había dormido en una habitación de hotel con la puerta abierta y, además, sabía que Nicholas iba a entrar en algún momento, y eso me mantenía alerta, mucho más de lo que estaba dispuesta a aceptar.

Revisé mi Instagram, escribí a mi madre para darle las buenas noches y, en un acto de masoquismo, tecleé en WhatsApp el nombre de mi exnovio. Releí el último mensaje, el del día en que, por fin, el piso quedó limpio y no nos unía nada más que el cariño de tantos años. Miré su estado y no había nada nuevo, aunque me sorprendió la nueva foto de perfil. En ella aparecía solo él, de espaldas, frente a una playa que, a primera vista, desconocía. Hice memoria; seguramente, incluso había hecho yo misma la foto, pero no lo recordaba, al igual que la camiseta de rayas azul marino: era nueva. Movida por la curiosidad, entré a su Instagram, pero, para mi sorpresa, no pude ver sus publicaciones. ¿Saúl me había bloqueado? No me lo podía creer. Nos habíamos despedido con un abrazo, con la promesa de vernos a la vuelta del verano. No es que yo tuviera ninguna esperanza romántica; de hecho, yo había dado el primer paso para acabar con una relación en la que me sentía atrapada por la grisura de Saúl, la rutina, la tele después de cenar, el pádel los sábados... Todo era como un agujero negro en el que me estaba deshaciendo. Pero bloquearme, eso era muy mezquino, hasta para Saúl.

Me puse de pie y recorrí la habitación en un intento de que los nervios y el enfado no me pusieran en estado de taquicardia. Me asomé a la ventana, esperando que el aire fresco llenara mis pulmones y pudiera deshacer el nudo que tenía en la garganta. Estaba furiosa, indignada. Me quedé un rato mirando las luces de la ciudad, intentando poner en orden todo lo que estaba sintiendo. Y solo me quedó una respuesta: Saúl había conocido a alguien. Esa

era la única explicación que justificaba que se hubiera tomado tan bien mi decisión de dejarle.

—¿Puedo pasar o te interrumpo el entrenamiento para la maratón? —me espetó Nicholas desde el marco de la puerta. Debía de llevar un rato ahí fuera.

No le respondí, ni siquiera me giré. Asentí y seguí mirando por la ventana. Oí que encendía el agua de la ducha y, mientras se duchaba, salí al pasillo en busca de la máquina expendedora. No tenía hambre, un café no iba a ayudar, pero necesitaba moverme y tampoco tenía muchas ganas de encontrarme con Nicholas y sus jueguecitos de universitario.

De camino a la planta baja, me encontré con el chico de las gafas, desorientado en mitad del pasillo. Llevaba el pelo recogido y un pijama estampado con dibujos *manga* de color rojo que parecía reflejar la luz y daba a todo el pasillo un ambiente inquietante.

—Hola —le dije a medida que me acercaba a él, pero el chico no parecía verme—. ¿Necesitas algo?

No me miraba, en realidad creo que ni me veía. ¿Estaba dormido? ¿Era sonámbulo?

—Soy Candela, ¿sabes dónde estás? —pregunté sin acercarme demasiado.

Se dio la vuelta e intentó abrir una puerta que no existía. Ahí supe que tenía que llamar a Nicholas. Me daba miedo dejarle solo, pero tampoco sabía cómo manejar aquella situación. Finalmente, retrocedí de espaldas, sin dejar de mirarlo y, al entrar a la habitación y perderle de vista, golpeé con fuerza el baño.

—¡Nicholas, sal, por favor! ¡Hay una emergencia!

Supongo que notó la desesperación en mi voz, porque cuando Nicholas apareció a mi espalda en el pasillo, donde yo solo contemplaba al chico sin saber cómo acercarme mientras deambulaba de una pared a otra, iba descalzo y solo llevaba una toalla.

—David, ¿nos vamos a la cama? —le dijo, pasándole un brazo por encima del hombro con cuidado.

El chico se dejó guiar y, con paso lento, se alejaron de mí por el pasillo. No aparté mi vista de su espalda ancha ni de sus piernas

atléticas todavía mojadas. Entonces, se giró y, con un gesto de la mano, me indicó que estaba todo bien y podía volver a la cama.

Bajé y saqué un refresco de frutos rojos y me repetí que era la última vez que me metía en un lío como este. «Zapatero, a tus zapatos», me pareció escuchar la voz de mi madre cuando le dije que iba a aceptar la propuesta de la academia para volar gratis.

Cuando subí a la habitación, Nicholas todavía no había vuelto ni estaba en el colchón que había dispuesto en el distribuidor de la planta. Decidí asomarme a las habitaciones de los chicos. Quería saber que, al menos, David se encontraba bien. Cuando me asomé, el chico estaba durmiendo plácidamente en su cama y mi compañero estaba sentado a los pies de su cama.

—¡Ven, ven! —me susurró al verme. Entré un poco incómoda; él estaba casi desnudo y había dos adolescentes durmiendo. No entendía muy bien por qué me necesitaba.

—Hazme una videollamada, por favor.

—¿Ahora?

—Sí, ahora —dijo, colocando su móvil en la mesilla y sujetándolo con la lamparita de noche que estaba encendida. Busqué su contacto y, antes de que pudiese siquiera vibrar, Nicholas había descolgado el teléfono.

—Ahora, ya podemos dejar a David que duerma tranquilo.

Salí detrás de él sin decir nada, pero eso no era un problema para Nicholas, que siempre sabía qué decir o cómo romper el hielo.

—Le pasa todos los años, aunque suele ser hacia el final del campamento. Este año está más nervioso, su madre se ha vuelto a casar y no lo lleva muy bien.

Me sorprendió cómo conocía a cada alumno, pero no dije nada.

—Espérame aquí, me visto y salgo —me ordenó con una sonrisa vaga cuando llegamos a la puerta de nuestra habitación—. Asegúrate de que no se levante —dijo antes de desaparecer, dejando su móvil apoyado en una silla para poder ver al chico.

Un minuto después, salió con un vaquero y una camiseta de Nirvana.

—¿Te gusta ese grupo?

—¿A ti no? —me respondió, sorprendido.

—A mí sí, pero no sé, pensé que te gustaría Harry Styles, Taylor Swift...

Nicholas se rió con una sonrisa amplia que hacía que se le dibujara un pequeño hoyuelo en la mejilla izquierda. Se pasó las manos por el pelo mojado y supe que se estaba callando la respuesta.

—¿A dónde vamos? —pregunté, sorprendida por la dirección de sus pasos, que cruzaron de nuevo el pasillo de los chicos y llegaron hasta la escalera de emergencia.

—Reunión de campamento para revisar el día y preparar todo lo de mañana.

Guardé silencio y le seguí por la escalera de incendios hasta el último piso, cada vez más confundida. Llegamos a la planta quinta y Nicholas saltó el pequeño muro de ladrillo rojo donde terminaba la escalera. Yo hice lo mismo.

—¿Estamos haciendo algo ilegal?

—Depende, ¿David sigue durmiendo?

Asentí; el crío ni se había movido desde que Nicholas le había dejado durmiendo en su cama.

Le tendí el móvil y Nicholas lo colocó en el muro, justo entre nosotros dos.

—Mira esto, Candela. *It's a beautiful world, isn't it?*

Oír su acento fue como una chispa que me hizo despertar en aquella noche calurosa. Le vi en su elemento, recién duchado, a la luz de la luna, bajo la estela de las pocas estrellas que se escapaban a la contaminación de la gran ciudad.

Me pareció fascinante.

Era alto, tenía el pelo revuelto y todavía húmedo, y me miraba de una forma en la que no recordaba que lo hubiera hecho nunca Saúl.

—Ha sido un día largo —dijo, volviendo al español, y sentí cierta decepción al no escuchar la fluidez del inglés que salía de su boca con tanta facilidad.

—No me quiero imaginar cómo es el día diez de campamento —dije para escapar de mis propios pensamientos.

—Me das envidia, un verano entero en Rye.

—Sí —admití—, tengo muchas ganas de ayudar a Kate y a Paola.

—Puede que me escape algún fin de semana a veros.

—¿En serio? —pregunté, y no pude evitar que mis ojos brillasen ante la perspectiva de volver a ver a Nicholas.

—Ojalá pudiera —respondió, acercándose un poco más a mí—, me encantaría volver a verte.

Quizá fue la estampa que Manhattan dibujaba en el cielo oscuro o quizá fue el enfado por saber que Saúl estaba con otra persona, no lo sé con exactitud, pero, cuando sentí que su mano se posaba en mi cadera, no pude hacer nada más que esperar que sus labios encontraran los míos y dejar que todos mis pensamientos se diluyeran en el calor de su cuerpo. Sentí sus brazos recorrer mi espalda y deseé que encontraran el camino hasta mi piel desnuda. Yo solo tuve que colar mis manos bajo su vieja camiseta y sentir cómo los músculos de su cintura se tensaban; oí cómo se le escapaba un pequeño gruñido y apreté mi cuerpo contra él. Estaba a punto de cometer una locura.

Capítulo 7

—¿Nicholas? Luz está llorando.

—Lo ves, Helena tenía razón —murmuró una de las chicas.

La voz de la niña me sonó como si alguien arañase una pizarra enfrente de mí. Con solo cuatro palabras, el embrujo que me había hecho perder la cabeza —no tenía otra explicación— se rompió y yo salté hacia atrás sin saber ni dónde estaba. Me di la vuelta para que no me vieran, como si solo con una mirada aquellas crías en pijamas de unicornio fueran a saber que todo mi cuerpo estaba temblando y que temía que mis piernas no aguantaran el torbellino de emociones que me comía por dentro.

—¿Cómo habéis subido hasta aquí? —preguntó Nicholas, y por primera vez noté cierto enfado en todo el viaje.

—No estabas en la habitación y la pobre Luz no se puede dormir, está llorando como una magdalena —oí que decían las chicas mientras bajaban y desaparecían de la azotea.

—¿Os lo han dicho los mayores?

Me quedé un rato más y, cuando por fin pude recuperar la compostura, volví a saltar el murete y bajé en silencio por la escalera metálica hasta la salida de emergencias. Oí a la chica llorando en alguna de las habitaciones, pero la vergüenza de lo que acababa de suceder me impidió ofrecerme a ayudar. Solo quería enterrarme en mi cama y que pasara la noche. Quería que me tragara la tierra y estar en Rye con personas adultas, bebiendo una copa de rosado mientras charlábamos de cualquier cosa que no fueran niños en pijama y mucho menos sonámbulos. Y, sobre todo, en un sitio donde no existieran hombres tan aburridos y rastreros como Saúl, ni tan encantadores e irresponsables como Nicholas.

Supongo que yo no iba a ser la excepción y el itinerario por Manhattan había hecho su efecto, así que dormí como un tronco hasta el día siguiente. Cuando bajé al comedor, Nicholas ya estaba sirviendo zumos y dando abrazos de buenos días a todo el que se le acercaba. Yo no fui una excepción, solo que mi abrazo duró un

segundo más de lo normal y una risa tonta se extendió desde las mesas y llegó hasta mí, haciendo que me pusiera roja, muy roja. Cosa que no pasó desapercibida tampoco para Nicholas, que dejó que una media sonrisa se le escapase, como si hubiese recordado todo lo que pudo haber pasado en la azotea del hotel.

Se me erizó el vello de la nuca y tuve que tragar saliva al recordar la noche anterior. Y, por un momento, el enfado con Saúl y conmigo misma por haberme dejado llevar se desvaneció. Menos mal que siempre había un crío dispuesto a devolverme a la realidad.

—Mónica, tengo ganas de potar, creo que la leche de estas vacas me da alergia.

El estómago se me encogió.

—No bebas más, cariño. ¿Te has tomado los cereales?

No valía la pena corregirles. Quedaba menos de media hora para que se marchasen al campamento, así que preferí ignorarlo. Pero entonces lo volví a oír.

Otro niño me llamó Mónica.

Luego otro.

Y las risitas contenidas confirmaron lo que temía.

Sabían lo que estaban haciendo. No era un error.

No podía serlo.

Mientras cruzaba el comedor, noté que cuchicheaban. Me observaban de reojo, como si esperaran mi reacción. Un ardor incómodo me subió por la garganta. Por un momento, me pregunté si todos estaban al tanto de lo que había pasado la noche anterior y la bromita tenía que ver con eso.

Sacudí la cabeza.

Qué más me daba que unos críos bromearan sobre mí y Nicholas.

Responder las dudas sobre si el bus iba a llegar a las ocho o a las ocho y media de Luz y Clara me mantenía ocupada. Lejos de Nicholas, que todavía tenía que hacer el *check-out* en el hotel y, por supuesto, despedirse de las recepcionistas, el de mantenimiento y toda la plantilla de cocina.

No sabía si había conocido antes a alguien más como él.

Era seguro de sí mismo, alegre, encantador, siempre dispuesto a agacharse para escuchar una historia más del último verano… Pero

era demasiado joven y guapo como para pensar en aquello seriamente. Para pensarlo de ninguna manera, en realidad.

Me despedí de todos desde la puerta del hotel. El autobús se había detenido ante la fachada clásica del edificio y los críos habían guardado maletas, sacado cascos, peluches y todo tipo de cosas absolutamente innecesarias para un viaje de dos horas hasta *Moon Camp*. Entonces, Nicholas bajó del autobús y me pidió que me acercase hasta la puerta.

—En este ángulo no nos ven —y sus labios me arrebataron un beso al que respondí con avidez, a pesar de que había maldecido mil veces el de la noche anterior.

—Estás loco —me reí por el atrevimiento, pero, a juzgar por la ausencia de gritos y risas, era cierto que los niños no nos podían ver.

—Me gustaría verte este verano.

No respondí. ¿Qué podía decirle? No me iba a poner a explicarle lo que él ya sabía: que era muy joven, que yo estaba en otra fase, que acababa de salir de una relación… No podía romper la magia del momento con preocupaciones mundanas.

Guardé aquella frase con mucho cuidado, como si se tratase de la promesa de un príncipe en un cuento, y me marché con una sonrisa tonta en la cara.

¿Cómo demonios había acabado liándome con el monitor del campamento? Me dio risa pensarlo.

Yo, que no sabía lo que era tontear con nadie porque Saúl había sido mi novio de instituto y me había pedido salir por carta… Yo, que había pasado los últimos dieciocho años con mi novio de toda la vida… ¡Acababa de besar a Nicholas a escondidas y me sentía más viva que nunca!

Capítulo 8

Recorrí el Soho sin prisa. Después de haberme pateado la ciudad el día anterior sin descanso, hoy no tenía muchas ganas de hacer turismo. El cansancio del vuelo, los dieciséis kilómetros con el grupo, la escenita del niño sonámbulo y el beso a escondidas habían mermado mis ganas de ver la Gran Manzana. Total, tenía todo un verano por delante.

La distancia entre Rye y el centro de la ciudad era de apenas una hora en tren. ¡Este iba a ser mi verano! No iba a permitir que el idiota de Saúl me lo estropeara.

Si había algo que había aprendido de mi breve experiencia como monitora, era que muchas cosas que no había hecho nunca me hacían sentir muy bien.

El cuerpo de Nicholas se dibujó brevemente en mi imaginación y tuve que parar un segundo para no dar un traspié y acabar en el suelo.

Cuando me cansé de andar, me senté en una terraza a tomar un sándwich de *pastrami*. Nunca lo había probado y, seguramente, nunca más lo volvería a pedir. Pero hubo algo en el primer bocado que me gustó: era nuevo.

El pan era crujiente y oscuro, la carne rosada competía por escaparse de aquella jerarquía de pan-relleno-pan, y el *chucrut* meloso y ácido me estremeció. Odiaba aquel sabor fermentado, aunque todavía no lo sabía con certeza. Era la primera vez que probaba la col de esa forma, y no me imaginaba que una verdura pudiera tener un sabor tan intenso y desagradable.

Intenté limpiarlo con el tenedor con la esperanzadora idea de que podía pedir un buen postre. Seguramente, un *brownie* con caramelo y helado. Nada podía ser mejor que el chocolate derritiéndose en la boca con una cucharada de helado, sobre todo, si hacía treinta grados en la calle.

Cuando el camarero por fin me trajo el *brownie*, eché mano de mi teléfono para inmortalizar el postre y mandárselo a Kate. Y fue en

ese momento, al coger el móvil de la mesa, cuando me di cuenta.

Mi bolso no estaba en la silla. ¡Mi bolso no estaba en la silla! Ni en el suelo. Ni en la mesa. El vacío en mi estómago me dejó helada.

Me levanté, nerviosa. Lo había dejado en la silla vacía de al lado. Pero ahora… no estaba.

El camarero, al verme, se acercó.

—¿Necesita algo?

—No encuentro mi bolso —dije, azorada.

—También puede pagar con el móvil —respondió sin inmutarse.

Y, de repente, supe que había dado con el único camarero de toda Nueva York que no quería ganarse la propina.

—Sí, sí… —respondí, nerviosa—, pero no tengo el pasaporte, ni mi DNI.

—¿Su qué?

—Mi documento español.

—Ah —respondió sin ningún interés—. Hay una comisaría a tres manzanas.

Los nervios se apoderaron de mí.

Pagué con el móvil sin ni siquiera pensarlo. Estaba bloqueada. No sabía qué hacer.

Llamé a Kate, aunque sabía que hoy no podría ayudarme. Estaba en un congreso de galeristas en Savannah.

Probé con Paola. Nada.

Supuse que estarían juntas.

Deshice el camino desde el restaurante hasta la parada de metro con la esperanza de encontrar mi bolso en alguna papelera o en un banco, pero no hubo suerte. Paseé un rato más sin rumbo entre las tiendas y los estudios de artistas del barrio. No me atreví ni a consultar la dirección de la comisaría más próxima.

No tenía ningún documento.

Ni tarjeta.

Entonces caí. Tenía que bloquear mis tarjetas de crédito.

Llamé al banco y seguí los pasos de la centralita en un estado casi catatónico.

Podía volver en metro hasta Brooklyn Heights, donde todavía me quedaba una noche más antes de ir a Rye, pero necesitaba mi

pasaporte, mi DNI.

Pensé en Nicholas. No debería. No era su problema. Pero… no tenía a nadie más.

Él siempre sabía qué hacer.

Quizá podría ayudarme.

¿A quién más iba a llamar en Nueva York?

Maldije la feria de arte. Maldije a Paola por acompañar a Kate a todas partes.

Qué suerte tenían de quererse así.

It's Nicholas.

Hi, it's Candela —dije.

De nuevo, me abrumó lo agradable que me resultaba escucharle hablar inglés. Era raro que, cuando hablaba español, no tuviera ningún tipo de acento.

—¿Dónde estás?

Dos horas más tarde, Nicholas apareció en un todoterreno que no pasaba desapercibido, precisamente, en la ciudad.

Durante aquellas dos horas, solo pude imaginarme escenarios terribles en los que no tenía a nadie a quien llamar.

Y di gracias por haber tenido a Nicholas de compañero.

Aunque… no sentía que fuese solamente un «compañero» de campamento.

—Gracias por venir a por mí.

—No hay de qué, doscientas millas de nada —se rió y alargó la mano para abrirme la puerta.

Nicholas me ayudó a denunciar el robo del bolso en comisaría.

Llamó, al menos, en cuatro ocasiones a la embajada española para conseguir que alguien nos atendiera. Supuse que no era la única persona que cedía ante sus encantos.

Cinco horas después de que Nicholas volviese a la Gran Manzana atendiendo a mi llamada de auxilio, tenía la denuncia y un pasaporte de emergencia.

La foto era horrible.

Tuve que hacerlas en un fotomatón que había en el mismo *hall* de la comisaría. En la imagen se me veía con ojeras, cara de preocupación y el pelo rizado disparado en todas direcciones.

Cuando Nicholas quiso verlas, hice todo lo posible por evitarlo.

Pero, como siempre… Nicholas siempre conseguía lo que quería. Y esta vez… ni siquiera estaba segura de que eso fuera algo malo.

—Si sobra alguna —dijo, levantando la sábana con las seis fotos en el aire—, me la quedo.

—Ni hablar.

—He venido desde los Adirondacks hasta aquí y he conseguido una cita en la embajada.

Siempre se salía con la suya.

—Está bien… —me rendí de nuevo.

—¿Me dejas que te invite a cenar? Conozco un sitio increíble.

Me limité a sonreír.

Capítulo 9

Nicholas condujo con habilidad por las calles de Manhattan hasta llegar al East Village y, sin avisar, se detuvo ante el autoservicio de una hamburguesería.

—¿Qué te apetece?

—Lo mismo que tú tomes —dije, extenuada por los nervios del día.

—¿Te gusta la hamburguesa de pollo?

—Sí, todo será mejor que el *chucrut*.

Nicholas sonrió y pidió dos menús y dos refrescos para llevar, que la dependienta nos entregó en dos bolsas de papel marrón a través de la ventanilla.

—¿Sabes que en Madrid también hay *Five Guys*, verdad?

—¡Oh, sí! Han hecho feliz a mi madre. Pero ya sé por dónde vas…

—¿Ah, sí?

—Sí, porque lo importante de hoy no es la cena, sino dónde cenamos.

—Claro, además tendremos que cenar rápido si quieres volver al campamento —la pregunta estaba en mi cabeza desde que me propuso cenar.

—Liam me ha cubierto hoy en el campamento. Es como mi hermano. Llevamos haciendo campamentos juntos desde los dieciséis años. Supongo que, si se hace muy tarde, podría dormir aquí.

—Claro —respondí, y mi voz salió atropellada de mi boca; ni siquiera me reconocí.

—¿Sigues en el Brooklyn Heights?

—Sí, no he cambiado de habitación —dije, intentando obviar lo que estaba planeándose entre ambos.

—¿Estás preparada para enamorarte?

Casi me atraganté con el refresco que había empezado.

—Vas a ver el jardín más maravilloso de todo Nueva York. Te vas a enamorar.

Y así fue. El jardín comunitario de la Plaza Cultural de Armando Pérez era un refugio verde en mitad de la ciudad. Desde fuera, apenas unas verjas metálicas llenas de maleza. Pero, una vez cruzabas sus puertas, el aire cambiaba.

Recorrimos los caminos de gravilla observando las gramíneas y las alceas rosas y de color vainilla que escoltaban los bancos de madera, donde una pareja de unos sesenta años pasaba el calor de la noche. El aroma de las zinnias, dalias y cosmos lo impregnaba todo. Luces solares asomaban entre los frutales y ayudaban a señalizar los caminos que bordeaban el huerto comunitario, en el que las plantas de maíz, fresón y tomate eran las reinas de la humilde cosecha.

—¿Qué es este sitio?

—*It's the dream of a community.*

Casi me derrito al ver a Nicholas girar sobre sí mismo mientras observaba aquel jardín de las maravillas.

—Lo es. ¿Cómo conociste esto? —pregunté, arrepentida de no seguir la conversación en inglés.

—Tuve una novia puertorriqueña.

—Seguro que has tenido muchas novias —dije, y en aquel mismo momento dudé de si no seguía teniendo novia y el beso no había sido más que una noche tonta.

—Unas cuantas —respondió a media voz, como si, de repente, quisiera hacerme creer que había una pizca de timidez en él.

—No me extraña —dije sin pensarlo dos veces.

Su respuesta fue agarrarme de la mano y seguir paseando, jugando con nuestros dedos entrelazados. Para mi sorpresa, no haber tocado otra mano que la de Saúl convirtió aquella sensación en algo magnífico.

Nos sentamos en una especie de templete de madera desde el que se veía un pequeño estanque de piedras.

—Es precioso —dije, contemplando la noche en aquel pedacito mágico, donde las ranas ponían la banda sonora en mitad de Brooklyn.

—Tú eres preciosa, Candela.

Y entonces Nicholas me besó en ese jardín secreto.

Los vecinos y voluntarios paseaban ajenos a lo que estaba pasando entre nosotros, ajenos a lo que estaba a punto de ocurrir.

Aquella noche terminamos entrelazados bajo las sábanas del hotel. Hicimos el amor dos veces con la ventana abierta y la ciudad de Nueva York como telón de fondo. Al principio, reconociéndonos con cautela, perdiéndonos en besos largos y profundos que hacían que todo mi cuerpo se retorciera anticipándose a lo que estaba a punto de suceder. La segunda vez, con la pasión desbocada de dos cuerpos que se reclaman sin mesura, de pie contra la pared, sobre la alfombra y contra el espejo del baño en un baile improvisado que nos llevó hasta la cama para acabar exhaustos, frente a frente.

Después de hundir mi cabeza en su pecho y perder la noción del tiempo, Nicholas me dio un beso en la frente y se levantó al baño.

Cuando desperté, todavía empapada en sudor, el mío y el suyo, Nicholas no estaba en la cama.

Me desperecé, aún un poco fuera de lugar, y supe dónde estaba, aunque no estaba segura de si debía subir a buscarlo.

Unos minutos después, decidí vestirme y salir a por él.

Crucé el pasillo, que me resultó mucho más triste que ayer.

Las puertas cerradas, la falta de quejas… Por un instante, eché de menos a los niños.

Abrí la puerta de emergencia y me dispuse a subir la escalera de incendios hasta la azotea.

Algo en mi pecho me decía que esta noche no acabaría como esperaba.

Cuando subí, intentando que mis pasos no resonaran en la estructura, fui consciente de lo difícil que era encontrar la entrada a aquella azotea.

Y entonces recordé a las dos niñas en pijama.

¿Cómo era posible que supieran que Nicholas estaba allí?

La duda se enroscó en mi estómago justo cuando vi su silueta contra la noche.

—¿Ya me echas de menos? —dijo al levantar la vista y verme allí —. Puedes venirte al campamento. En la habitación de los monitores hay una cama libre.

—No tengo edad para campamentos.

—No lo digas —me advirtió, poniendo una mano en alto y apartando la mirada.

—¿El qué?

—Lo que estás a punto de decir sobre la diferencia de edad, porque a mí me da igual, Candela.

—No es eso —dije—. Estaba dándole vueltas a otra cosa.

—Dime.

De nuevo, sus ojos buscaron los míos y supe que lo que iba a escuchar no me iba a gustar nada.

—¿Por qué las niñas subieron a buscarte aquí ayer?

—Porque no estábamos en la habitación —respondió, perplejo.

—Ya, pero ¿por qué pensaron que estarías en la azotea y no en la cocina o en la recepción?

—No lo sé.

El silencio se extendió entre nosotros.

—Está bien —añadió. Sabía que no me iba a mentir, pero hubo un momento en el que deseé que lo hiciera, si así era menor la decepción.

—El año pasado, Lucas y Helena, la parejita que se sentó en la última fila del bus —aclaró, dando por hecho que no sabría quiénes eran—, se colaron aquí… y estaba yo.

—¿Estabas solo?

Nicholas desvió la mirada.

—No.

Mi estómago se hundió.

—¿Con quién?

—Con una de las monitoras.

No pude decir nada. La decepción me atenazó el estómago y mi voz se quedó atrapada en mi garganta.

—¿Se llamaba Mónica?

Vi su cara de sorpresa, recordé las risitas en el comedor y me arrepentí de no haber parado aquello.

—No me tienes que dar explicaciones —continué con todo el dolor de mi corazón. No podía pedirle nada, pero lo sentí como una traición cruel y enorme que no vi venir.

Esa noche, lloré en silencio sin saber muy bien qué significaba aquella noche para mí.

Cuando desperté, Nicholas no estaba.

Solo una nota sobre la mesa:

Candela, no soporto la idea de que esto termine así.

Capítulo 10

Esperé al menos dos horas sentada en el escalón que daba acceso a la casa de Kate y Paola, hasta que ambas aparecieron con su camioneta roja y el remolque repleto de muebles y cajas. Kate hizo sonar el claxon dos veces hasta que salí de mi letargo. A la sombra del roble rojo, situado a la derecha del porche, había vuelto una y mil veces al jardín en la Plaza Cultural de Armando Pérez y a la habitación donde Nicholas había clavado sus dedos en mi pelo, haciéndome olvidar quién era y qué hacía en aquel hotel de Brooklyn. Pero, sobre todo, había vuelto a la azotea, al momento exacto en que decidí seguirlo escaleras arriba, aun sabiendo que era una equivocación. Y a las risas. Las risas de los niños que habían visto cómo una monitora tras otra pasábamos por los brazos de Nicholas.

Saludé con la mano y aparté mi maleta para salir al encuentro de mi gran amiga.

—¡Kate!

—¿Cómo ha pasado tanto tiempo? ¡Estás preciosa! —me dijo, abrazándome con fuerza. Poco quedaba de aquella relación desigual, cuando yo todavía jugaba al baloncesto en el equipo de mi instituto y no sabía ni una palabra de inglés.

—¡Por fin te has quitado de encima a Saúl! —me susurró al oído Paola cuando Kate no la oía. Su inglés con acento italiano la hacía parecer un tanto cómica a veces; sin embargo, sus palabras se me quedaron clavadas en la garganta.

No supe qué decir. Estuve a punto de defenderlo. ¿Era la costumbre o quizá era culpa? ¿O eran las dos cosas? No dije nada; sabía que sus palabras estaban cargadas de razón. Había esperado demasiado. Y aunque ya no estuviera con él, una parte de mí seguía ahí, estancada.

Paola era ruidosa, deslenguada y más directa que nadie que yo hubiese conocido, pero sabía que me tenía mucho cariño y que,

posiblemente, aquella frase había sido recurrente al hablar de mí, atrapada en una relación estéril y moribunda.

—¡Te he oído! —la reprendió Kate.

—Nunca se deja de ser profesora, ¿eh, Missis Juniper? —bromeé, eludiendo el comentario sobre mi exnovio.

—¡Han pasado muchos años! Por cierto, ¿cómo ha ido lo de monitora? ¿Has volado con Nicholas?

—Prefiero las nóminas y los balances trimestrales —admití, sin querer entrar en detalles.

—Yo me tiraría por una ventana antes de aguantar a treinta adolescentes —respondió Paola.

—A veces lo echo de menos, pero solo un poquito —mintió Kate—. ¿Y qué tal estaba mi niño?

Ante mi cara de sorpresa, Paola intervino sin rodeos:

—Nick es su ahijado. Y como ahijado de Missis Juniper, pues todo lo hace bien: es el más guapo, el más encantador y el más responsable.

—Bueno, el más responsable no, pero todo lo demás es cierto. ¿Tiene o no tiene un don con los críos?

Asentí. Iba a ser difícil disimular si seguían hablando de él.

—Y con las monitoras. Menudo lío nos formó el año pasado…

Tuve que tragar saliva. No quería escuchar la historia, ya me había sentido lo suficientemente tonta. Era demasiado.

—Venga, que no creo que a Candela le importen historias de campamento. Además, habrá que descargar todo eso —dijo, señalando la camioneta, y yo di gracias por la prudencia de Kate.

Desembalé al menos una docena de cuadros al óleo en colores vibrantes y casi todos abstractos. Desde que conocí a Kate, el color era una constante en su vida: desde el pelo rojo, rosa después, hasta el abrigo azul eléctrico que llevaba durante los inviernos en Madrid. Cuando me dijo que iba a abrir una galería de arte y antigüedades, no pude estar más de acuerdo en que era una idea maravillosa.

—Ay, Candela, acabo de leer el mensaje del robo —se disculpó Kate mientras Paola nos servía un vaso de té helado con una hojita de menta para aplacar el calor de la tarde en su pequeño porche.

—¿Te robaron todo?

—¡En este país no puede una estar tranquila! Eso en mi país no pasa —se quejó Paola—. Quizá en Nápoles...

—No te preocupes, Kate, al final lo pude arreglar todo —dije, obviando todo lo que pasó después.

—¿Pusiste una denuncia?

—Sí, me ayudó Nicholas —admití, incapaz de mentirle.

—¿Lo ves? Si es que es un sol —hizo burla Paola a Kate, que no tuvo tiempo de decir justamente eso. Parecían estar perfectamente compenetradas.

—Ojalá pueda visitarnos en agosto. El año pasado lo pasamos genial, si olvidamos el numerito de la loca.

—¿De Mónica? —me atreví a preguntar, a riesgo de que Kate notase algo, pero la curiosidad me quemaba en la garganta.

—Exacto, veo que te lo ha contado —dijo con desacierto—. Una loca de verdad. Por cierto, hemos quedado a cenar con Molly.

—Te has acordado de ella por lo de loca, ¿no? —se rió Paola.

—Un poco —sonrió con complicidad Kate—. Te va a encantar, es una mujer increíble.

Paola me miró con expresión burlona y supe que Kate lo había vuelto a hacer: había acogido a alguien más bajo su ala. Lo que no me esperaba era que fuese una ancianita de setenta y ocho años que conducía sin respetar ningún límite de velocidad y que compartía con Kate el amor extremo por las antigüedades.

Molly era su vecina de enfrente. Vivía sola, aunque, de vez en cuando, su exmarido se dejaba ver por la casa y pasaba una temporada con ella, hasta que de nuevo discutían y volvía a donde fuese que viviera el resto del año.

—Además, ha alquilado un local increíble y quiere montar una tienda de comida orgánica —añadió Kate a los datos inconexos que me contaba sobre su vecina.

—Lo que es bastante llamativo si piensas que se alimenta de hamburguesas del Seven Eleven y rosquillas de fresa.

—Y Coca-Cola —añadió mi amiga, divertida—. ¡Molly es así! Nunca sabes qué negocio tiene pensado o de qué ciudad vuelve con su furgoneta llena.

—Y tiene un hijo guapísimo, recién divorciado, que, por cierto, quiere conocerte —puntualizó Paola.

Capítulo 11

Lo primero que pregunté fue su edad. Un guardabosques de treinta y ocho años que vivía en San Francisco sonaba, cuanto menos, interesante, pero, en aquel momento, cuando aún sentía la piel de Nicholas sobre la mía si cerraba los ojos, no tenía muchas ganas de hablar de una persona a la que parecía bastante improbable que fuese a ver más de dos o tres veces en mi vida. Al fin y al cabo, en septiembre debía reincorporarme a mi puesto de trabajo. Así que decidí zanjar la conversación con lo que, siendo sincera, todas estábamos esperando.

—¿Aquí cuándo se come? —pregunté.

—¿No quieres ni darte una ducha antes de ir al Red Lobster?

—¡Bien! —grité. Era nuestra pequeña tradición; siempre que había venido de visita a casa de Kate comíamos en aquel restaurante y ella fingía que lo odiaba, pero yo sabía que no era cierto.

—Tenemos mesa reservada dentro de unos veinte minutos, así que de ducha ni hablar —nos advirtió Paola en su tono mandón y seco—. No hueles tan mal.

Me reí y me dispuse a disfrutar del momento. Sin pensar en Saúl, sin pensar en Nicholas. Era como si volviese a tener dieciocho años y mis tías, las tías más guays que pudiese imaginarme, me estuvieran llevando a mi sitio preferido y pudiera pedir doble postre. Así me sentía yo con Kate y Paola.

Después del festín de mantequilla caliente, langosta y tortitas con nata, visitamos el local donde, en un par de semanas, abriría al público *The Old Beauty Store*. Estaba en la calle principal de Rye, junto a una tintorería y una tienda de ropa de segunda mano. Era un local peculiar: tenía una entrada estrecha, de unos cuatro metros, que se abría, si caminabas hacia el interior, a una nave diáfana en la que las vigas de hierro y el suelo de ladrillo rojo lo llenaban todo con ese aire bohemio que solo puedes encontrar en el Soho, lo que hizo que, irremediablemente, recordase el robo de mi bolso y cómo aquel accidente terminó con Nicholas desnudo en mi cama.

Puse toda mi atención en escuchar a Paola, en el gran mostrador que pondrían en el lateral izquierdo y en la posibilidad de alquilar algunas zonas a otros vendedores, como, por ejemplo, Molly. Quería empaparme de todo lo que planeaban reformar, pero la imagen de Nicholas sobre mí lo hacía casi imposible.

—¿Qué te parece, Candela?

—Es enorme, tiene muchas posibilidades, chicas —dije con sinceridad, agradecida de que me sacaran de mis pensamientos—. Y está muy bien situado.

—Sí, en este barrio la gente está muy concienciada con una vida más sostenible. Por eso, tener otra tienda de segunda mano al lado va a ser de gran ayuda.

—¡Y el escaparate va a ser una pasada! Voy a poner un piano de cola antiguo y una lámpara de los cincuenta que te va a volver loca.

La pasión de Kate por los muebles antiguos era contagiosa. Estaba convencida de que la tienda sería un gran éxito.

—Tenemos mucho trabajo por delante —comentó Paola.

—Lo sé, cariño —Kate la abrazó por detrás y yo sentí cierta envidia.

—De momento, mañana tenemos que visitar dos *estate sales* y decidir qué hacer con el sótano.

—¿Qué es un *estate sale*?

—Ah, bueno, supongo que esto no es muy típico en España. Es una venta de bienes por fallecimiento —dijo, cambiando al español, lo que me hizo sonreír porque hacía mucho tiempo que Kate y yo no nos comunicábamos en español. La nostalgia me hizo sentir bien. Casi veinte años después de nuestra primera clase, allí estábamos, más unidas todavía y con todo un verano por delante juntas.

—¿Y el sótano? —pregunté para no ponerme más sensible todavía.

—Todavía no hemos decidido si nos gusta o nos horroriza.

La puerta de cristal resonó en el local vacío y el ruido de un cascabel y algunos elementos de hierro rebotó por las paredes hasta donde estábamos. Sin ni siquiera girarse, Paola comentó:

—Ahí está: Molly —miró de reojo su móvil y añadió—: Quince minutos tarde, es todo un logro para ella.

—¡Paola, ni te atrevas! ¿Tú sabes lo difícil que es cruzar Rye cuando es el festival de verano? —Entonces reparó en mí—. Tú debes ser Candela. ¡Bienvenida! Te va a encantar —y cuando esperaba que se refiriese al país, al estado, a la ciudad… añadió—: ¡La soltería!

—Gracias, Molly. Seguro que sí —dije sin pensarlo.

—Siempre puedo decirle a mi hijo que me he roto una pierna, de nuevo, y que venga hasta aquí y te conozca.

Estaba claro que lo suyo no era hacer planes.

—Lo pensaré, pero muchas gracias.

—Mide uno noventa y maneja pasta, aunque tiene muy mal ojo para las mujeres.

Me reí con incomodidad; no estaba acostumbrada a que ninguna madre vestida de leopardo y con deportivas de plataforma me vendiera a su hijo como si fuese ganado.

Quise responder con una broma, aligerar el ambiente, pero la puerta volvió a sonar y, esta vez, no fue el enorme llavero de Molly tintineando, sino los pasos de alguien que entraba con prisa.

—Parece que hoy tenemos más visitas de lo esperado —comentó Paola, como si no terminase de estar cómoda.

Molly, que no dejaba de rebuscar en su bolso, ni siquiera levantó la vista.

—Si es un cliente despistado, dile que venga en dos semanas o dale mi número —murmuró.

Pero entonces, una voz grave y familiar resonó en el local.

—¿Candela?

Cuando, por fin, me giré, un hombre de unos cuarenta años, con el pelo gris y unas gafas de pasta redondas, se había detenido a menos de un metro de nosotras. Los años le habían tratado bien, muy bien. Era incluso más atractivo todavía que en su juventud.

Capítulo 12

Stanford estaba parado allí, de pie derecho, con su camiseta negra y su pantalón de pinzas del mismo color, como una estatua a la que miras desde abajo; su prominente mentón levemente inclinado al cielo, su mano derecha con la palma abierta extendida hacia mí, como esperando una explicación, el tatuaje de la sirena enroscado en su brazo izquierdo y ese aire bohemio y culto que lo acompañaba siempre y que establecía una distancia invisible entre el mundo y él.

—¿Qué haces aquí?

—Bueno, eso debería preguntarlo yo. ¿Qué haces tú aquí? Este local es mío.

Miré a Kate en busca de una explicación, aunque algo me dijo que no iba a intervenir mucho en aquella conversación. Paola había dado un paso atrás y fingía mirar el móvil.

—Soy el dueño de la tienda de ropa. Y de la floristería y el café bistró de ahí enfrente —dijo con esa forma pretenciosa de hablar que tanto le gustaba a Kate, cuando todavía le gustaban los hombres como Stanford—. Dame un abrazo, ¿no?

—Sí —respondí ya entre sus brazos.

Stanford olía a sándalo y a lima, y era un olor en el que podrías quedarte a vivir, acurrucarte y dejar que lo impregnara todo, pero entonces recordabas cómo era y el encantamiento se rompía. Ni su apariencia elegante y cautivadora, ni su cuerpo de dimensiones perfectas y su ropa impoluta, ni siquiera su olor eran suficientes como para aguantar su soberbia.

—¿Por qué no me habías contado que venías de visita?

—Se me habrá pasado, con el lío de tramitar las licencias y todo lo demás.

—¿Cuánto ha pasado? ¿Cinco años?

—Diez —respondí yo.

—Tenemos que ponernos al día. ¿Hasta cuándo te quedas?

—Tengo que hacer muchas cosas —interrumpió Molly—. ¿Venís al festival o no?

Supuse que, casi en la octava década de tu vida, ser antipática no te preocupaba en exceso.

—¡Por supuesto! —se apresuró a contestar Paola, que estaba incómoda con aquella situación.

—¿Al festival de verano? ¿Habéis perdido la cabeza? Estará lleno de neoyorquinos maleducados y ruidosos.

—¿Tú no vivías allí? —le espetó Paola en un intento de ponerle en evidencia.

—Sí, en mi juventud. Después conocí a Kate y este lugar, y ya nunca podré volver a ver Manhattan como antes.

—Las batallitas, dejádmelas a mí, que me corresponden por edad —sentenció Molly—. Ahora, todas a mi furgo.

—Candela, ¿te quedas en casa de Kate?

Asentí, un poco abrumada por la situación y la nueva perspectiva de ir a un festival. Empezaba a acusar el estrés de los últimos días y quería descansar, pero no dije nada.

—Te invito a comer un día de estos y nos ponemos al día, ¿te parece?

—Si quedas con ese pretencioso, no duermes en mi casa —me amenazó Paola, susurrando en un tono que no supe distinguir si solo era una broma o iba en serio.

Nos despedimos en la calle de él y Kate cerró el local en silencio. Estaba segura de que estaba muerta de la vergüenza.

Capítulo 13

Esperaba muchas cosas de aquel verano, pero nunca me imaginé que acabaría borracha y haciendo autostop con Molly en una autovía a las dos de la madrugada. A su favor diré que, aunque no tenía ni idea de cómo combinar el alcohol, era una octogenaria responsable y se negó a conducir su furgoneta.

No sé si hacer autostop fue una gran idea, pero allí estábamos las dos, asomadas a la autovía, a la espera de que alguien que no fuese un psicópata nos dejase subir en su coche y nos llevase hasta el centro de Rye.

El festival de verano se celebraba en una pradera que colindaba con un gran bosque de abetos que servía como límite de la población. Cuando llegamos, había *food trucks* sirviendo refrescos, dulces, perritos calientes y sándwiches de todo tipo. Había un tiovivo, una noria y un escenario con música en directo.

A lo largo de la tarde y la noche subieron varios grupos de música *folk* a los que no prestamos especial atención, pues Molly estaba empeñada en gastarse todo su dinero en la tómbola ambulante, mientras Kate y Paola trataban de disimular su enfado por el encuentro con Stanford. Comimos, pero sobre todo bebimos. Paola, con su carácter agrio e incapaz de disimular su disgusto, decidió volver a casa a las diez y Kate la siguió, preocupada.

No sabría decir por qué me quedé con Molly, quizá porque el ambiente era de película, con la luna sobre nuestras cabezas y el sonido de las guitarras acústicas elevándose por encima del griterío de los neoyorquinos, o porque nos habíamos encontrado con dos sobrinas de Molly y sus amigas y, de repente, todo parecía divertido. Bebían y jugaban como adolescentes mientras piropeaban a los hombres que pasaban. Supuse que así se sentía ser una veinteañera sin preocupaciones y, por un instante, me pareció que yo también podría sentirme así. No tuve en cuenta la vomitona de Molly ni la inexistente red de transporte nocturno.

Así que allí estaba yo, rezando para que alguien parase y suplicando que fuese una mujer más mayor que Molly, por si tenía que defenderme de una abuelita asesina.

—Molly, nadie va a parar —me quejé después de diez minutos, mientras ella se retocaba el maltrecho maquillaje tras dos vómitos en la cuneta.

—Espera —dijo, saliendo hasta la mitad de la autovía, por suerte, sin mucho tráfico a aquellas horas.

El tercer coche que la esquivó paró en el arcén y encendió las luces de posición. Se bajó un hombre de pelo largo recogido en un moño y corrió hasta Molly.

—¿Está usted bien? ¿Qué ha ocurrido?

—Seis chupitos y una pinta de cerveza, jovencito —respondió ella, no sin cierta coquetería—. ¿Puedes llevarnos a mi amiga y a mí hasta el centro?

—Sí, ¿seguro que va todo bien?

El hombre parecía no entender la explicación sincera y resumida de Molly.

—Hola. Soy Candela —dije, saliendo de entre las sombras del arcén—. Es que mi tía ha bebido mucho y yo no tengo licencia de conducir estadounidense —añadí, intentando sonar convincente, además de tratar de que Molly no me escuchase.

—¿A dónde vais?

—A Violet Street, pero, si nos dejas en el centro, podemos ir andando.

—No creo que tu tía esté para muchas caminatas —dijo, señalando a Molly, que se había apoyado en el maletero del coche para recuperar el aliento, y yo solo pude rezar para que no vomitase en el coche.

—Bueno, es que lo ha dado todo en el festival.

—Soy Hans. Venimos de actuar en el festival.

—Sí, sí, lo recuerdo —quería que fuese verdad, pero lo cierto es que no había hecho ningún caso al escenario. Toda esa música *folk* me sonaba a lo mismo.

Molly se sentó en el asiento del copiloto y yo me senté detrás junto con la cantante del grupo y el batería, que iban enrollándose

en el asiento trasero como si tuviesen veinte años, aunque estaba claro que habían cumplido los cuarenta hacía tiempo.

—¿De dónde eres, Candela? ¿México?

—No, soy española.

—¡Me encanta España! Yo estuve en Mallorca cuando era más joven —dijo en un español bastante aceptable.

—Yo viví dos años en Ibiza —interrumpió el hombre que estaba a mi lado, sacando la lengua unos segundos de la garganta de la cantante—, pero no recuerdo nada, tío.

Los tres se echaron a reír y yo fui consciente del poco sentido que tenía aquella situación, especialmente cuando oí cómo roncaba Molly.

—¿Y qué haces en Nueva York?

—He venido a ayudar a una amiga con su tienda.

—Entonces, te quedarás una temporada —preguntó.

—Un verano.

—Un verano es mucho tiempo.

—Depende.

—Son veinte bolos, cuatro festivales y muchas horas de carretera.

—Visto así, entonces un verano es muchísimo.

—¿Dónde quieres que te deje?

—¿Conoces la tienda de ropa de segunda mano?

—En realidad, no soy de Rye, soy de Philadelphia, así que vas a tener que ayudarme.

—Lo buscaré en Google. No creo que haya muchas tiendas de ropa de segunda mano, ¿no?

—No lo sé, a los *hipsters* les va toda esa movida de darle otra vida a las cosas.

Me reí. Hans seguía hablando, parecía tan natural y sincero; sin embargo, su voz se volvió un ruido de fondo cuando desbloqueé mi móvil. La notificación brilló en la pantalla y toda mi atención se concentró en aquel mensaje.

Nicholas.

Capítulo 14

Molly se despertó en el último bache antes de llegar a la calle donde vivía. Las luces en casa de Kate y Paola estaban apagadas; solo la luz del porche me esperaba encendida.

—Dios os bendiga, muchachos —dijo, aclarándose la voz.

—Sí, muchas gracias por recogernos —añadí yo.

—¿Quién se podía resistir a sus encantos? —repuso con picardía, refiriéndose a Molly, y consiguió que esta saliese de su estado catatónico y reaccionara.

—Deberías haberme conocido con veinte años menos.

—Cuarenta —corrigió Hans.

—No te lo voy a discutir porque nos habéis traído sanas y salvas hasta casa.

—Gracias —repetí, con la mano ya en el picaporte de la puerta.

—Venid a vernos al *Atticus* —oí que decía la cantante a tan solo medio metro de mí, aunque parecía como si hubieran ido en otro coche en el que solo existían la lengua del otro.

—Nos debéis una —dijo Hans, con desparpajo—. Tenemos varios bolos por la zona.

—Buenas noches —dije, saliendo, y por un momento temí que Molly se hubiese dormido de nuevo, pero no, estaba buscando en su bolso las llaves de su casa y, hasta que no las hizo sonar como un sonajero, no salió del coche, impidiendo que el grupo siguiera su camino de vuelta al motel donde dormirían hasta el siguiente bolo. Estaba desesperada por leer el mensaje de Nicholas y cada segundo que pasaba en aquel coche me separaba de él.

—Ha sido una gran noche, Candela —se despidió Molly, y esperé a que entrara en su casa por si acaso, muy a mi pesar y haciendo uso de toda mi fuerza de voluntad. Lo cierto es que hizo unas cuantas eses bastante alarmantes antes de enfilar el caminito de piedra que cruzaba su jardín delantero.

Entonces me senté de nuevo en el escalón del porche en el que había pasado dos horas aquella misma mañana esperando a Kate y

Paola, aunque eso parecía muy lejano ahora, y por fin saqué el móvil. Necesitaba saber qué quería Nicholas.

Eeeo, eoooo…

No sé muy bien si fue el alcohol, el cansancio o qué, pero estuve a punto de lanzar el móvil por los aires. Una sensación de enfado se apoderó de mi cuerpo y quise gritarle, insultarle y pedirle explicaciones.

¿En qué realidad paralela escribes ese mensaje a una mujer a la que has invitado a cenar al sitio más romántico de Nueva York y con la que te has acostado después?

En una para veinteañeros, supuse.

Capítulo 15

Maldije el *jet lag*. No eran ni las seis de la mañana y ya estaba despierta. Afiné el oído y me dio la sensación de que la casa ya estaba funcionando. Salí de mi cuarto en el piso de arriba y me deslicé en el baño, avergonzada; no me había desmaquillado y tenía la cara llena de restregones de la máscara de pestañas y los labios secos y agrietados con restos del labial burdeos. Necesitaba una ducha más que ninguna otra cosa en el mundo.

Dejé que el agua se llevase los restos del alcohol de la noche anterior y, como hacía siempre, sentí calma bajo el torrente líquido que limpiaba no solo la suciedad del viaje en tren, la comilona en el *Red Lobster*, la visita a la tienda y el festival, sino también la herida del mensaje de la noche anterior.

Intenté perdonarme por haberme dejado llevar más de la cuenta con un crío al que acababa de conocer y que no sabía muy bien cómo conseguía hacer que todo pareciera fácil. También intenté perdonar a Nicholas. Porque, sinceramente, ¿qué esperaba de un veinteañero con esa sonrisa y unos hoyuelos de chico malo? ¿Una declaración de amor? ¿Postales desde el campamento? ¿Que corriese detrás de mí por el aeropuerto antes de que saliera mi vuelo? No, claro que no. Y si soy honesta, tampoco estaba segura de que fuese eso lo que quería.

Lo que sucedió en Manhattan fue especial, sin duda. Al menos para mí. Después de diecisiete años con Saúl, habíamos relegado la pasión entre nosotros a una cuestión de agenda, como el dentista o renovar el seguro del coche. Y, de repente, apareció Nicholas con su desparpajo, con su forma de ir a por lo que deseaba, como si fuese a devorarse la vida en dos bocados y, de paso, me hizo pensar que quizá yo también podía hacerlo.

No valía la pena enfadarme. Respiré hondo, apagué el agua y me envolví en la toalla que Kate había dejado para mí y, con las manos todavía húmedas por la ducha, decidí escribirle:

Oé. Cuídate, Nicholas.

Lo envié. Y antes de que pudiera arrepentirme, bloqueé su número.

Después, me miré en el espejo. La cara despejada, el pelo moreno y ondulado sobre mis hombros y la mirada sincera. Me encogí de hombros. Hoy podía ser el inicio de algo nuevo. Algo solo mío.

Bajé hasta la cocina y me encontré a Paola escuchando ópera mientras cacharreaba y Kate desayunaba, terminando de cerrar el itinerario de hoy.

—¡Buenos días, Candela!

—No esperábamos que te despertases tan pronto. Dime que no te ha despertado *Carmen* —añadió, haciendo referencia a la obra de Bizet, que sonaba con contundencia sobre el ruido de las varillas contra el bol de cerámica.

—No, no, Paola. Es el *jet lag*.

—Y la resaca —se rió Kate, sin levantar la vista del teclado.

—¿Molly es siempre así? —pregunté, y en el fondo no era más que una forma de echar balones fuera.

—Y peor —se quejó Paola con maldad.

—No digas eso, mi amor —la reprendió Kate—. Está muy sola, así que cuando se le presenta la oportunidad, la aprovecha.

—Eso y que la pierde un cóctel.

—También —estuvo de acuerdo Kate.

—Bueno, ¿cuál es el plan de hoy?

—A ver, tenemos que ir a una tienda que hay en Port Chester para recoger varios lienzos y unas piezas de cristal que tengo encargadas. Después, hay que parar en Mamaroneck para encargar las tarjetas de visita en la imprenta de Helen, ¿la recuerdas?

—¿Tu compañera de piso en Harlem?

—No.

—Entonces, ni idea.

—¿No te acuerdas de la peli de *Jurassic Park*?

—¡Sí! La que vimos en aquel parque tan bonito. Cenamos gofres salados y helado.

—Menudo asco —interrumpió Paola.

—Creo que ya sé quién era. Así muy…

—¿Holística?

—Bueno, iba a decir *hippie* —me atreví a decir.

Entonces recordé cómo Saúl se había burlado de ella en cuanto nos montamos en el bus de vuelta a casa, como siempre hacía cuando alguien se salía de lo que él consideraba normal. Me removí en mi silla. No quería pensar en él. No hoy.

—Y por la tarde tenemos un planazo —añadió Paola.

—¿En serio? —pregunté, entusiasmada.

—Cuéntaselo tú —propuso Paola, y entendí que el plan no se parecía en nada a lo que esperaba.

—Vamos a pintar el local, pero podemos pedir comida tailandesa del *Green Emerald*. Fue tu favorito la última vez que viniste.

No era precisamente lo que me había imaginado. Pero, si lo que quería era olvidarme de Saúl y encontrar mi camino, tal vez un bote de pintura y unos fideos tailandeses eran un buen punto de partida.

Capítulo 16

Paramos en el Harbor Island Park. Paola sacó su nevera y un mantel de flores y lo extendió en una de las mesas de madera que había en el área de picnic, desde donde se podía ver la playa. Cargar los lienzos y asegurarlos en el remolque fue mucho más difícil de lo que esperaba; las cinchas elásticas y los mosquetones tenían su técnica, y para una administrativa acostumbrada a nóminas y contratos, su mecanismo resultaba de otro mundo.

La visita a la imprenta fue muy estresante. Paola no dejaba de apremiar a Kate, que no paraba de irse por las ramas charlando con Helen y no se decidía entre las tres calidades que su amiga le recomendaba para las tarjetas de visita. Por un momento dudé sobre si Paola sentía celos, pero era muy poco probable. Una mujer con la seguridad que ella mostraba no perdía el tiempo con esas minucias.

—Te espero fuera. Ya sabes mi opinión.

—¿La tres?

—La tres. No le des más vueltas. Es perfecta.

—¿Tú qué dices, Candela?

—Estoy de acuerdo.

Lo cierto es que no había prestado demasiada atención a la conversación sobre tintas, papeles satinados y tiempos de impresión. Era solo el primer día, pero no podía evitar sentir cierta decepción. Durante el último mes me había visualizado recorriendo mercadillos de segunda mano en busca de piezas únicas, acompañando a Kate a pequeñas tiendas que casi nadie conocía y tomando té helado en cafeterías donde servían tarta de manzana siempre. Sin embargo, hacer recados y pintar el local en poco se parecía a lo que yo recordaba del último verano en Nueva York. Supongo que una cosa era encontrar tesoros en tu tiempo libre, como solía hacer Kate, y otra pretender vivir de ello y pagar facturas.

—Hace mucho frío aquí dentro, me salgo fuera con Paola.

—Lo de los españoles con el aire acondicionado es increíble —se quejó a Helen.

Agradecí la ola de calor que me subió hasta las mejillas. Nueva York en julio era muy caluroso, pero eso no lo hacía menos apetecible para una española que había crecido viendo aquellas casitas de ensueño en las películas.

—Helen es una pesada —me dijo Paola—. Te cuenta la misma cosa mil veces.

—No sé, no la conozco tanto —me justifiqué.

—No seas tan bienqueda, Candela. O dejarás de caerme bien.

Me reí, aunque no mentía. Apenas había cruzado diez palabras con Helen.

—¿Cómo te encuentras, por cierto?

—Bien —respondí, sorprendida por lo directa que era.

—Hiciste bien al dejar a Saúl. No era un hombre para ti.

No dije nada. Me incomodaba que alguien criticase a mi exnovio, incluso cuando compartía la misma opinión. Era una forma de criticarme a mí misma, que durante casi dos décadas había sido incapaz de cambiar nada en nuestra relación.

—Ha sido una ruptura muy civilizada.

—Eso es síntoma de que tenía que haber ocurrido mucho antes.

No estaba segura de estar de acuerdo con Paola en eso, pero tampoco tenía ganas de profundizar mucho en cómo se habían desarrollado las cosas.

—Supongo. Creo que Saúl está con alguien —admití con sinceridad.

—¿Y tú?

—No —respondí, y algo en mí sintió que mentía.

—Pues eso hay que remediarlo.

—Por favor, dejemos al guardabosques en paz —me apresuré a decir.

—¡Ese está en San Francisco, cariño! El sexo telefónico no es sexo de verdad, hazme caso —continuó sin darse cuenta de cuánto me incomodaba hablar con ella sobre este tema. Era evidente que Kate y ella seguían deseándose; sin embargo, yo, en cuestión de sexo, me limitaba a la rutina.

—Bueno, hace poco he tenido una noche loca con alguien —admití con miedo de que la máscara se me cayera y terminara contando todo, pero algo en mí quiso estar a la altura.

—Ese es el primer paso para olvidar a alguien.

—Bien por mí —añadí con poco entusiasmo.

—¿Sabes cuál es el siguiente paso?

Negué con la cabeza. Cuando Paola se ponía intensa, nunca sabías hacia dónde podía virar la conversación.

—Abrirte una cuenta en Tinder.

—No pienso perder el tiempo de mi verano cotilleando perfiles en Tinder.

—En tu verano tiene que haber tiempo para todo, también para sexo estival.

—¡Paola! —la regañé.

—Está decidido. Tú disfruta pintando el local y siguiendo la corriente a tu amiga con la elección de tarjetas, colores, suelos… y yo me encargo de buscarte citas.

—Ni hablar.

—Es el trato perfecto, Candela —añadió Kate saliendo de la tienda por fin.

Me llevé las manos a la cara. Este verano iba a ser más agotador de lo que pensaba.

Capítulo 17

Me senté en el porche junto con Kate, que escuchaba música y tomaba una copa de vino.

—Si te fijas bien —dijo, señalando el bosquecillo en el que terminaba su jardín—, verás luciérnagas.

—¿En serio? En España no hay luciérnagas.

—Sí que las habrá, pero no sabes dónde buscarlas —replicó Paola, con una de esas frases que parecían sentencias y que a veces no sabía cómo encajar, por mucho que supiera que no era su intención molestarme.

—La tienda va a quedar preciosa, ¿verdad? —intervino Kate.

—El azul petróleo de la pared lateral queda increíble, aunque me temo que me va a acompañar mucho tiempo —dije, señalando mis uñas manchadas.

—Tengo quitaesmalte arriba —añadió Paola, viendo el destrozo—. Cógelo antes de irte a dormir. Ahora tenemos que elegirte un americano de buen ver.

Me reí nerviosa, di otro trago a mi copa y cerré un poco los ojos para ver si distinguía alguna luz entre las hiedras que se enredaban en los arces del final de la propiedad.

—¿Sabías que Paola y yo nos conocimos en Tinder?

—No tenía ni idea —admití. Siempre me imaginé que dos mujeres como ellas se habrían conocido en un museo, en una galería de arte, o que algún amigo bohemio las habría presentado.

—No estoy segura de querer hacerlo —añadí.

—¿Tener citas o abrir un perfil en Tinder?

—Ninguna —dije sonriendo, para que no se lo tomaran mal.

—Entendería que no quisieras abrir un perfil en Tinder, ¿pero tener citas? —recalcó Paola, con cara de extrañeza y acercándose un poco mientras me observaba con curiosidad.

—La mancha de mora, con mora se quita —apuntó Kate en un español que aún sonaba raro, por muchos años que hubiese vivido en Madrid.

—¿Cómo puedes acordarte de tantos refranes? —pregunté, queriendo desviar la atención.

—No lo sé, será que tengo una memoria privilegiada.

—Pero solo para los refranes, porque para el resto de cosas... —se quejó Paola.

Me reí recordando tantas veces en las que Kate había olvidado su monedero, las llaves, el móvil o la hora a la que llegaba mi vuelo.

—Pues yo creo que deberías animarte. Como un experimento.

—Bueno, yo ya estoy bastante fuera de mi zona de confort. He pedido un mes sin empleo y sueldo y estoy en Nueva York ayudando a montar una tienda de segunda mano. Creo que ya es todo un experimento.

—No está mal, pero puedes hacerlo mejor.

—Cuatro citas con cuatro hombres. El verano de tu vida.

—Ni hablar.

—Piénsalo.

—No —repetí, solo para quedarme tranquila, pues sabía que cuando Kate y Paola se empeñaban en algo, siempre se salían con la suya.

—Tres —propuso Kate, que era un poco más blanda que Paola.

—Ya veremos —dudé.

Jugueteé con el borde de mi copa, observando cómo los restos de vino giraban en espiral. En el fondo, había algo en lo que había sentido con Nicholas que había despertado una parte de mí que llevaba mucho tiempo dormida. Sentí un nudo en el pecho al pensar en él. Quizá estuviese bien conocer a otros hombres.

—Di que sí —me animó Kate, abrazándome como tantas veces había hecho en el primer verano que pasé con ella, cuando echaba de menos a Saúl y a mi madre.

—Tres —claudiqué, y una sensación extraña se apoderó de mí.

—Tres y el hijo de Molly —terció Paola, que era una gran negociante.

—Noooo —me quejé.

—Que es guapísimo, tonta —volvió a apretarme contra ella Kate.

—Lo haré por Molly, entonces. —Quizá estuviese bien conocer a otros hombres. O quizá me estaba mintiendo a mí misma para no

admitir que aún no sabía qué quería.

—¡Luciérnagas! —grité al ver las luces brillantes titilar entre las copas espesas de los árboles.

Kate y Paola se rieron con ternura, pero yo me quedé mirándolas en silencio. Tal vez Paola tuviese razón y había muchas cosas que aún no sabía buscar.

Capítulo 18

—Vale, tengo dos peticiones —dije al salir de lavarme las manos en el pequeño baño. Habíamos recibido un pedido de textiles que hubo que colocar en el sótano y Kate había empezado a lijar el mueble que haría de mostrador. El calor era asfixiante, pero la charla con las chicas hacía que valiese la pena, eso y el té helado—. Quiero una cita con un vaquero y otra con un artista.

—Te sigue faltando uno —puntualizó Paola.

—¿Un vaquero, Candela? —se mofó Kate—. Es muy tópico, ¿no?

—Son mis citas —dije muerta de la vergüenza, aunque reconozco que hablar durante toda la mañana sobre sus experiencias con citas en Tinder había hecho que normalizase hablar de ello.

—Si quieres, elige un pastor.

—Mejor un contratista, al menos nos echaría un cable con todo esto —bromeó Kate.

—La otra se la dejo a Paola —me atreví a decir, todavía insegura de hablar sobre mí misma saliendo con otros hombres que no fuesen Saúl.

—Fácil. Un cocinero, si es posible, italiano —anunció con orgullo.

—Menuda sorpresa —se rió Kate.

—¿Acaso tienes quejas?

—Desde luego que no. Candela, un chef italiano es la respuesta a todo lo que va mal en tu vida.

—Me lo apunto.

Seguíamos riéndonos del chef italiano cuando el sonido de la puerta nos interrumpió. Me giré y allí estaba Stanford, sonriendo como si estuviera en su casa y Paola no le odiase.

—Y él es el ejemplo de todo lo que te puede ir mal —dijo Paola mirando con desprecio hacia la puerta.

—Hola, casero —saludó Kate sin moverse del sitio. Sonrió, pero su vaso de té tembló ligeramente cuando lo dejó sobre la mesa improvisada de cajas.

—Hola —saludé mientras observaba cómo se tensaba el ambiente.

—¿En qué te podemos ayudar? —preguntó Paola.

Stanford apoyó un hombro en el marco de la puerta con la despreocupación de alguien que no se da cuenta —o finge no darse cuenta— de la tensión que provoca.

—Venía a invitaros a cenar, es una ocasión especial, tenemos a nuestra spanish girl otra vez aquí.

—Íbamos a invitar a cenar a Molly, lo siento.

Me sentí abrumada por la situación. Por un lado, tenía ganas de ver a Stanford, a quien tenía cariño, aunque hiciese años que no hubiésemos hablado. Al fin y al cabo, mi amiga era Kate y, después de su separación, habíamos perdido el contacto. Supuse que ellos también, pero parecía que no era así.

—Que se venga también, así nos ponemos al día. Hace un mes que no la he visto.

—¿Es que la ves habitualmente? —preguntó Paola con sorna.

—Vamos juntos a pilates.

—Espera, que se lo digo yo.

Stanford sacó su Blackberry y mandó un audio a Molly delante de nosotras, a pesar de la cara de incredulidad de Paola.

—Molly, no me regañes, he tenido un mes muy difícil, pero el lunes vuelvo a pilates. Oye, que estaba aquí con Kate, Paola y la spanish girl y hemos pensado que esta noche cena en mi casa. Habrá margaritas.

—No creo que Molly tenga muchas ganas de probar el alcohol —añadí, recordando cómo llegó a casa hace dos noches.

—Eso es que no conoces bien a Molly —dijo Kate, riéndose, y Stanford no tardó en sumarse a la broma. Paola había retomado la tarea de lijar el mostrador, justo donde Kate lo había dejado.

—Mira, ya me ha contestado: «Cuenta conmigo, llevaré nachos». Esa es mi Molly.

—¿Quieres que llevemos algo? —preguntó Kate con cautela.

—No hace falta, pedimos al Green Emerald. Recuerdo que te encantó.

—Mejor sushi —propuso mi amiga, y agradecí que lo hiciera. Me reí para mis adentros, recordando cómo había idealizado la comida del primer tailandés al que fui. Pasé años buscando ese sabor,

cuando en realidad lo que había hecho especial aquella noche no fue la comida, sino la emoción de lo nuevo.

—Me apetece mucho —añadí, y era cierto. Stanford era un hombre interesante y culto, y Molly era muy divertida y una gran conversadora, aunque había que tener cuidado si servía ella la bebida.

—Olvídate del vaquero —me advirtió Paola sin levantar la vista del mueble al que parecía estar desollando con la espátula.

Sentí cierta decepción. No porque creyera que me encontraría con un cowboy de película, pero... bueno, una parte de mí sí lo creía. Solo un poco.

—¿Qué vaquero? —preguntó Stanford, que nunca sabía hasta dónde se debía preguntar.

—No es nada —concluí, y por una vez, Paola no tuvo ganas de seguir con la discusión.

—A las siete en mi casa.

Paola resopló y volvió a lijar el mostrador con más fuerza. Algo me decía que esa cena no iba a ser tan divertida como Stanford la pintaba.

Capítulo 19

Eve era una niña preciosa. Tenía el pelo colmado de caracoles rubios como el sol y se reía todo el tiempo, enseñando los pequeños dientes que nacían blancos como flores en sus encías rosadas. Apenas levantaba un metro del suelo y, sin embargo, nos tenía a todos embobados viéndola jugar con una pelota sobre la hierba del jardín donde Stanford y Valentina habían dispuesto la cena.

Fue toda una sorpresa descubrir que Stanford había rehecho su vida junto a Valentina y que, además, era padre. Valentina resultó ser una mujer encantadora y una anfitriona sobresaliente. Era una especie de ninfa que sonreía todo el tiempo y que se movía con las corrientes de aire como un ser etéreo. Su pelo moreno, con reflejos grises por las canas tempranas, le confería un aspecto místico.

—¿Servimos el primer plato? —propuso, cargando a Eve sobre su cadera.

—Ya lo hago yo, mi amor —dijo Stanford, y ella solo sonrió más con los ojos que de ninguna otra forma.

—Valentina ha preparado un ceviche con mango y fresas que os va a encantar, sobre todo a ti, Paola.

Sentí cómo la mujer de Kate lo atravesaba con la mirada. Incluso pude oír cómo respiraba rítmicamente para apaciguar su primera reacción.

—De segundo hay una carne semifría con salsa de trufa blanca, pero esta la he encargado al bistró de Stanford. Con la pequeña no tengo mucho tiempo para cocinar y a mi marido ya lo conocéis —dijo mirando a Kate con complicidad—; siempre tiene un nuevo negocio entre manos. No sabe decir que no.

Paola se revolvió en su silla y apuró su copa de *prosecco* de un solo trago.

—¿Molly no va a venir? —pregunté al ver que se retrasaba más de veinte minutos.

—Le habrá surgido algo importante —la disculpó Kate.

—Que la llame Stanford —chinchó Paola.

Entonces Eve emitió un gritito de alegría y Stanford apareció con la bandeja de ceviche y con Molly a su lado, enfundada en un vestido floreado y unas plataformas verde lima.

—¡Mi Eve! ¡Qué grande estás! —exclamó, cogiéndola en brazos y haciéndole un sinfín de carantoñas. De repente, no me pareció la misma mujer que roncaba en el coche tras hacer autostop.

—Qué bien calladito te tenías que vas a pilates con Stanford —le dijo Kate, cuando se quedaron un momento a solas mientras los demás se levantaban para sentarse a la mesa.

—Kate, no me vas a creer, pero ni siquiera recordaba que Stanford y tú fuisteis pareja. Hace un siglo de eso.

Kate se rió con sinceridad y asintió. Cuando Paola apareció en su vida, cualquier amor pasado se redujo a un recuerdo casi borroso de otra existencia. Paola lo había llenado todo con su pasión por la vida, su olor a albahaca y limón, y su forma directa e implacable de enfrentarse a las cosas.

—Tómate un margarita y prueba esos nachos, los he frito yo —dijo Molly, agarrándose del brazo de mi amiga para llegar hasta el resto de comensales.

—¡Dos margaritas! —pidió Molly con desparpajo, para que Stanford los preparase.

—Que sean tres —exclamé yo.

—Cuatro —dijo Paola—. O mejor cinco, que estoy muerta de sed.

—Marchando —respondió Stanford, desabrochándose el botón de una de las mangas de su camisa negra y arremangándosela hasta el codo para repetir el gesto con la otra, y comenzar a preparar los cócteles en uno de los extremos de la mesa.

—Candela, ¿desde cuándo puedes beber alcohol? —bromeó, mientras medía el tequila con un vasito metálico.

—Está claro que hace mucho tiempo que no nos veíamos —respondí, señalando mis patas de gallo, que aunque superficiales, ya se dibujaban orgullosas sobre mis sienes.

—¿Cuántos años tenías aquel verano que te tiraste llorando por ese chico?

—Dieciocho —admití con cierta nostalgia.

—¿Qué pasó con…?

—Saúl…

—¿Os casasteis?

—No. De hecho, nos acabamos de separar. En parte, por eso estoy aquí.

—Necesitabas un cambio de aires.

—Sí.

—Estás en buenas manos, ya sabemos que Kate es una cuidadora nata.

—Anda, anda, no me hagas la pelota —se burló Kate, mientras probaba los nachos de Molly.

—Pruébalos, te van a encantar —me animó.

—¿Y qué pasó entre vosotros para que lo hayáis dejado después de media vida juntos?

Eso era lo que menos me gustaba de Stanford: nunca sabía dónde parar, su curiosidad era imparable.

—Nada en realidad, la vida, la rutina…

No le dije que Saúl ya tenía otra pareja. No porque quisiera protegerlo, sino porque, en el fondo, aún no sabía cómo decirlo sin que sonara a fracaso.

—Tienes que conocer a mi Frank —dijo Molly, sacándome de mi ensimismamiento—. En serio, Candela, sé que te va a encantar.

—¿Por qué todos os empeñáis en buscarme novio?

—Porque te falta ese brillo en la mirada —comentó Valentina, y nos dejó a todos un poco atónitos con su comentario. Especialmente a mí, que estaba más sensible de lo habitual. Sentí que el aire se me atascaba en la garganta por un segundo. No esperaba que alguien a quien acababa de conocer me mirase de esa forma, como si pudiera ver a través de mi coraza.

—Venga, dame tu número —dijo Molly, y me acercó una servilleta y un bolígrafo.

—No he querido molestarte, Candela —se disculpó Valentina, acercándose hasta mi sitio en la mesa.

—No te preocupes, en el fondo llevas un poco de razón.

—Paola ha tenido una idea y yo creo que es la bomba —comentó Kate, y supe que quería que su mujer participase en aquella cena—. Vamos a conseguirle a Candela tres citas.

—¿Y mi Frank qué?

—Tu Frank ha sido el primero de la lista —mintió Paola, que siempre que salía el tema Tinder se ponía de mejor humor.

—Eso está mejor, porque le voy a mandar tu número ahora mismo. ¡Otro margarita para celebrarlo!

—¿Sabes que Stanford y yo nos conocimos en una cita a ciegas?

Parecía que todo el mundo se empeñaba en convencerme de las bondades de las citas concertadas. Y durante la cena, Valentina nos contó cómo fue conocer a Stanford y cómo supieron que estaban hechos el uno para el otro desde el primer momento.

Kate sonreía y aplaudía las anécdotas de su exnovio con sinceridad y alegría. Sin embargo, la noche todavía nos tenía preparada una sorpresa, empezando por el primer mensaje de Frank.

Capítulo 20

Cuando el móvil vibró en el bolsillo de mi vestido, una punzada de emoción me atravesó al pensar en ver el nombre de Nicholas brillando en la pantalla. Pero no fue así. Y no debería haber sentido ninguna decepción, pues yo misma lo había bloqueado de todas las formas posibles.

Un número desconocido hizo que mi móvil vibrase de nuevo. Deslicé el teléfono debajo del mantel de lino que cubría la mesa y leí a escondidas, movida por la intuición o, quizá, por la esperanza de que fuese el hijo de Molly.

Prometí escribirte.

La emoción me hizo sonrojar. Un hombre a miles de kilómetros se interesaba por mí, y yo no podía parar de sonreír mientras intentaba que nadie se diese cuenta. ¿Cómo había ocurrido? ¿Era todo culpa de Nicholas? ¿Había sido Paola con su idea disparatada? ¿O el margarita que me había tomado?

Lo leí de nuevo. No me imaginaba a Molly haciendo que su hijo prometiera escribirme, pero tampoco me la imaginaba con un traje de leopardo cantando *It's Raining Men* en una noria, y lo vi con mis propios ojos.

Me pareció bonito que hiciera caso a su madre. ¿Qué mujer no quiere un hombre que quiera y respete a su madre? Pero, por otro lado, ¿quién podía querer a Molly como suegra? Me reí de mí misma por pensarlo. Ni siquiera sabía cómo era Frank.

Le escribí por debajo del mantel, y la sensación de hacer algo secreto, casi prohibido —al menos para la Candela de hace solo un par de meses—hizo que se me erizara la piel. Si esto era lo que iba a sentir teniendo esas citas, el verano iba a ser muy excitante.

Me alegro de que hayas hecho caso a tu madre. Es una mujer increíble.

No sabía que la conocías tanto.

Una noche de fiesta une mucho.

Supongo que nadie me había contado eso. No sé si quiero saber mucho más.

Me reí para mí misma.

¿Te está gustando Rye? ¿Lo estás pasando bien?

Sí, Paola y Kate son geniales, aunque ahora que lo pienso, no sé si las conoces.

Ahora me vacilas… Claro que las conozco.

Perdona, Frank. Esto de las citas a ciegas es nuevo para mí.

¿Cita a ciegas?

Bueno, no sé muy bien cómo referirme a esto.

Vale, ya entiendo.

¿Tú lo has hecho más veces?

No, supongo que nunca había hecho algo así.

Yo tampoco.

Va a ser muy divertido, Candela.

Eso espero. Nunca he estado en San Francisco, ni he conocido a un guardabosques.

Vaya, realmente has tenido suerte con tu primera cita a ciegas.

La ironía era difícil de leer entre líneas a veces, pero Frank era educado y aquella primera conversación me estaba haciendo sentir bien.

—Candela, ¿qué dices? ¿Nos tomamos una copa antes de volver a casa?

—Ni hablar, Molly —respondí tajante, y Kate se echó a reír. Sentí que me habían descubierto, así que bloqueé el móvil y traté de seguir la conversación, por mucho que me fastidiase.

—Así que, en una semana podréis abrir *The Old Beauty*. Es maravilloso, chicas —dijo Valentina, meciendo a Eve de un lado a otro del jardín, casi dormida en sus brazos.

—Yo diría que serán dos semanas —anunció Paola.

—Ya sabéis que podéis contar conmigo —se ofreció Molly.

—Yo también os puedo ayudar con lo que necesitéis —dijo Stanford, y acto seguido se levantó para dar un beso a Eve y despedirse de Valentina, que, como un hada, desapareció en la casa para acostar a la niña.

—No me hagas reír, Stanford —exclamó Paola con resentimiento.

—Paola, sabes que puedo aligerar los trámites. Tengo un equipo de contratistas que trabaja rápido y muy bien. Dejadme echaros una mano.

—Muchas gracias, Stan —respondió Kate con la tranquilidad que le faltaba a Paola—, pero no hace falta.

—También estoy yo para ayudar —dije con timidez, pues estaba claro que poco podía hacer con esas cosas.

—Estamos muy agradecidas, chicas —añadió Kate, mirándonos a Molly y a mí, aunque intuí cierta preocupación en sus palabras. Conocía muy bien a su mujer para saber que la conversación no iba a quedarse ahí.

—No necesitamos nada —dijo Paola. Sonó ruda y cortante, pero al menos había acabado con la tensión al levantarse y salir a tomar aire hasta el borde de la piscina.

Stanford terminó su margarita de un trago y dejó el vaso sobre la mesa con un golpe seco. Paola se giró para mirarlo, como si aquel gesto fuese la gota que colmaba el vaso.

—¿Me preparas otro margarita? —sugirió Molly.

Pero Stanford no tuvo tiempo de levantarse a por el tequila, porque Paola venía hacia la mesa como un toro de Miura.

—¡Llevo más de un año callándome, pero ya no puedo más! —Su voz tembló al principio, pero pronto se convirtió en una acusación firme y directa—. ¡Tú, Stanford Mackenzie, eres un vendehumo y un egoísta!

—Paola, déjalo —Kate se levantó para frenar a Paola, que por un momento pareció que se llevaría la mesa por delante con nosotros sentados alrededor.

—No, Kate, ya está bien. Si tenemos que estar así con ese local horrible y destartalado es porque "tu Stan" se negó a alquilarnos el local para MI restaurante. Y esa es la verdadera razón por la que estamos abriendo una tienda de antigüedades: porque el señor decidió comprar el único local con el que soñaba desde que puse un pie en Rye y, casualmente, Kate te lo había contado.

—Paola, te estás equivocando. Era una inversión más. Ambas sabéis que tengo un gestor que hace esas transacciones por mí. El local del bistró fue un inmueble más.

—¡Eres tan egocéntrico y absurdo, Stanford!

Nos quedamos en silencio, y Molly me invitó a acompañarla al fondo del jardín. Desde allí no podía escuchar lo que decían, pero sí percibí cómo la voz de Paola sonaba más tranquila y cómo Stanford hablaba sin parar. Me pareció que se calmaban y, cuando me giré para comentarlo con Molly, vi que se había quedado dormida. Otra vez. Al menos, todavía no roncaba.

Aproveché para sacar el teléfono de mi bolsillo y ver si su hijo había respondido a los mensajes.

Capítulo 21

Cuando mi móvil sonó a las ocho de la mañana, apenas había dormido cinco horas. Esto de dormir poco se estaba convirtiendo en una constante en mi vida en Estados Unidos y no estaba segura de si me gustaba. Hacía años que no trasnochaba tanto y tan seguido, pero no me arrepentía de haberme quedado despierta hablando con Frank hasta las tres de la madrugada.

Habíamos hablado de nuestros años de estudiantes, de música, del trabajo… Aunque Frank no había profundizado mucho, estaba claro que le encantaba la naturaleza y que estaba justo donde quería estar. Me mandó una foto y, de repente, sentí pánico justo antes de abrir la imagen. ¿Y si esta especie de hechizo se rompía al verlo? ¿O, peor aún, si lo que me enviaba no era precisamente una foto de su cara?

Cuando vi el cielo oscuro plagado de estrellas y tres abetos imponentes recortados por la luz tenue de una luna llena, sentí un gran alivio y tuve una revelación.

Te propongo un experimento —escribí imitando a Paola.

Te leo.

Propongo no mandarnos ninguna foto hasta que nos veamos en persona, si eso ocurre.

Me parece bien. Aunque yo juego con ventaja.

¿Ah, sí? ¿Por qué?

Bueno… —dejó de teclear unos segundos.

No te preocupes, me imagino que Molly te habrá contado cómo soy.

Efectivamente. No me culpes si ya sé que eres preciosa.

Sentí un cosquilleo en la nuca. Sonreí como una tonta, mordiéndome el labio antes de apagar la pantalla del móvil y abrazar la almohada con fuerza.

Quizá, si dejábamos que solo hablasen las palabras, podríamos descubrir algo más real. Quería creer que era posible, que las

mariposas podían volver y anidar en mí. Algo en mí se estaba despertando de nuevo.

Y así, con el corazón encogido por las emociones que me provocaban los mensajes de un desconocido a miles de kilómetros, me despedí de Frank, feliz por haberle dado mi número a su madre y tranquila porque Paola y Stanford habían acabado la noche con un abrazo que, aunque prudente y contenido, ya decía mucho de la intención de ambos. Habían firmado una tregua bajo la mirada esperanzada de Kate, los ronquidos de Molly y mis intentos por ver qué ocurría entre ellos dos.

El día iba a ser muy divertido. ¡Por fin íbamos a pasar la mañana recorriendo un *flea market*! Teníamos una hora de coche hasta el Upper West Side, donde se celebraba el Grand Bazaar, uno de los mercadillos más grandes de Nueva York y que yo estaba deseando conocer.

Kate quería visitar varios puestos para ofrecerles un espacio en la tienda, además de hacernos con al menos dos espejos, una bancada y todas las sillas *Tulip* y *Acapulco* que encontrásemos. Por supuesto, tuve que buscar en Google de qué modelos se trataba. Entonces, leí de nuevo el mensaje de buenos días de Frank:

Buenos días, C. He soñado contigo.

Las mariposas de las que todo el mundo habla batieron sus alas a un ritmo frenético, haciendo que el estómago se me encogiese. ¡Este experimento era una pasada! No recordaba esta emoción desde… bueno, desde que Nicholas se había empeñado en ser encantador. En el fondo, hablando con Frank tenía la misma sensación que mientras me dejaba embaucar por la juventud y la seguridad de Nicholas, y era muy excitante.

—Manos a la obra, chicas —dijo Kate despidiéndose de nosotras para visitar a sus amigos, y Paola y yo comenzamos nuestra búsqueda.

La mañana era calurosa y brillante, sonaba música en directo y, por un momento, recordé a Hans. Había sido muy amable llevándonos a casa, y había algo en su forma de hablarme, sin pretensiones, sin querer impresionar a nadie, que me pareció muy auténtico. Con su camiseta de botones y su pelo recogido era la viva

imagen de un músico de *country* o *folk*, o al menos el que yo me imaginaba. Quizá podríamos acercarnos a verlo algún día, aunque ni siquiera sabía cómo se llamaba su grupo.

—¿Quieres un té *matcha* antes de empezar?

—Nunca puedo decir que no a un *foodtruck*.

—¡Qué graciosa eres! ¡Luciérnagas! —gritó imitándome, pero para mí, aquellas cosas cotidianas de su vida eran como estar en un parque de atracciones donde todo me llamaba la atención.

Pedimos dos *matchas* con leche de almendras y un *apple fritter* para compartir.

—Es una basura —comentó despreocupada Paola al partir la masa frita de manzana—. Esto hecho con aceite de oliva sería una delicia, pero los americanos no saben nada de comida.

—Puede ser, pero está buenísimo —dije dándole un gran bocado.

—Te irás a Madrid con cuatro kilos más si comes así —me espetó sin levantar la vista de su *matcha*.

—Ya tendré tiempo de perderlos cuando vuelva —por una vez no iba a preocuparme por esas nimiedades.

—Sonríe —dijo sacando el móvil para inmortalizar el momento, o eso pensé yo.

—A los hombres les gustan las mujeres que comen —dijo enseñándome la foto, como para que le diese el visto bueno.

—Espera, ¿qué vas a hacer?

—Subirla a tu perfil de Tinder —respondió como si fuese lo más normal del mundo—. Estás muy guapa, te sienta bien el amarillo.

—Gracias —me sorprendió, casi nunca me atrevía a vestir de amarillo porque Saúl decía que me hacía parecer demasiado morena. Supuse que en Nueva York mi tez oscura y mi pelo negro resultaban más exóticos—, pero no sé si…

—Listo, ya está subida. Tú olvídate de todo y busca las sillas, yo me encargo de encontrarte a tu vaquero.

—¿De verdad? —me reí, porque la broma empezaba a tomar forma y, aunque no quería admitirlo, me estaba encantando.

¡Candela Martí teniendo citas en la Gran Manzana! Era surrealista. Como si no fuese la misma vida en la que me despertaba cada día a las siete y cuarto, desayunaba a toda prisa, hacía treinta y cinco

minutos de metro y pasaba horas frente al ordenador hasta las cinco de la tarde, iba a yoga los martes y los jueves y devoraba cada nueva serie que Netflix lanzaba.

Nos terminamos el *matcha* y nos pusimos en marcha.

Capítulo 22

Dos sillas *Tulip* después, y una *Acapulco* verde, Paola y yo decidimos que era el momento de ir a por los dos espejos que habíamos apalabrado a un vendedor en el cuarto pasillo del mercado. Paola había hecho una foto para recordar dónde se encontraba: entre un puesto de joyas *vintage* y uno de ropa de segunda mano.

—Hay verdaderos tesoros aquí —dije, probándome un anillo con una piedra ámbar redonda.

—Stanford podría aprender algo de ellos —comentó Paola y, aunque su voz sonó despreocupada, sabía que seguía habiendo algo de resentimiento, aunque el amor por Kate era capaz de sobreponerse hasta a lo que Paola sentía como una gran traición.

—¿A qué se dedica ahora Stanford? Entiendo que él no lleva la tienda de ropa, ni el bistró, ni…

—Ni ninguno de los negocios que monta —terminó la frase Paola por mí—. Se limita a contratar a recién licenciados que, en cuanto juntan algo de dinero, vuelan a otro sitio en busca de su propio sueño y, al final, ninguno funciona.

—¿Y su gestor no le advierte de que ese modelo de negocio no funciona?

—Su gestor no tiene escrúpulos, Candela. Se ha vuelto imprescindible para él y solo busca la ganancia inmediata.

—Pero eso es pan para hoy y hambre para mañana —dije en español, pues no sabía cómo expresarlo en inglés con tanta claridad.

—Me apunto ese refrán para Kate —comentó Paola.

Seguimos caminando, pero la conversación me dejó con una sensación extraña. Había algo inquietante en cómo Paola hablaba del gestor de Stanford. Si había algo de lo que yo sabía, era de números. Y aquello no pintaba bien.

Kate nos encontró en la camioneta y nos ayudó a colocar las sillas en el remolque y a taparlo con la lona. Traía una bandeja con refrescos para celebrar que al menos dos de las personas a las que había visitado habían aceptado exponer en *The Old Beauty* con la

comisión inicial de un veinte ochenta, lo que les permitía sacar partido a aquella tienda enorme, solo a cambio del espacio.

—Mañana tenemos que ir a por otras tres sillas *Acapulco* originales a Long Island. Hemos quedado con la vendedora para pasarnos a última hora de la noche, así podemos cenar en alguno de esos restaurantes que sigues en Instagram —añadió Kate, que seguía preocupada por lo que había pasado la noche anterior con Stan. Esa era su forma de compensarla.

—Planazo —dije yo, animada por la perspectiva de conocer Long Island.

—Bueno, a ver si puedes venir, porque tienes tres *matches*.

—¿Tres qué?

—Tres candidatos a una cita, aunque me temo que ninguno es un vaquero buenorro —añadió Paola, visiblemente divertida por su experimento.

—Tendremos que seguir buscando, cariño. Si Candela pide un vaquero, buscaremos uno.

—Eso suena genial, pero no estamos precisamente en Montana ni en Texas.

—Mira, este es muy guapo: ojos azules, rubio, metro ochenta y amante de los rodeos. Algo es algo —dijo Paola enseñándome en el móvil la foto de un hombre de unos cuarenta años con un polo de color salmón y una mirada inquietante.

—*Veto* —fue mi única respuesta.

—No sabía que había opción a veto —dijo riéndose Kate mientras terminaba su cola *light*.

—Hombre, yo creo que es justo —dijo Paola, que me sorprendió por su lógica—. Si tiene que dejarse guiar por mí, acabará con una profesora de inglés de pelo multicolor.

Las tres nos reímos ante la ocurrencia de Paola.

—Vamos a seguir con la lista de tareas del día —nos animó Kate sacando las llaves del coche. Todavía había que terminar de barnizar el mostrador y colgar las estructuras de las que colgarían los distintos lienzos que expondrían en la tienda.

—Tú conduces, yo tengo que encontrarle un *cowboy* a la española —dijo Paola.

Hace unos días habría puesto el grito en el cielo con la sola idea de que alguien eligiera mis citas por mí. Ahora, me reía con ellas. Quizá el verano en Nueva York estaba empezando a hacer su magia.

Además, quería contestar al mensaje de Frank.

¿Qué tal el mercadillo? ¿Te has comprado algo?

Durante todo el viaje de vuelta hablamos de la tienda y de los planes que Paola y Kate tenían para el negocio, también de lo ocurrido con Stanford y de si era posible ser amigo de un ex. Frank parecía bastante abierto de mente respecto a las relaciones. Y yo… ¿podría serlo también? ¿Podía tener una cita con alguien mientras me mensajeaba con Frank?

Capítulo 23

Después de dos horas intentando nivelar los rieles ajustables, estábamos a punto de abandonar. Ninguna de las tres teníamos la suficiente altura para hacerlo con pulcritud y, en el último momento, cuando había que hacer fuerza con la atornilladora, el riel se torcía y no servía. El calor de los últimos días de julio no ayudaba y la negación automática de Paola a pedir ayuda resultaba bastante frustrante.

En el cuarto intento, Kate soltó la escalera que hasta ahora sujetábamos ambas para que Paola estuviese segura y salió de la tienda haciendo sonar las campanillas de cerámica pintadas que había comprado esa mañana en el mercadillo.

—Sabía que las campanitas no eran una buena idea —bufó Paola bajando un par de peldaños.

—¿A dónde va?

Se encogió de hombros y se acercó hasta el mostrador para ver si el barniz había secado. Después se sentó en la silla plegable que usábamos como mesa cuando comíamos allí y miró su móvil. Supuse que seguía buscando entre los miles de perfiles que parecían existir en Tinder.

Yo hice lo mismo, aunque sentí cierta decepción al ver que Frank no había contestado a mi último mensaje.

—Este es Cameron —exclamó Kate sin esperar a que el tintineo de la cerámica cesara—, trabaja en la tienda de segunda mano —dijo a modo de presentación—. Y nos va a ayudar.

No nos pasó desapercibido su más de metro noventa y su aspecto desgarbado y amable. Pelirrojo y con unas lentes redondas, parecía un niño al que alguien había estirado y vestido para un carnaval. Llevaba una zapatilla de cada color, un peto vaquero que le quedaba corto de pierna y un pañuelo rojo al cuello que le daba un aspecto de casi demasiado moderno.

—Hola —dijo haciendo una especie de reverencia.

—Al menos me haréis descuento si compro algo, ¿no?

—Por supuesto —aseguró Kate.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó Cameron observando la tienda.

—Es solo atornillar estos rieles a la parte de arriba de aquella pared —dijo Paola señalando la escalera.

Cameron resultó ser muy mañoso con el nivel y la atornilladora eléctrica. En apenas diez minutos, los tres rieles que surcaban la pared izquierda de la tienda estaban colocados. Y Paola invitó a Cameron a cenar esa noche en casa.

—Puedes traer un acompañante, haré lasaña, es mi especialidad.

—Soy vegetariano —puntualizó Cameron, agachándose un poquito, como si lo que acababa de decir fuese a suponer un problema.

—Lasaña de verduras, entonces —se adelantó Kate a Paola, que ya estaba maquinando cómo agasajar a aquel gigante pelirrojo con sus mejores recetas italianas.

—A las siete en el quince de Violet Street. No traigas nada, por favor —añadió Paola, que disfrutaba cocinando para otras personas.

—Yo haré sangría —me ofrecí en el último momento—. Es típica de mi país.

—Allí estaremos —dijo, e hizo sonar las campanillas de nuevo.

—Hay que quitar ese cacharro —dijo Paola.

—Estoy de acuerdo —Kate y Paola se sonrieron.

—Puede que traiga a un amigo guapo —me chinchó Kate.

—De uno en uno —dije yo con las manos en alto, como si fuese demasiado para mí, y pensé que debería contarles que estaba hablando con Frank; igualmente lo iban a descubrir al verme revisar mi móvil tan a menudo.

La tarde se pasó volando colgando los últimos cuadros. Me sorprendió cómo un montón de obras distintas, de tamaños diferentes, algunas con marcos ornamentales dorados y recargados y otras con apenas un cristal y un *passepartout* daban a aquella pared el aire de una galería de arte con años de recorrido. El azul Klein que tanto le gustaba a Kate estaba en todas partes; el amarillo brillante hacía que la estancia vibrase y el ocre y negro de la multitud de paisajes de campo hacían que todo cobrase vida.

—Tenemos que pensar en el cartel de fuera —dijo Kate, satisfecha de cómo iba quedando todo.

—Podías pintarlo tú —propuso Paola.

—Ni hablar.

—¿Ya no pintas, Kate? —pregunté un poco avergonzada por no haberme dado cuenta de eso, aunque no había visto ningún lienzo en la casa ni sus utensilios de pintura en ninguna parte.

Ella se encogió de hombros y miró hacia otro lado.

—Uf, hace mucho que no.

Su tono no invitaba a seguir preguntando, pero algo en su expresión me dijo que había una historia detrás.

—Sería una gran idea —la animé yo.

—Ya veremos, de momento falta encerar el suelo, hacernos con al menos cuatro mesas más que sirvan para exponer las piezas pequeñas y alfombras. ¡Quiero un montón de alfombras!

—¿Sabes lo mucho que cuesta mantenerlas limpias? —dijo Paola con su pragmatismo, aunque todas sabíamos que Kate iba a salirse con la suya.

—Podríamos aprovechar el viaje de mañana a Long Island para visitar algunas tiendas a ver si hay suerte con las alfombras.

—Sí, creo que las mesas podemos encargarlas a un ebanista.

—¿Te encargas tú, Candela?

No tenía ni idea de carpintería, ni de cómo negociar precios, ni siquiera sabía cómo explicar lo que necesitábamos en términos técnicos. Pero había venido a ayudar, no solo a acompañarlas. Respiré hondo.

—Está bien, decidme medidas y yo me encargo. Aunque no conozco a nadie en Rye.

—Para eso se inventaron las reseñas de Google —dijo Paola muy seria.

Tuve que sobreponerme a mi cobardía inicial.

—¡Perfecto! Mi *Spanish girl* se hace mayor —bromeó Kate abrazándome maternalmente.

Por primera vez en mucho tiempo, sentí que era parte de algo.

Capítulo 24

—¡Lo tengo! —gritó Kate desde el salón.

Paola y yo estábamos terminando de emplatar la ensalada de sandía y queso feta con hojas de albahaca en la que yo no tenía ninguna fe mientras ella ponía la mesa.

—¿Qué? —gritó Paola limpiando el filo de la fuente con la punta de su mandil.

—¡El vaquero de Candela!

Paola salió corriendo hasta el salón emocionada y no me quedó más remedio que seguirla, aunque lo que realmente quería era que Frank me contestase a mi último mensaje.

—Trae aquí —dijo Paola arrebatándole el móvil de las manos a Kate.

—Treinta y cuatro, castaño, fornido y… retirado.

Una decepción se filtró en el tono de Paola.

—¿Por qué se retiraría alguien a los treinta y pocos? —pregunté yo.

—Parece que por una lesión. Este tipo era *bull rider*.

—¿Un qué?

—Que montaba en toros salvajes en los rodeos.

—No sé si es un punto a favor o en contra —admití en voz alta, aunque en mi cabeza la imagen de un hombre gigantesco, con manos ásperas y cara de pocos amigos no terminaba de encajar en mi idea romántica del vaquero ideal.

—A favor —dijeron ambas a la vez.

—Déjame verlo, al menos.

—No, no —dijo Paola—, el trato es el trato.

—Yo no recuerdo ese trato, Paola.

—Es que si te lo enseño, siempre va a haber algo que no te guste, así que en este experimento debes dejarte sorprender y conocer a la persona de verdad.

Me reí por la ocurrencia. Al fin y al cabo, era lo mismo que yo le había propuesto a Frank. Solo que ahora, la idea de no ver a mi cita antes de conocerla me parecía un poco menos divertida. Al fin y al

cabo, todas estaban de acuerdo en que Frank era un hombre bien parecido.

—Por mensajes y con un buen ángulo todos somos guapos y simpáticos —comentó Kate distraída mientras buscaba una botella de algún vino en el armario del salón que hacía de mueble bar, así que no pudo ver cómo su frase me atravesó como un dardo.

¿Era eso lo que me estaba pasando con Frank?

—Vale —me rendí. Últimamente no paraba de aceptar cosas con las que me sentía fuera de mi zona de confort.

Pero esta vez, no tenía ni idea de si me iba a gustar el resultado.

Cameron llegó puntual, aunque no trajo acompañante, lo que molestó un poco a Paola que había preparado comida para cinco personas.

—Lo siento, no os he podido avisar porque no tenía vuestro número y ha sido una larga historia—dijo el chico al ver la mesa puesta en el salón.

—No te preocupes, está bien. ¿Qué quieres de beber? —preguntó Kate.

—Hay vino, cerveza, algún refresco.

—Sangría—ofrecí yo.

—Agua está bien—dijo admirando el salón de las chicas.

—Vaya, es precioso. Me encanta la mezcla de colores, es muy alegre. Estoy un poco cansada de las casas en blanco y *beige* con muebles nórdicos y madera de pino—añadió y sentí que estaba describiendo mi antigua casa con Saúl—, les falta alma. Aquí se respira hogar.

—Muchas gracias—dijo Kate feliz por el cumplido.

—¿Vives cerca de la tienda?

—Sí, vivo justo enfrente. Encima de la floristería, la que está ahora cerrada.

—Ah, sí. Es una pena—dijo Paola—, los locales cerrados en calles céntricas siempre me ponen muy triste.

—¡A mí también! Por eso quiero abrir mi propio taller de costura allí. ¿No sería increíble trabajar y vivir en el mismo edificio?

Otro que se marchará con el dinero que ahorre trabajando para Stanford.

—¿No estás cómodo en la tienda? —preguntó Paola mientras vertía un poco de aceite en un platillo de loza y abría un paquete de *grissinis* y tostaditas de pan con semillas de amapola.

—La tienda mola, pero no puedo aportar mucho. El género lo compra el jefe, sin mucho criterio, todo hay que decirlo y luego yo hago lo que puedo seleccionando las prendas que merecen la pena. Hay mucho *stock* que nunca se venderá.

—Menudo idiota—se le escapó a Paola y Kate la reprendió enseguida poniendo su mano encima de la de ella.

—No le hagas caso, conocemos a Stanford.

Cameron palideció por un momento, pero Paola destapó la fuente que contenía la ensalada de sandía y feta y le endiñó al pobre chico la tarea de aliñar.

—Así no me paso con el vinagre balsámico.

—Sí, es tu punto débil, cariño.

—Ahora que lo dices…Hay cosas que no tienen que llevar vinagre. Como los sándwiches—me atreví a decir para que Cameron se sintiera uno más en la mesa.

—Me vas a matar, pero no recuerdo tu nombre—me dijo con sinceridad.

—Candela.

—Candela, ¿qué haces aquí en el culo del mundo?

—¿El culo del mundo? —pregunté atónita.

—Para un neoyorkino como yo, lo es, así que para una europea no me lo quiero ni imaginar…

—Yo estoy muy feliz en Rye. Voy a pasar todo el verano ayudando con la tienda, desafortunadamente, luego tendré que volver a mi puesto de trabajo.

—¿Por qué tienes que volver?

—Pues porque mi vida está en Madrid.

—Tu vida está donde estés tú, Candela.

—Bien dicho, Cameron.

—¿Cuántos años decías que tenías?

—Veintidos.

—Pues a tus veintidos ya sabes más de la vida de lo que supe yo hasta los cuarenta años—dijo Paola con admiración.

La cena fue increíble, incluso la ensalada de sandía y queso feta era exquisita. La lasaña de verduras al pesto me encantó, pero el tiramisú fue el broche final a una noche perfecta.

Y, sin embargo, no podía dejar de pensar en lo que había dicho Cameron.

¿Dónde estaba mi vida realmente? ¿A dónde me iba a llevar este verano? ¿Y por qué demonios Frank no había contestado?

Volví a mirar la pantalla de mi móvil. Nada.

Capítulo 25

Había refrescado y Paola y Cameron parecían haber conectado a la perfección. Habían abierto un par de cervezas y estaban sentados en la banca de madera del porche charlando animadamente. Cuanto más se soltaba Cameron, más locuaz y crítico se volvía, y eso parecía encantar a Paola, que aplaudía algunos de sus puntos de vista y se reía a carcajadas.

Kate y yo recogimos la mesa y nos servimos una copa de vino rosado mientras terminábamos de limpiar el fregadero. Entonces, mi móvil vibró y no pude contener la emoción; un suspiro se me escapó traicionero, llamando la atención de mi amiga.

—Dime que eso no es por Saúl —su voz sonó incrédula y un poco amenazante.

Negué con la cabeza, pero la urgencia por ver el mensaje de Frank no me dejó contestar a Kate.

Lo siento, Candela. He tenido un día de locos con los niños.

Me quedé paralizada.

¿Tenía hijos?

Sentí un nudo en el estómago. ¿Por qué no me lo había dicho?

—Candela —Kate me sacó de mi ensimismamiento.

—Perdona, Kate —dije avergonzada, levantando la vista del móvil y cogiendo la copa de vino que me ofrecía mi amiga—. ¿Te puedo contar una cosa?

—Claro.

—He estado hablando con el hijo de Molly —sus ojos se abrieron como platos—. Ayer nos mensajeamos hasta las tres de la mañana.

—Vaya, eso son muchos mensajes, Candela.

—Lo sé. Y me gusta un montón. Siento como si ya le conociese, hablar con él es fácil.

—Pero… —Kate era capaz de leerme como un libro abierto.

—Pero ha estado todo el día sin escribirme y ya sé que no sé nada de él y que solo llevamos un día hablando, pero me asusta que las

cosas me duelan tanto…
—A ver, Candela, es que te falta mucha calle —me dijo en español—, solo conoces la vida de pareja y yo creo que tienes que diversificar.
—¿Diversificar?
—Sí, tienes un verano entero por delante, eres joven, lo has pasado mal y te mereces una alegría. Lo que quiero decir es: disfruta del *sexting* y ve a por tu vaquero.
—¡No estamos teniendo *sexting*! —me quejé.

—Pues entonces, es otra cosa que te estás perdiendo, ¿lo ves?

—Según tú, debería seguir hablando con Frank aunque no sepa nada de él y disfrutar el momento mientras tengo citas.
—Mientras tienes las citas que la loca de mi mujer te está buscando. Y te advierto que es muy perseverante.
—Ya veo —dije—. Creo que está enganchada a Tinder.
—No te pases —me advirtió Kate con buen humor.

Desde el porche, las carcajadas de Paola y Cameron me recordaban que algunos vivían la vida sin pensar demasiado. Yo, en cambio, seguía atrapada en un mensaje de cinco palabras.

Me dolía el estómago. Me disculpé con Kate, que no dudó en abrazarme con cariño, pues sabía que acababa de echarme una buena reprimenda sobre cómo dejarme llevar. Sin embargo, mi mente seguía en la pantalla de mi móvil y me escabullí al baño. Cerré y me miré al espejo durante unos segundos antes de escribirle:
¿Qué niños?
Frank comenzó a escribir y tuve que contener el aire.

Hay acampados en los alrededores y hoy he estado ayudando con una salida por el bosque.

¿Acampados? Esto empezaba a parecer una constante en mi vida. Respiré profundamente y sentí cómo las piernas y los brazos dejaban de pesarme. Me sentí un poco más ligera de nuevo.

No sabía que los guardabosques teníais que ayudar con campamentos.
Bueno, ha sido puntual. Ya sabes cómo son los monitores de estas cosas, al final acaban liándote.

No sabes cómo te entiendo.

¿Y tú, qué? ¿No te habrás arrepentido ya de haberme dado tu número?

En realidad fue tu madre.

Llevas razón, punto para ti.

Contuve la sonrisa de tonta que se me escapaba al leer sus mensajes. Después de todo, la impresión que tenía de Frank seguía intacta.

Entonces voy ganando la partida.

Sin duda, además por ti me dejaría ganar.

Sentí cómo se encendían mis mejillas. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo conseguía ruborizarme con solo una insinuación? Puede que Kate llevase razón y yo estuviese muy desentrenada.

Habían pasado casi diez minutos. Si no salía, Kate se iba a preocupar.

Tengo que volver con mis amigas. Pero me ha encantado hablar contigo. He pensado mucho en ti. —me atreví a escribir, venciendo mi miedo a expresar lo que sentía.

Disfruta de la noche, C.

Igualmente, F.

Incluso usar nuestras iniciales me parecía excitante.

Bloqueé el móvil, pero mis dedos se quedaron en la pantalla unos segundos más. No quería que terminara la conversación. No quería que se acabara esta sensación.

Me volví a mirar en el espejo. A pesar del cansancio, del día tan largo y de las emociones de la noche, la sonrisa se me escapaba por la comisura de los labios y hasta por mis ojos castaños, que brillaban con otra alegría. Lo que me estaba pasando con Frank no me había pasado nunca… quizá solo con Nicholas.

Cuando abrí la puerta, Kate estaba apoyada en el marco de la puerta de la cocina. Me estaba esperando.

—Ni lo intentes, Candela.

—¿El qué? —inquirí nerviosa. Seguía sintiendo las mejillas ardiendo.

—Disimular. Sé que has estado hablando con Frank, se te ve en la cara.

—Ha ido muy bien —admití ilusionada.

—Prepárate para lo que te espera fuera —dijo Kate con una sonrisa traviesa.

Y no supe si sentir emoción o miedo.

Capítulo 26

—¡Candela! ¿Tienes botas de montar? —preguntó Paola con una efusividad que no le había visto hasta ahora.

—No… —contesté con cautela, preocupada por el rumbo que estaba tomando la conversación.

—Pues habrá que buscarte unas en la tienda, porque mañana tienes que cabalgar con tu vaquero —exclamó Cameron, que evidentemente estaba al tanto del "experimento Tinder".

—¡Tienes tu primera cita! —gritó Paola emocionada, chocando la palma con Cameron como si hubieran ganado un concurso.

—¡Qué fuerte! —respondí, abrumada—. ¿Dónde? ¿Cómo?

—No tengas tantas prisas —intervino Kate con la calma que la caracterizaba. Supuse que compartiendo vida con Paola ya había vivido unas cuantas locuras como aquella.

—Al menos su nombre —imploré. Tenía el estómago cerrado y me sudaban las manos.

—David Lavalle —anunció Paola con entusiasmo.

Fruncí el ceño.

—Vaya. No suena nada a vaquero.

—¿Decepcionada? —preguntó Cameron, divertido.

—Solo un poco. Esperaba algo más… John Wayne. Lavalle suena a diseñador: Lavalle —repetí.

—A lo mejor los *bull riders* tienen apellidos elegantes —intervino Paola, dándole un codazo a Cameron—. ¡Tenemos que descubrirlo!

—Me acabas de crear una necesidad —dijo Cameron apurando su segunda cerveza—. Acostarme con un vaquero.

Nos reímos. Se notaba que éramos generaciones distintas: yo apenas lograba escribirle a un desconocido sin sentirme ansiosa, mientras que Cameron ya estaba planeando su próxima conquista sin pestañear.

Nos terminamos la botella de vino bromeando sobre mi atuendo para la cita y sobre qué esperar de David Lavalle.

—Bueno, al menos hemos quedado en Long Island. Así, si resulta ser un psicópata, tendré una forma de escapar —bromeé.

—Una forma de escapar llamada «nosotras»—apuntó Paola, fingiendo cierto fastidio.

—Estaremos en el restaurante de al lado.

—El de la estrella Michelin —puntualizó Paola de nuevo.

David vendría desde Danbury, lo que suponía unos cuarenta minutos en coche. Nos encontraríamos en la puerta del Seaside Restaurant, que, según Google, tenía reseñas pasables. No era lo ideal, pero al menos sabía que Kate y Paola estaban cerca, lo que me daba una sensación de seguridad que no quería admitir en voz alta.

—¡Primera cita en marcha! —exclamó Paola, invitándonos a brindar.

Miré un segundo mi móvil. No había ningún mensaje más de Frank, lo que era normal, pues nos habíamos despedido, pero no podía parar de preguntarme qué pensaría si supiera que iba a tener una cita con otro hombre.

Supongo que por eso dormí tan mal. No estaba del todo tranquila con mi cita del día siguiente. Deseé parecerme un poco más a Cameron, pero también me di cuenta de lo poco que me parecía a la Candela que había cogido el vuelo a Nueva York. El vino rosado tampoco ayudó. ¿Me estaba convirtiendo en una alcohólica también?

Al menos no fui la única que se levantó con resaca. De hecho, Paola no pudo acompañarnos a la tienda a primera hora de la mañana. Kate y yo teníamos que recibir la máquina registradora y un pedido de papel kraft, de burbujas y un montón de cosas más súper necesarias al parecer para envolver antigüedades.

Mientras esperábamos el pedido, Cameron se acercó a saludar. Iba completamente vestido de negro y llevaba gafas de sol.

—Parece que ha costado levantarse —dijo a modo de saludo, como si el mero hecho de decir una palabra fuese un gran esfuerzo.

—Así es, aquí hemos sufrido una baja —añadí sin disimular lo fascinante que empezaba a parecerme aquel chico que se sentía libre para decir y hacer lo que sentía en cada momento.

—Amigas, ya no tenéis edad para esto —añadió sin una brizna de preocupación por si Kate se ofendía—. A cambio de este insulto gratuito —siguió con su actuación—, te he traído un modelazo para tu vaquero.

—No hacía falta —dije con inseguridad.

—Ya me darás las gracias después —añadió sacando de una bolsa unos pantalones de cuero sin la parte trasera—. Son unos *assless chaps* verdaderos, todavía huelen a potro.

—Lo siento, no estoy tan desesperada —contesté preocupada por parecer cortante, pero no estaba dispuesta a exponerme así.

—¡Es broma, tonta! —gritó muerto de risa, apoyándose en Kate como si sus casi dos metros no se pudieran sostener. Ya no parecía que le doliese la cabeza.

—Mira —sacó un vestido negro bastante corto y unas botas de *cowboy* de color coñac—. Vas a estar espectacular, Candela.

—Sobre todo si le pones un toque de color. Es un poco sobrio, ¿no?

—Siempre puedes volver a la primera opción —dijo poniéndose los pantalones de cuero que le quedaban dos palmos cortos.

Cogí el vestido negro que había traído Cameron para mí. Era sencillo, clásico y un poco atrevido. Sin embargo, las botas eran demasiado. Solo mirarlas me hacían sentir una impostora.

¿De verdad estaba haciendo esto? ¿Salir con un hombre al que no conocía de nada solo porque era un vaquero con un apellido bonito?

Desbloqueé el móvil en un acto involuntario. Ningún mensaje de Frank, que solo parecía tener tiempo a primera hora de la mañana y antes de dormir. Pensé si no debía escribirle yo, seguro que eso es lo que Cameron haría, pero ¿qué podía decirle? «Oye, F. ¿Qué tal va tu día? El mío bien, decidiendo qué ponerme para salir con otro hombre.»

Entonces me di cuenta de lo ridículo que sonaba todo aquello. Posiblemente a Frank no le importaba lo que yo estuviera haciendo a miles de kilómetros. No habíamos hablado de exclusividad, ni de expectativas, no habíamos hablado de casi nada que no fuese qué nos gustaba o cómo éramos. Sin embargo, la sensación de traición continuaba haciendo que se me oprimiera el pecho.

Una excusa más, que no me permitía disfrutar del momento.

—Candela, ¿pasa algo? —quiso saber Kate, desviando su atención del pase de modelos de Cameron, que parecía adorar aquellos pantalones sin trasero.

—Son los nervios de conocer a David Lavalle —mentí, aunque no pensé ni por un momento que Kate se lo fuese a creer.

—Diversifica, Candela —me susurró al pasar por mi lado para abrir al repartidor que traía los rollos gigantes de papel.

Frank estaba en la otra punta del país. Era cierto, por mensaje era encantador, pero ¿quién sabe cómo sería en persona? ¿Y si se parecía a su madre? David, en cambio, se iba a hacer realidad en solo un par de horas. Y si no iba bien, o no me gustaba, al menos habría vivido la experiencia de conocer a un vaquero de verdad.

Guardé el móvil en el bolsillo de atrás de mi pantalón y me obligué a dejarlo ahí el resto del día.

«Frank no va a enterarse de esto. Disfruta.» Me dije a mí misma y en mi cabeza resonó la voz de Kate. Era sorprendente que una mujer veinte años mayor que yo fuese mucho más atrevida y abierta. ¿Siempre había sido yo la prudente? Quizá esa era la razón por la que Kate y Paola me habían invitado a pasar ese verano con ellas.

En el fondo, sabían antes que yo que necesitaba una reinvención y que, dentro de mi zona de confort, no iba a conseguirlo.

Capítulo 27

—Si no llega en diez minutos, te vienes con nosotras, ¿vale? —me dijo Kate, dándome un beso en la mejilla—. Ese vaquero tiene mucha suerte.

Me despedí de las dos y me quedé allí, de pie, con el móvil en la mano, sintiéndome un poco ridícula. Como si alguien fuese a raptarme en plena calle principal de Long Island, donde todo el mundo parecía estar disfrutando de una noche perfecta. Las terrazas estaban llenas de gente riendo con cócteles en la mano, el aire olía a mar y, a solo unos metros, una camioneta de helados pintada en verde menta tenía una fila de personas esperando su turno para elegir dos bolas de helado.

Intenté contener mis nervios, pero mi cabeza estaba funcionando a pleno rendimiento. ¿Y si no encontrábamos temas de los que hablar? ¿Y si no se parecía en nada a lo que me había imaginado? ¿Y si no le parecía atractiva? ¿O peor aún… y si él no me gustaba a mí?

Un minuto después, vi a un hombre de espalda ancha caminando con decisión hacia la entrada del restaurante. Vestía pantalón *beige* y una camisa vaquera remangada hasta los codos. No llevaba sombrero de *cowboy* ni botas como las que Cameron insistió en que me pusiera, solo unas zapatillas blancas bastante discretas. Nada en él te hacía pensar en un vaquero, lo que en un primer momento me hizo sentir una punzada de decepción. Sin embargo, tenía una presencia imponente y una forma de caminar relajada y decidida que captaron mi atención nada más verlo.

De cerca, era más atractivo todavía. Ojos color avellana, ligeramente rasgados, una barba espesa y bien recortada, el pelo castaño algo despeinado.

—¿Eres Candela? —preguntó, mirándome fijamente a los ojos.

—¿David?

Asintió y me extendió la mano. En mi cabeza, ya me había lanzado a darle dos besos, así que me quedé en un punto intermedio entre

el saludo español y el americano, sin saber muy bien qué hacer. Cómo no, la vida me recordaba que no estaba en mi elemento haciéndome quedar como una torpe.

—En España nos saludamos con dos besos —me disculpé, sintiéndome tonta.

—Entonces, hagámoslo a la española —respondió con una sonrisa franca y se acercó, rozando sus labios contra mi mejilla con un gesto natural.

Me sorprendió su seguridad, su tono desenfadado, como si no tuviera la menor duda de que esta cita iba a salir bien. Me gustó.

Nos sentamos en una mesita junto a la ventana. El local era pequeño y acogedor, tenía luces suaves y amarillas que hacían que el ambiente fuera muy íntimo y, aunque no podíamos ver el mar, se oían las gaviotas y las olas rompiendo en la costa. Me senté y, sin saber muy bien por qué, Frank volvió a mi mente. A pesar de estar con un hombre tan guapo y educado que me había retirado la silla, algo que me cogió totalmente desprevenida, pues en España ningún hombre lo hacía, o al menos, Saúl no.

Eché un fugaz vistazo a mi móvil, pero nada, no había mensajes de Frank. Supuse que empezarían a llegar sobre las diez de la noche, como el día anterior.

Tragué saliva al darme cuenta de que David me observaba con curiosidad y decidí volcar mi atención en aquel hombre que tenía enfrente. Ya habría tiempo de pensar en otras cosas, ahora estaba allí, en un restaurante precioso, en la primera cita que tenía en mil años, con un vaquero guapísimo, aunque no llevase sombrero ni botas, pero con una sonrisa que invitaba a dejarse llevar.

—¿Qué hace una chica española en Long Island? —fue su forma de abrir la conversación, y yo lo agradecí, porque a mí solo se me ocurrían preguntas sobre ranchos, toros y rodeos, y no estaba segura de que fuese la mejor forma de empezar.

Le conté que estaba allí con Kate y Paola, le hablé de nuestra relación desde hacía veinte años, de su proyecto de abrir una tienda de antigüedades en la que estaba ayudando, de la odisea que habíamos vivido esa tarde antes de nuestra cita buscando alfombras

y cómo habíamos acabado en la casa de una señora que Paola había conocido en la calle, comprándole todas las alfombras de su casa.

David escuchaba con atención y hacía comentarios aquí y allá, era ingenioso y tenía un tono de voz profundo y áspero. Eso sí era algo que yo me imaginaba en un vaquero.

—¿Y has cargado alfombras por todo Long Island así vestida? Porque estás preciosa.

Primer piropo de la noche y no supe cómo reaccionar, así que, sin poder controlar el calor que me subió hasta las orejas, intenté obviarlo.

—No, no, por supuesto. Me he cambiado en el coche antes de venir.

Me arrepentí nada más decirlo. Recé para que no hiciera referencia a que no me había duchado.

—Vaya, las españolas sois atrevidas —añadió, y ahora sí me reí, pues precisamente yo no era la persona más echada para adelante del mundo, más bien todo lo contrario.

—Bueno, David, cuéntame algo sobre ti, que yo ya te he contado un montón de cosas, incluso algunas que no se deben contar en una cita.

David se rió con una sonrisa sincera, tenía los dientes delanteros ligeramente separados, lo que le daba un aire de chico malo al reírse.

—A ver, yo siempre fui un niño un poco… travieso, digámoslo así. No quería estudiar. Mi pasión eran los animales. Mis padres tenían una granja en Danbury, y desde muy pequeño yo me encargaba del ganado, ayudaba a mi padre y todos daban por hecho que sería granjero. Y no me malinterpretes, me habría encantado, pero no a los diecisiete años. A los diecisiete años yo quería vivir aventuras, montar a caballo, conocer chicas, cruzar el país…

—Lo normal en un chico de diecisiete años —me reí, recordando a los chicos del campamento, que solo pensaban en los *likes* de sus publicaciones.

—Fui a Newark con mis amigos de entonces a ver un rodeo en la feria de ganado y me quedé allí. No volví a la granja.

—¿Qué? ¿No volviste a despedirte de tus padres?

—No. Me despedí de mis amigos y, al día siguiente, telefoneé a mi madre desde Texas.

—¿En serio? ¿Y qué dijeron tus padres? —La historia de David me parecía tan lejana, tan ajena al mundo en el que yo vivía, que casi no podía creérmela.

—Por supuesto, se enfadaron conmigo. Estuve años sin volver a casa. Pero era joven y entonces no pensaba en esas cosas. Mi hermana pequeña me mantenía al tanto y, de vez en cuando, venía a verme si montaba cerca de Danbury.

—¿Y no los echabas de menos? —pregunté.

—Estaba enamorado, muy enamorado de una corredora de barriles. No pensaba en nada, vivía la vida, ganaba dinero… ¿qué más quieres a los veinte?

—¿Qué es una corredora de barriles? —pregunté asombrada por lo que estaba oyendo.

—Es una jinete que compite en carreras de barriles. Pero, como me imagino que tampoco sabes lo que es una carrera de barriles, te lo explico también —dijo con paciencia—. Es una clase de rodeo en la que haces un recorrido alrededor de tres barriles colocados en la pista en el menor tiempo posible.

—¿Y la gente va a ver eso?

Se rió ruidosamente.

—Vaya que sí van. Pero no creo que hablar de mi primera novia en la cita sea buena idea, ¿no te parece?

—Llevas razón, aunque sonaba muy interesante.

—Es que lo era —dijo divertido, y acercó la mano hasta la mía y me rozó levemente el dorso con su dedo pulgar.

Se me congeló la sangre. ¿Qué debía hacer? Apenas llevábamos hablando veinte minutos y ya me había tocado. Entré en pánico, no estaba segura de estar preparada para aquello.

—Necesito ir un momento al lavabo, ¿me disculpas?

David se levantó colocando la servilleta que tenía en el regazo a un lado de su carne a la brasa y por cómo me miró pensé que no se había percatado del nudo que tenía en el estómago.

Capítulo 28

Nada más encerrarme en el cubículo del baño, llamé a Kate.

—¿Estás bien, Candela? —fue su primera frase al descolgar.

—Sí, sí.

—Estás en manos libres, ¿vale?

Guardé silencio unos segundos. Me sentía como una niña que espera instrucciones en su primer día de colegio.

—¡Cómo es de guapo el vaquero! —exclamó con orgullo Paola.

—Sí, sí —dije, distraída por mi conflicto mental—. Es muy guapo.

—Y está fuerte, ¿no? En su perfil decía que iba al gimnasio.

—Sí, supongo.

—¿Cómo que «supones»?

—No lo sé, me he agobiado. Estoy en el baño.

—¿Te ha hecho algo? —volvió a preguntar Kate, ahora con tono de preocupación.

—Me ha intentado acariciar la mano.

Hubo un momento de silencio sepulcral y, luego, estallaron en carcajadas al otro lado de la línea. Sentí que me ardían los mofletes. Genial, ahora mi crisis era una anécdota graciosa.

Kate fue la primera en recuperar la compostura.

—Vale, Candela, aquí solo hay una pregunta importante: ¿tú quieres que te toque?

Abrí la boca, pero no supe qué responder de inmediato.

—A ver, estoy cómoda, es guapísimo, tiene una vida de película… pero es que… ¡nunca he hecho esto!

—No tienes que hacer nada que no quieras, ¿me oyes? —dijo Kate con firmeza.

—Si te ha incomodado, sal ahí y díselo —añadió Paola, ahora muy seria—. Despídete de él y te vienes. Aún llegas al segundo plato.

—No, no es eso —admití, sintiendo que la perspectiva de perderme el resto de la historia sería una pena—. Es solo que no sé cómo son las citas hoy en día.

—Oh, pobre… Has estado fuera del mercado mucho tiempo —se burló Paola—. Así que la única regla es hacer lo que te haga sentir bien. Nada más. Nadie espera nada de ti. No tienes que contentar a nadie, Candela.

Respiré hondo.

—Vale —dije con alivio—. Entendido. Ha sido solo un momento de pánico.

—Está bien, mi *Spanish girl* —dijo Kate con ternura—. Recuerda que estamos a cincuenta metros.

Me miré al espejo. Aquella mujer morena, con las mejillas encendidas, seguía siendo yo. Solo que ahora tenía citas con hombres muy guapos y, cada día, se atrevía a hacer algo que ni se había planteado. Me retoqué el pintalabios, respiré un par de veces y salí con paso firme.

David se levantó al verme llegar. No pude evitar notar cómo me recorrió con la mirada de arriba abajo, con esa sonrisa astuta que no se molestó en disimular. Se me encogió el estómago. ¿Era así como se sentía ser deseada?

—¿Está todo bien, Candela? —preguntó, inclinándose ligeramente hacia mí.

—Sí, perdona. Es solo que hace mucho tiempo que no tenía una cita —dije con sinceridad. Al menos ya no tenía que fingir que sabía lo que estaba haciendo.

—Vale —respondió simplemente. No añadió nada más sobre sus propias citas, lo que me hizo suponer que él sí estaba acostumbrado a esto.

Se inclinó sobre la mesa con aire relajado.

—¿Alguna vez has ido a ver un rodeo?

—Nunca —admití—, pero me encantaría.

—¡Eso hay que remediarlo! ¿Hasta cuándo estás en Estados Unidos?

—Hasta septiembre.

—Eso es mucho tiempo. Buscaré un rodeo para esta semana. ¿Quién sabe lo que estarás haciendo en agosto?

Jugué con mi pelo suelto mientras asimilaba su propuesta. Así que David solo pensaba en una semana. La Candela de antes habría

dudado al darse cuenta de que aquel hombre imponente solo pensaba en una semana como plazo. Tenía que acostumbrarme a esa nueva forma de vivir las citas. Tal vez así era todo ahora: encuentros efímeros, sin planes para el futuro.

¿Frank también quería eso?

Con el postre vinieron un montón de anécdotas sobre la vida en la carretera, las noches de adrenalina antes de salir a la pista, la sensación de mirar al toro cara a cara. David tenía una vida increíble. Y yo solo podía pensar en cómo demonios había terminado en una cita con un hombre que se jugaba la vida ante un público al que no le parecía extraño que montara toros de media tonelada.

Por suerte para mí, David no parecía muy interesado en mi anodina vida en Madrid. Él quería contar su historia, y yo estaba más que dispuesta a escucharla. Sabía manejar los tiempos. Su voz grave hacía pausas que me dejaban en vilo, y cuando miraba hacia otro lado para recordar con exactitud un detalle, yo solo quería que volviera a posar su mirada en mí.

Cuando volvió a poner su mano sobre la mía tras la cena, sentí un escalofrío. Era sorprendente y ridículo; de repente, lo que antes me había hecho colapsar ahora me hacía sentir la mujer más especial de todo Nueva York. Como si una estrella a la que todo el mundo admiraba se hubiese fijado en mí.

Toda la piel de mi cuerpo reaccionó al calor de su mano fuerte y áspera. Intenté decirme que no, que no reaccionara así. Pero David era rápido en este juego y ya se había dado cuenta de que me había rendido ante su encanto de tipo duro. Lo pude ver en el brillo de sus ojos.

Tomó mi mano y empezó a deslizar los dedos suavemente por mi muñeca, en un gesto íntimo y pausado.

—¿Damos un paseo por la playa? —susurró, atrayéndome hacia él con más delicadeza de la que esperaba. Conocía las reglas y las usaba a su favor. No pude negarme. Quería seguir sintiéndome única a su lado.

Capítulo 29

—Déjame que avise a mis amigas.

—¿Es que llevamos niñeras?

—No, no es eso —dije, mortificada por la pregunta—, es que tengo que volver con ellas a casa.

—Candela, ¿en España no existen los Uber? —comentó con socarronería, pues conocía la respuesta—. De todos modos, no hace falta que llames a uno, yo te llevo a casa.

Dudé sobre si aceptar su oferta, pero no quería que el momento de magia se rompiera. Quería pasear de su mano y seguir escuchándole.

—Está bien, pero tengo que avisarlas.

Me aparté unos metros de David y decidí enviarles un audio.

Chicas, la cita va genial. Vamos a pasear por la playa y luego David me llevará a casa. Gracias por lo de antes, de no haber hablado con vosotras, me habría marchado del restaurante.

Al dar a enviar el mensaje, vi que tenía una notificación. Dudé sobre si debía abrirla o no. Sabía que sería Frank. Finalmente, la curiosidad me hizo leerlo:

C., he tenido un día intenso. Pensar en ti ha hecho que todo fuese mejor. Estaba deseando hablar contigo.

Yo también estaba deseando hablar con él. Había querido saber de él durante todo el día, pero ahora tenía a David mirándome como si fuese la mujer más especial del mundo, y tuve que decidir. Supuse que el paseo no se alargaría mucho y podría contestar a Frank desde el coche o una vez en casa de Kate y Paola. Así que guardé el teléfono en el bolso y me acerqué hasta David, haciendo que mis sandalias sonaran en el suelo de cemento como las primeras notas de una canción.

David me cogió de nuevo de la mano y paseamos uno al lado del otro, mirándonos y riéndonos, conscientes de que la química que había nacido en la cena solo crecía y crecía a medida que nos encaminábamos hacia el mar.

—¿Nos descalzamos? —propuso David, sentándose en los escalones que daban acceso a la arena de la playa.

Cuando fui a desabrocharme la pulsera de la sandalia, David se adelantó y, agachado frente a mí, me quitó ambas, tocándome los tobillos con mimo mientras me miraba como si no existiese nadie más en aquel paseo marítimo. Noté que mis piernas temblaban levemente al roce de su piel y temí que él también lo hubiera percibido, así que me puse de pie, dispuesta a caminar descalza hasta la orilla del mar en busca de aire. La excitación se filtraba por todos los poros de mi piel… y solo me había rozado los tobillos.

David me siguió y me abrazó por detrás. Sentí su cuerpo pegado al mío y, como si necesitara sentir su piel contra la mía, me apreté contra él hasta notar su pecho fuerte y amplio en mi espalda, sus caderas contra las mías. David me giró con una habilidad pasmosa y, antes de que pudiera darme cuenta, me estaba besando con una fiereza y una intensidad desconocidas para mí, pero agradables. Un torrente de emociones se desbocó en mi pecho y dejé que él llevara el mando. Sus manos recorrieron mi pelo mientras me besaba con más delicadeza para coger aire, y luego volvía a besarme, como si la vida se le fuera en ello. Sentí sus manos bajar por mi espalda y rodear mis caderas, y quise que continuase.

—Estamos en un sitio público —me susurró al ver que todo mi ser respondía a su cercanía.

—Lo sé, y es una pena —dije con sinceridad, tratando de recuperar el aliento.

—Podemos ir a Danbury y así mañana te enseño la granja. Te va a encantar.

Sus palabras se quedaron en el aire un instante. Había un mundo de posibilidades ante mí y no sabía qué hacer.

—Mañana trabajo —mentí, pues sabía que las chicas me lo perdonarían—. No puedo dormir contigo.

—Yo no pensaba en dormir —dijo, apartándome un mechón de pelo y pasando su boca por mi cuello desnudo, lo que hizo que me quedara sin palabras—. Te prometo que te llevo pronto a casa.

De repente, tanto interés me agobió un poco. ¿David solo quería acostarse conmigo? Pensé que estaba bastante claro que de eso se

trataba la cena, el paseo y todo lo demás. Supuse que, con aquel físico que le había regalado la naturaleza y su historia de vaquero retirado en la granja de su infancia, llevaba a una mujer a su cama cada noche. Y entonces supe que no quería ser una más.

—Lo siento, de verdad.

Miré el reloj en la pantalla. Solo había pasado un cuarto de hora, todavía podía volver con las chicas. Le di un beso en la mejilla y volví hacia el paseo para calzarme y llamarlas. David volvió un minuto después, cuando yo ya estaba tecleando el número de Kate.

—¿Seguís en Long Island?

—Sí, estamos tomando una copa en Diego's, al lado de la primera tienda.

—Sí, ya sé dónde es —dije con gran alivio—. ¿Me pedís un margarita?

—¿Todo bien?

—Muy bien —dije, pues sentía que estaba haciendo lo correcto.

David, aparentemente decepcionado, pero en su papel de hombre educado y galante, se puso a mi lado, aunque esta vez sin tocarme.

—Es una noche preciosa —comentó, con la vista perdida en el cielo oscuro y la línea de las olas que bañaban la orilla.

—Ha sido una gran noche —dije con sinceridad.

—Sí, ha sido muy especial conocerte, Candela.

Sonreí con prudencia. No estaba segura de si solo lo decía por educación o no.

—Seguimos teniendo un rodeo pendiente —propuso, y pude ver en su sonrisa lobuna que no se había rendido; solo había multiplicado su interés.

—Me encantaría —respondí, mirándole a los ojos.

—¿Te llevo a casa? —me sorprendió que, a pesar de mi negativa, siguiese manteniendo su palabra.

—No hace falta, nuestras niñeras siguen por aquí, así que puedo volver con ellas.

—Te acompaño entonces.

Paseamos de nuevo, aunque ya no nos atrevimos a darnos la mano. Pero David siguió contando cosas sobre su granja, cosas que

tenía que ver y probar, y por un momento dudé sobre si me había equivocado al rechazar su invitación.

Capítulo 30

Las chicas me recibieron con las copas en alto y yo atravesé la terraza con grandes pasos. Quería sentarme y contarles lo que había sucedido mientras me convencía de que había tomado una buena decisión, por muy guapo que fuera David.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Paola en cuanto me desplomé en la silla de mimbre de la terraza.

—Quería que fuese a su casa —solté a bocajarro. Supuse que toda la historia sobre cómo acabó siendo *bull rider* no era necesaria, aunque a mí me había cautivado.

—¿Y por qué estás aquí? —me preguntó atónita.

Kate me acercó el margarita y esperó a que explicara lo que ella ya sabía.

—No era lo que estoy buscando.

—Pero si era guapísimo —añadió Paola.

—Eso es verdad —hice una pausa—, y besa muy bien.

Las chicas me animaron a contar más y, entre risas y tragos, terminamos la noche cruzando Long Island agarradas del brazo hasta nuestro coche lleno de alfombras que mañana habría que limpiar.

Me sentí bien.

Me sentí libre.

Había puesto el límite donde creí necesario. Pero cuando por fin apoyé la cabeza en el asiento trasero del coche y cerré los ojos, las manos de David se dibujaron de nuevo sobre mi piel… y me pregunté si realmente habría una segunda cita.

No recordaba la última vez que me había sentido así, dejando a Nicholas fuera de la ecuación. Sin él, quizá no me habría atrevido a vivir todo esto, y había muchas posibilidades de que hubiera pasado el verano llorando por la vida que había perdido al acabar con Saúl o, peor aún, lamentándome porque él había conocido a alguien y yo seguía atrapada en la misma rutina.

Todo lo que estaba viviendo ahora no tenía que ver con Nicholas, sino que era solo mío, y eso me hacía sentir bien.

La música de Coldplay sonaba en el coche y Paola conducía en silencio, mientras Kate miraba de reojo el asiento de atrás como para asegurarse de que me encontraba bien. Cerré los ojos y, durante un rato, pude dormir, pero entonces sentí que el móvil vibraba sobre mi regazo, dentro de mi bolso.

Eran las doce de la noche. Cerré los ojos con fuerza. Sabía que había dos opciones: la primera, que David, al que había dado mi número, me escribiera de nuevo, lo que me habría hecho sentir feliz porque significaría que le gustaba y que iba a esforzarse por volver a verme; la segunda, que fuera Frank, extrañado por mi falta de respuestas. Divagué unos segundos con ambas posibilidades. Era divertido no saber exactamente lo que iba a pasar; era una sensación nueva y casi adictiva en mi vida.

Cuando encendí el móvil, Kate volvió a mirar por el espejo y vio mi cara iluminada por la luz de la pantalla y mis ojos brillantes por la ilusión de ver el nombre de Frank de nuevo.

C., dime que estás viviendo la vida loca, pero que no te olvidas de mí.

Frank empezaba fuerte.

Sabes que no me olvido de ti. Me gusta mucho hablar contigo.

Y ahora lo decía con razón. Si había algo en lo que Frank y David me resultaban distintos, era que Frank sí quería saber más de mí. Era una comunicación entre iguales.

Mi día ha mejorado notablemente desde ahora mismo.

¿Tu día dura hasta las doce y tres minutos?

Mis días son muy largos. Todavía me quedan unas cuantas cosas que hacer antes de poder irme a dormir a mi litera.

¿Tienes una litera en tu habitación?

No.

Frank escribía, pero no aparecía nada en la pantalla.

Es que estoy durmiendo en el refugio del parque. Aquí no hay muchas comodidades que digamos.

Y así, sin darme cuenta, me pasé el resto del viaje escribiendo a Frank e intentando que sus bromas y las risas que no podía contener

no llamaran la atención de Paola… si es que Kate no se lo había contado ya. Si algo había aprendido era que eran un equipo y que, para eso, la sinceridad y la comunicación eran imprescindibles.

Y yo, con Frank, podía ser sincera.

Capítulo 31

Habíamos encerado el suelo, limpiado las alfombras, montado y colocado al menos seis estanterías. Paola había ido hasta Newark a por el armario perfecto para detrás del mostrador, y el ebanista me había mandado las dos primeras mesas. Eran robustas, sencillas, con el canto vivo y la beta de la madera visible, como una especie de marea que bañaba la pieza en dos colores.

Hoy Betsy Mayer traía las primeras piezas para el rincón que con tanto mimo Kate había preparado para ella, y en el ambiente se respiraba una sensación constante de que todo empezaba a funcionar. Cameron desayunaba con nosotras en sus descansos y Molly nos traía galletas de pasas y nueces para la merienda. El calor hacía los días pegajosos, pero las noches eran sensacionales. Nos sentábamos en el porche y disfrutábamos de ensaladas o pastas sencillas que Paola improvisaba; a veces pedíamos comida y dejábamos que el fresco del jardín recién regado nos mientras charlábamos hasta las tantas. Yo seguía admirando la belleza de las luciérnagas con la ilusión del primer día.

Y los mensajes de Frank seguían llegando, y cada vez era más fácil. Hablábamos de nuestro día y también de nuestros anhelos. Era bromista y tenía ingenio, era ágil con las respuestas y siempre me hacía irme a dormir con una sonrisa en la cara. Me arrepentía un poco de haber puesto esa absurda norma de no vernos.

De David apenas había vuelto a saber nada, solo un par de mensajes dos días después de nuestra cita y la promesa de ir juntos a un rodeo que nunca llegó. Aunque, para ser sincera, tampoco me importaba demasiado.

Esa noche íbamos a cenar con Molly y Cameron, que ya se habían convertido en grandes amigos, y estuve tentada de quedarme en casa. Quería evitar otra resaca, y con Molly era muy probable que la hubiera, pero me había propuesto no rechazar ningún plan. Quería vivir cuantas más experiencias pudiera durante aquel verano.

—Mañana llegan las dos mesas que faltan —anuncié, orgullosa. Había contactado con el ebanista, diseñado sobre papel las mesas que Kate quería y cerrado un presupuesto y una fecha de entrega. Y todo había ido bien.

—¡Genial! Mañana haremos una última compra de enseres y colgaremos los dos espejos.

—Cameron, es posible que te necesitemos —comentó Kate.

—Por supuesto, los viernes por la mañana la tienda está muerta —dijo con desgana.

—¿Habéis pensado a qué mercadillos vais a ir? —preguntó Paola.

—Tenemos un itinerario bastante intenso —admitió Kate, que siempre estaba al tanto de las ventas de herencias o *yard sales* interesantes.

—Me encanta esto —dije emocionada. Y era verdad. Ver la tienda cobrando vida y poder encontrar piezas únicas con una historia desconocida detrás me parecía un regalo que, por alguna razón, el universo me estaba haciendo.

—Ven, cariño —Molly me atrajo hacia ella y me abrazó con fuerza, a lo que se unieron los demás, creando una especie de piña de brazos y cabezas juntas.

—¿Puedo unirme? —oí la voz de Stanford desde el interior de aquella especie de flor en la que me encontraba, al cobijo de mis amigos.

Al oírlo, la primera en deshacer el abrazo fue Paola, y Cameron, que era su empleado, se apresuró a dar un paso atrás, así que no hizo falta responder a su pregunta. Uno a uno, todos fueron despegándose de mí.

—¿Está bien mi *Spanish girl*? —preguntó al verme.

—¡Muy bien! —reconocí.

—Molly, estás espectacular. ¿A dónde vas tan guapa?

—Vamos a cenar al irlandés del centro —respondió, señalándonos a todos.

—¿Te conozco? —le preguntó vagamente a Cameron, y vi que Paola se daba la vuelta y ponía los ojos en blanco—. Me suenas mucho.

—Trabajo en la tienda de ropa de segunda mano. Tu tienda —aclaró, intentando contener la rabia por la forma en que acababa de ningunearlo delante de todos.

—Oh, sí, ya sé quién eres. Disculpa, de verdad. Somos un equipo enorme de gente entre el bistró, la tienda, el almacén de mensajería...

—No pasa nada —dijo Cameron, un poco más calmado.

—Pero sería mejor que te refirieras a la tienda como de ropa *vintage*, le da más *caché*, ¿no creéis? —Buscó la aprobación de Kate, pero no la encontró, sino más bien una mirada dura de reprobación por lo mal que acababa de tratar a Cameron.

—Vamos a llegar tarde. ¿Querías algo? —interrumpió Paola con las llaves en la mano.

—En realidad, sí. Quería ver si Candela quería venir a desayunar conmigo mañana, para ponernos al día —explicó mirándome con interés.

Quedamos a las diez en su bistró. No pude evitar sentirme un poco nerviosa por quedar a solas con Stanford. Hacía tanto tiempo que no habíamos hablado de verdad, y yo era tan distinta a la niña de veinte años que él recordaba... ¡Era distinta a la Candela de hacía un mes!

Caminamos hasta el *pub* irlandés disfrutando de la bajada de las temperaturas, charlando y riendo, aunque Paola y Cameron no dejaban de cuchichear sobre Stanford. Por un momento, dudé de si se habrían molestado por aceptar la invitación.

Cruzamos el salón principal y salimos a una terraza trasera en la que un grupo tocaba música tradicional irlandesa. Alrededor, la gente bebía pintas, compartía *fish and chips* y se unía al grupo para acompañar con su violín o su *banjo*. Yo disfrutaba del ambiente festivo y, de vez en cuando, mandaba alguna foto a Frank, que todavía debía estar liado en el parque. Siempre sin aparecer, solo del momento. Era una forma de compartir con él lo que estaba viviendo. Esta noche iba a atreverme, iba a plantear la posibilidad de vernos en persona.

—Candela, ¿qué te pido? —se ofreció Cameron.

—Una cola *light* —le dije.

—De eso nada —se negó.

—Venga, que mañana he quedado con tu jefe y no quiero ir con resaca.

—No es por mí, Candela, es que a Molly le tienen prohibido pedir refrescos —bromeó, mientras Molly asentía, divertida.

—Por favor —le supliqué, aunque, cuando se dieron la vuelta para adentrarse en el *pub*, no supe si me iban a hacer caso o simplemente me traerían una pinta oscura y caliente que detestaba.

La pareja que hacían Molly y Cameron era, cuanto menos, llamativa. Él, con su altura imponente y su forma de entender la moda como una manera de expresarse, y ella, menuda y redonda, con su pelo rubio despeinado y su maquillaje excesivo. Hacían que medio bar se girase a mirarlos.

Kate y Paola escuchaban al grupo, distraídas. Había mucha gente de la ciudad allí, y saludaban y sonreían a alguien al otro lado del bar. Me situé a su lado y me dejé envolver por la música alegre que resonaba en aquel patio cubierto de hiedra, que parecía más bien un callejón que una terraza, pero que tenía su encanto.

Pero la voz de Molly rompió el momento. Cuando me giré para ver qué ocurría y vi su expresión, supe que era algo que iba a cambiar mi noche.

Capítulo 32

—¡Es Hans! —gritó con emoción, y por un momento dudé de si ya se había tomado un par de chupitos. Cameron llevaba una pinta en cada mano y Molly, un cóctel y dos vinos. Ni rastro de mi refresco.

—Hans —repetí yo, sin saber muy bien qué hacer al sentir la mirada de todo el bar en mí y no ver a nadie.

—Dice que es el chico que nos recogió haciendo autostop la noche del festival. Yo no recuerdo nada —me susurró, poniéndose de puntillas para que la pudiera oír—. ¿Es él?

Cameron se acercó a Kate y Paola, que miraban expectantes la escena, para darles sus bebidas. Y entonces lo vi. Era él. El chico del coche. Me sonrió con timidez, un poco avergonzado por la escena que acababa de montar Molly, y antes de que pudiera reaccionar, ella le agarró de la mano y me empujó hacia sus brazos. No me quedó más remedio que darle un abrazo muy forzado, que él recibió con la misma incomodidad.

—¿Cómo estás…? Perdona, no recuerdo tu nombre.

—Candela —respondí.

—¿Qué haces por aquí? ¿No estabas de gira? —pregunté, intentando recordar la conversación de aquella noche para entablar conversación.

—Sí, mañana tocamos aquí al lado. Y estos tíos son buenísimos, así que…

—¿No me vas a presentar? —intervino Cameron.

—Claro. Él es Hans, es músico, y este es mi amigo Cameron.

—Es muy guapo —me dijo al acercarse a mí de nuevo.

—Podríamos meterle en el experimento —susurró Paola desde detrás, lo que empezó a incomodarme bastante.

—Me alegro de verte… bueno, de veros a las dos —rectificó al ver que Molly se acercaba al grupo de nuevo.

—Voy a volver con mis amigos —añadió, visiblemente cortado por la extraña situación que acababa de ocurrir.

—Sois lo peor —dije en cuanto Hans desapareció entre la gente de la terraza.

—Es que todavía te faltan dos citas. Si este no te gusta, tendré que seguir buscando —propuso Paola, y vi que se emocionaba ante la perspectiva de encontrar otro candidato.

—¿El vaquero te salió rana?

—Digamos que hemos perdido el interés.

—Qué pena —dijo Cameron, pero yo no me sentía mal. Agarré el móvil que llevaba en el bolsillo delantero de mi vaquero y sentí que lo que tenía con Frank era más importante que ninguna cita del experimento.

—¿He oído que querías un artista? —preguntó Cameron, después de unos minutos de hablar con Paola—. No busques más. Tengo a tu hombre. Mañana lo organizo todo.

No le hice caso. Al día siguiente, con un poco de suerte, no se acordaría de nada y yo podría seguir con mi verano de mercadillos y mis mensajes con Frank. Me tomé la copa de vino blanco que me habían traído y me senté con Kate en un pequeño banco de madera que había a la izquierda del grupo.

—¿Qué es eso del autostop? —me preguntó, preocupada.

—Te lo cuento luego, es una larga historia.

—¿Y ese chico tan mono?

—¿Hans? No es nadie.

—Pues es el tipo de *nadie* que me habría gustado a tu edad —reconoció Kate, un poco ruborizada—. Debe ser este vino tan malo —añadió, riéndose.

—La verdad es que está malísimo.

—¿Quieres que pidamos algo de comer?

Asentí, y cuando el grupo terminó la canción, entré con mi amiga a pedir algo de picar. En el fondo, Kate trataba de evitar que Molly y Cameron acabasen beodos perdidos, aunque no estaba segura de que unos *fish and chips* y unos nachos con queso a la cerveza pudieran evitar lo inevitable.

Cuando salimos al pequeño callejón, el grupo seguía tocando, aunque el sonido había cambiado. Nos colocamos en una pequeña mesita del rincón, y Paola, Molly y Cameron se unieron a nosotras

para devorar la comida que habíamos pedido. Entonces, Kate me hizo un gesto para que me girase, y en el escenario vi a Hans, de pie, tocando concentrado su guitarra acústica mientras el resto del grupo le jaleaba para que siguiera improvisando.

Todos parecían celebrar la actuación de Hans, y él seguía tocando ajeno al resto del mundo. Llevaba el pelo rubio suelto sobre los hombros y una camiseta blanca dada un poco de sí en el cuello, lo que dejaba que se viera un tatuaje que parecía subir desde el pecho. Era un chico de proporciones bonitas, vestido con vaqueros desgastados y sandalias de cuero. Tenía un aire dejado y un poco atormentado, aunque, si le conocías, era muy amable.

Me pareció que no le había mirado bien, que había pasado por alto la línea de su mandíbula y sus ojos azules y expresivos. Tenía un aire triste que resultaba muy misterioso.

—Yo le metería en la lista —bromeó Kate, a quien sí parecía gustarle aquel hombre que apenas levantaba la cabeza de su guitarra, aunque solo fuese de manera platónica.

—Me lo pensaré —respondí, divertida por el ambiente, la música y la sensación de seguridad que me daba estar con mis amigos.

Capítulo 33

Ese sitio le encanta a Kate.

¡No sabía que conocías tanto a mi amiga!

En realidad, no la conozco mucho. Es que mi madre habla mucho de ella.

¿Quién tocaba?

No pude seguir con la conversación porque alguien me puso la mano con suavidad en la espalda y me sacó de mi refugio, donde solo existíamos Frank y yo. Era Hans.

—Enhorabuena, te has metido al público en el bolsillo —dije al verlo parado delante de mí con su guitarra al hombro.

—No era muy exigente —admitió con una sonrisa.

—Solo quería despedirme. Mañana tenemos la prueba de sonido por la mañana y quiero estar descansado.

—Claro, lo típico de los músicos, irse prontito a la cama —bromeé.

—¿Conoces a muchos músicos?

—Sí —respondí un poco atolondrada. Resulta que ahora me intimidaba Hans, pero es que, de cerca y a la luz de aquel patio, era bastante guapo—. Bueno, íntimamente no.

Se rió y vi que, además, llevaba un piercing en la encía.

—No sé, me ha gustado mucho verte. A Molly también —dijo con tono burlón, pues era evidente que la mujer le había hecho pasar un mal rato—. ¿Te apetecería comer con el grupo mañana? Luego puedes quedarte al concierto, si te apetece.

¿Qué era esto? ¿Estaba ligando en un bar? Pestañeé, convencida de que había entendido mal algo. ¿Me había invitado a su concierto? Evidentemente, yo sabía muy poco de ligar y menos aún de ligar con músicos, pero hasta para mí estaba claro que Hans estaba tirándome los tejos, y el mero pensamiento de que fuese posible me hizo sonrojarme.

—¿Eso es un sí?

Asentí, sin poder encontrar las palabras adecuadas. Me había pillado tan de sorpresa que no pude pensar con claridad, así que

solo sonreí de nuevo.

—Está bien, ¿te apunto el sitio?

—Sería genial —logré decir.

Sacó un cuaderno de piel bastante desgastado y apuntó una dirección y un número de teléfono. Me sorprendió que un hombre del siglo XXI llevase un cuaderno como aquel. Estaba claro, no solo por su manera de vestir y de expresarse, que nunca había conocido a un hombre como Hans.

—Te veo mañana —dijo, extendiendo la mano para que se la estrechara—. Puedes traer a Molly —bromeó, y sus ojos azules brillaron bajo la luz de las guirnaldas que había en el patio del pub.

—Trato —respondí, estrechándole la mano con decisión, aunque no tuviera ni idea de lo que estaba haciendo en aquel momento.

El subidón de mi primera conquista, de sentirme deseada por alguien —si es que era eso lo que Hans sentía por mí— me duró toda la noche. Así que bailé con Cameron y Molly, canté y hasta me animé a enseñar a uno de los músicos varios pasos de sevillanas. Me lo pasé tan bien que ni siquiera miré el móvil hasta que el Uber nos llevó a casa.

Entonces vi su mensaje:

¿Hay alguien ahí? El mundo no es tan bonito sin ti…

Casi se me paró el corazón. Me pareció oír la voz de Nicholas sobre los tejados de Nueva York, pero no. Solo era mi cabeza traicionándome.

¿Qué estaba haciendo? Hablaba con Frank y, aun así, había aceptado la invitación de Hans. ¿Esta era yo? ¿Mi nueva yo carecía de escrúpulos?

No estaba segura de si me gustaba Hans o si solo me gustaba la idea de gustarle. Aunque ahora mismo, eso me daba igual; lo único que me importaba era el mensaje en mi pantalla y el nudo que tenía en el pecho. Frank llevaba horas esperando una respuesta.

Capítulo 34

—¿Puedes traernos dos tostadas de aguacate y dos tés helados? —me pidió Paola cuando me dejaron en la puerta del bistró. Ellas iban a recoger una silla de barbero antigua que colocarían en la entrada de la tienda al otro lado de la ciudad.

—Entra y pídete algo mientras esperas. Stanford siempre llega tarde.

—Lo recuerdo —reconocí. Una de las grandes broncas que presencié entre ellos aquel verano en que estaban enamorados tuvo que ver con eso. Ya no fuimos al teatro; en su lugar, Kate y yo salimos a ver tiendas.

—No creo que eso haya mejorado desde que es padre —añadió Paola.

—Valentina se tiene el cielo ganado —dijo Kate en su español con acento.

Entré al bistró y me sorprendió el ajetreo. Había tres camareros que no dejaban de preparar cafés en una gran máquina y calentar la leche con vapor caliente, lo que hacía que la barra pareciera una locomotora funcionando a pleno rendimiento.

Otra chica, a la que nadie vendería alcohol sin comprobar su edad, me acompañó a una mesita que Stanford había reservado junto a la ventana que daba a la calle. El interior era blanco y luminoso, con listones de madera en la parte inferior de las paredes, mesitas pequeñas vestidas con manteles también blancos y un pequeño jarrón con flores violetas y amarillas. Mientras me servían mi té helado, observé con atención los viejos carteles de madera que Kate había ayudado a Stanford a recopilar en mercadillos y negocios que cerraban. Había algunas imágenes en blanco y negro del Rye de hace décadas. Era un sitio realmente acogedor. Sonaba Ella Fitzgerald y sonreí al recordar cómo descubrí el *jazz* clásico aquel verano.

Casi media hora después, en la que me distraje releyendo los mensajes de Frank de esta mañana y repasando la infinidad de fotos

del bosque que me había enviado, apareció Stanford con Eve.

—¿Has crecido? No puede ser, Stan, está distinta a la semana pasada.

—No te imaginas el baño de realidad que es tener un hijo. Te haces viejo porque ellos crecen —admitió con cierta nostalgia.

—Es preciosa —reconocí, apretando su pequeña manita que caía por un lateral del carrito.

—Es igual que Valentina —reconoció con orgullo.

—¿Has pedido ya algo de comer? —me preguntó. Por cómo recorría el local y analizaba la actividad en la barra y en las mesas, supe que estaba evaluando el trabajo de sus camareros.

Negué con la cabeza.

—Bien, ¿puedo sugerirte algo? *Bagel* de semillas con salmón y crema agria. Tiene una mezcla de especias y un toque de miel de castaño de una granja ecológica local.

—¿Puedes pedirme otro té?

—Algunas cosas no cambian —comentó, refiriéndose al verano que compartimos, cuando descubrí que el té helado con limón era mi bebida favorita y lo tomaba en todas las comidas. Creo que probé el té helado de todo Nueva York.

Stanford se acercó a la barra y yo me aproximé al carrito en el que Eve dormía. Vi cómo su presencia hacía que todos los camareros se tensaran y evitaran la parte de la barra donde él estaba. Recordé que varias noches cenamos en Rye y vinimos en su viejo Chevrolet Corvette. Kate y Stan no solo estaban enamorados el uno del otro, soñaban con dejar Nueva York y trasladarse a una ciudad pequeña. Habían descubierto Rye e iban regularmente. Nunca imaginé que Stan seguiría a Kate, aunque parece que lo hizo mucho tiempo después de separarse.

—Té helado y *bagel* de salmón para mi *Spanish girl*. Huevos, aguacate y pan de centeno para mí. Tengo que cuidar la línea —dijo con sinceridad—. Bueno, cuéntame todo.

Me reí. No había manera posible de contarle lo que había pasado en más de diez años; casi no podría ni resumirle el último mes.

—¿Qué te puedo contar? Saqué mi plaza de funcionaria, Saúl y yo nos fuimos a vivir juntos.

—¿Os casasteis? —preguntó.

—No.

—¿No queríais formar una familia? —volvió a insistir.

—Sí, supongo —respondí, un poco incómoda—, pero queríamos viajar, salir…

—Saúl no era para ti.

—Bueno, todos me decís lo mismo. Parece que desde fuera era muy fácil verlo.

—Tienes toda una vida por delante, Candela.

Sonreí con cierta tristeza.

—Mírame a mí, ¡padre a los cincuenta!

—No es lo mismo —me quejé, un poco cansada de las preguntas y los consejos.

—Vamos a ver, Candela, no te quiero marear más. Te he citado por otra cosa.

¿Me había citado? Yo pensé que íbamos a ponernos al día y charlar como dos amigos que hace mucho tiempo que no se veían, pero parece que con Stan las cosas nunca eran lo que parecían. No dije nada. Le dejé continuar.

—Te he citado porque necesito a alguien que sepa de números, en quien confíe yo y confíe mi equipo. Y yo no tengo tiempo. Tengo muchos años que recuperar. Los últimos quince años me los he pasado trabajando, pero con Valentina las cosas son distintas. Quiero que mi tiempo sea para ver crecer a mi hija, no para dibujar casas para millonarios.

¿Me estaba proponiendo trabajar para él?

—Quiero que seas mi mano derecha.

—Pero yo no tengo permiso de trabajo… —fue lo único que se me ocurrió en aquel momento.

—Yo me encargaría de todo eso. Puedes vivir en el apartamento que hay aquí arriba —dijo, refiriéndose al bistró—. No solo te ofrezco un trabajo bien pagado, te doy la llave a una nueva vida.

Stanford y su palabrería. Su manera de volverse indispensable y ser siempre el centro de atención. Eso no había cambiado en diez años. Pero su propuesta me había dejado sin palabras.

—Tendrás vacaciones en Navidad y verano para volver a España y podemos negociar algunos puntos más… —añadió. No estaba dispuesto a rendirse.

—Stan, esto es demasiado. Ni siquiera sé cómo procesarlo. Necesito un tiempo para pensar —me sorprendieron mis propias palabras—. ¡Es una locura! —dije en voz alta.

—¡La vida es una locura, *Spanish girl*! ¡No te la pierdas!

Di un sorbo a mi té helado. Tenía tantas preguntas y cosas en las que pensar. ¿Tenía razón Stanford y esta era mi oportunidad de vivir una vida de verdad? ¿Era lo que quería: empezar una vida en Rye? ¿Sabía lo que suponía tenerlo de jefe?

Capítulo 35

—El pan es excelente, muy bien horneado. El aguacate se podría cortar de una forma más bonita, pero, aunque me dé rabia, está muy rico —dijo Paola, hablando para sí misma mientras analizaba la tostada que les había traído del bistró.

—¿Qué te parece la silla? —me preguntó Kate, que ya se había comido media tostada apoyada en el mostrador.

—Es enorme. Me encantan los pies de forja —dije, un poco distraída. Tenía tantas cosas que plantearme… Stanford había hablado de tantas condiciones, *bonus*, tareas propias del puesto, y me había dado tantos consejos sobre mi vida que ahora estaba atorada y no podía pensar con claridad.

—¿Qué te ha contado el pesado de Stanford? —preguntó Paola, concentrada en degustar el aguacate.

—Demasiadas cosas —dije yo, todavía aturullada. No me veía capaz de explicarles la propuesta; tenía que empezar por saber qué quería yo.

—¿Vas a ir a comer con ese chico tan mono? —dijo Kate, como si fuese lo más normal del mundo.

—¡Por supuesto que no! —intervino Paola—. Cameron le va a concertar una cita con su amigo. Es escultor.

—Tendrá que decidir ella —se quejó Kate, que claramente había elegido a Hans como el candidato perfecto para mí—. Además, con ese chico tuvo química, había algo real entre ambos y eso no se puede dejar pasar —añadió, apelando a la parte romántica de Paola.

—¿Y tú qué dices? —me inquirió de nuevo la italiana. Mi cabeza divagaba entre el sueldo fabuloso que me había ofrecido Stan y la posibilidad de abandonar la seguridad de mi puesto de funcionaria. Ahora mismo, Hans no me preocupaba.

—Yo te acerco hasta la sala de conciertos, no te preocupes por eso —añadió Kate.

—¿Colgamos los espejos? —propuse, y ambas entendieron que no estaba de humor para hablar de citas.

Kate limpió la silla y la dejó reluciente. La puso en el escaparate junto con una mesa de metal y añadió unas botellas de cristal de colores y un perchero de madera, que hacían de aquel rincón un pedacito acogedor y original. La mezcla de estilos era, sin duda, el punto fuerte de Kate, que lo demostraba no solo en su manera de vestir, con colores vivos y cortes muy simples, sino también en su capacidad de admirar los diseños intrincados y delicados de los encajes y puntillas que solía usar en pañuelos y fulares. Los espejos añadían profundidad y luz al local.

Esa tarde me iba a perder la colocación de los vinilos en los cristales, lo que me apenaba un poco, pero le había dicho a Hans que iría a verlo al concierto y no quería faltar a mi palabra, por muchas dudas que tuviera sobre la proposición de Stanford.

Me retoqué el maquillaje en el baño de la tienda y me despedí de Paola, que iba a comer en la tienda para clasificar la vajilla y algunos marcos que habían llegado por la mañana. Estaba nerviosa, pero había algo en Hans que me hacía sentirme cómoda y confiar en él.

La sala de conciertos estaba en Port Chester, la localidad vecina, y Kate condujo contenta, sin importarle no comer con Paola. Era muy generosa. Siempre lo había sido.

Cuando llegamos a la calle del Capitol Theatre, me quedé un poco sorprendida. Pensé que sería una sala de conciertos pequeña o un bar con un pequeño escenario; sin embargo, era un teatro clásico y muy bien conservado que, a juzgar por la programación que se exhibía en sus ventanales, tenía una vida muy activa en la ciudad.

Cuando Kate estacionó, Hans me estaba esperando en la taquería que había justo al lado.

—¿Vas a estar bien? —me preguntó Kate.

—Sí —aseveré con confianza. Al menos la comida y el concierto me harían olvidarme un poco de Stanford y su propuesta.

—Llámame cuando termine y vengo a por ti, no me cuesta nada.

—No hace falta, llamaré un Uber.

Kate me miró con complacencia. Cada vez era más capaz de hacer cosas que antes me parecían un mundo.

Hans me recibió con una sonrisa sincera, sin grandes aspavientos, pero firme y tranquilo.

—Me alegra mucho que hayas venido.

—Al final, Molly no ha podido venir —bromeé para romper el hielo.

—Pues es una pena, porque hacen unos tacos riquísimos —dijo Hans.

—Creo que a Molly le va más el tequila con limón.

Los dos nos reímos al recordar cómo hacía eses al salir de su coche.

—Hay algunos del grupo dentro.

—¿Está la pareja del coche? —pregunté.

—Natalie sí. Rivers ha dejado el grupo.

—¿En serio? ¿Y qué habéis hecho?

—Nada. Rivers solo había empezado a tocar con nosotros hace un mes por capricho de Natalie. Ya sabes cómo son los líderes de una banda.

—Ya —respondí, aunque no tenía ni idea de cómo era una banda.

Entramos al pequeño restaurante, y los colores de los banderines que cruzaban el local y la luz de los ventanales hacían que pareciera que estabas en el desierto mexicano. Había cactus y vírgenes pintadas en las paredes, y sonaban rancheras por debajo del ruido de la gente conversando y riendo.

Un grupo de amigos celebraba los treinta de uno de ellos, y el tequila y los chupitos corrían de mano en mano.

—Hay mucho ruido, pero la comida es deliciosa —me cogió de la mano para sortear al grupo del cumpleaños, y lo sentí natural. Ni siquiera me planteé no agarrarle y seguirle. Simplemente me dejé conducir por él hasta el grupo.

—Natalie, Logan, Mason. Esta es Candela.

—Es la chica del autostop —dijo Natalie, mirando a Logan y a Mason como si tuvieran que saber quién era yo.

Los chicos sonrieron y yo tuve que hacer un esfuerzo para no darles dos besos, que habría sido lo más normal en España.

—¿Qué tomas? —me preguntó Hans.

—No sé, ¿tú qué vas a tomar? —pregunté al ver que el resto del grupo estaba tomando lo que me parecieron *smoothies* de fruta.

—Yo tomaré una Coronita ahora, pero agua durante la comida; si no, no soy capaz de hacer los acordes a ritmo.

Me reí y agradecí su franqueza. Por un momento, dudé de si sería como en las películas y el grupo saldría alcoholizado al escenario.

—Lo mismo para mí.

Mi nombre suscitó mucho interés entre la banda y, finalmente, tuve que explicarles por qué estaba en Nueva York durante el verano. Mason, que parecía un hombre calmado y de buenos modales, prometió pasarse por la tienda para comprar alguna pieza, pues amaba las cosas antiguas.

—La inauguramos el miércoles que viene, si todo va bien.

—¿Dónde tocamos la semana que viene? —preguntó Hans.

—Savannah, Charleston y Newport.

—¿Cómo es vivir tocando cada día en un sitio?

—A veces es genial, como hoy —dijo Hans, y no sé muy bien por qué sentí que lo decía con la intención de hacer que me sonrojase—. Otras veces tocamos en antros o ferias donde la gente pasa de nosotros, o estamos tan cansados que el concierto se convierte en una obligación más.

El grupo era como una gran familia. Maldecían al unísono al tal Rivers, que conocí en el coche, y brindaban con agua, ajenos a la mala suerte que podía traerles cada vez que recordaban que era su concierto número ochenta y siete.

A las tres en punto, Natalie se disculpó y se marchó para hacer sus ejercicios vocales y vestirse con calma. Logan se fue con ella.

Hans y yo nos quedamos solos en la barra de la taquería. Acercó un poco su taburete a mí para mirarme de frente.

Volví a ver su tatuaje asomando hasta el cuello, y la curiosidad me hizo imaginar cómo sería aquel hombre de aire melancólico y honesto sin camiseta. Se me erizó el vello al ver cómo me miraba. ¿Estaría pensando lo mismo que yo?

Sentí un escalofrío por la espalda al ver que Hans no retiraba sus ojos de mí, y mi cabeza, siempre traicionera, hizo de las suyas: comparó la intensidad del momento y su expresión con la de otra persona. ¿Por qué tenía que pensar en Nicholas justo ahora?

Supongo que porque hasta ahora nadie me había vuelto a desnudar, salvo él.

Capítulo 36

Un beso tímido en la barra de la taquería llevó a otro, y a otro. Hans era considerado y cuidadoso; olía a jabón y a una especie de vainilla dulzona que se te metía por todas partes y hacía que te sintieras atrapada en la suavidad de su piel blanca y tersa. Besaba bien, me susurraba al oído lo bonita que era y, cuando propuso salir del bar, ambos sabíamos lo que iba a ocurrir.

Caminamos abrazados hasta la portezuela de personal del teatro, que se cerró con un gran estruendo detrás de nosotros, lo que hizo que me sobresaltara.

Hans se paró en aquel angosto pasillo y se apoyó en la pared, haciendo que yo me echara un poco sobre él para seguir besándole. Movidos por una pasión intensa, me bajó el tirante del vestido y me mordió con suavidad el hombro, lo que hizo que todo mi cuerpo despertara. Deslicé mis manos por el cuello abierto de su camiseta de algodón, desgastada por el uso. Quería repasar con mis dedos cada línea del árbol tatuado en su pecho que asomaba, provocándome.

Oímos pasos al otro lado del pasillo y Hans tiró de mí para salir de allí. Llegamos al camerino entre besos y risas, tropezándonos con las maletas de instrumentos, sin importarnos nada más que llegar.

Una vez dentro, no pudimos esperar. Cerró la puerta y, con mi peso, bloqueó el paso de cualquier otro miembro del grupo. Me cogió en brazos y, apoyándome sobre su cadera, hicimos el amor en silencio, mirándonos a los ojos y sintiendo cada embestida como si el tiempo se nos escapara entre los dedos.

Hans apoyó su melena rubia sobre mi pecho al terminar y me bajó con cuidado para llevarme en brazos hasta el único sofá que había en la estancia. Me pregunté cuántas veces una pareja habría hecho lo mismo que nosotros, pero me dejé llevar de su mano. Nos tumbamos hasta recuperar el aliento y, antes de que pudiera darme cuenta, la juventud y la pasión de Hans me habían desnudado de

nuevo. Su cuerpo fibroso y lleno de tatuajes volvía a hacer que todo mi ser vibrase, olvidándose de todo.

Era más joven que yo, mucho más, pero había algo en su forma de moverse y de besarme que me hacía pensar en un alma vieja, en un hombre lleno de sueños y decepciones. Sus ojos tristes me miraban empañados y pude ver que no me veía a mí; pensaba en alguien, en alguien que le había hecho mucho daño. Pero no me importó. Era bonito haberle conocido.

—¿Te quedarás al concierto, verdad? —me preguntó, y noté un tono de súplica en sus palabras.

—Solo un rato —dije con sinceridad. No quería mentirle.

—Espérame y te llevo a casa al terminar —propuso, y supe que Hans era de los que se enamoran del amor. Lo había sabido enseguida, al ver cómo se levantaba todavía desnudo del sofá para apuntar algo en su cuaderno de piel, la letra de alguna canción.

—Ya veré —respondí, aunque sabía que no iba a suceder.

Hans era atractivo, sensible, y parecía bueno, muy bueno, pero buscaba algo que yo no podía ofrecerle.

Sobre el escenario se transformaba, y entendí que cualquier chica que hubiera entre el público podía enamorarse de él. No podía negar que verlo rastreando las caras de las primeras filas, buscándome, no hiciera que me diera un vuelco al corazón, pero todo mi cuerpo decía que no era eso lo que quería.

Esperé dos canciones, admiré a Natalie moviéndose con su pelo largo por el escenario y hechizando a todos con su voz de sirena. Eran buenos, aunque a mí no me interesara el *country* especialmente. La gente les aplaudía y tarareaba las canciones. Hans me miraba de vez en cuando, dando unos pasos hacia el final del escenario para que pudiera verlo mejor.

Sentí hacerle daño al desaparecer, pero, por muy bonito y excitante que hubiera sido hacer el amor con él, quería volver a Rye para estar con mis amigas.

En la introducción de la tercera canción, decidí marcharme. Vi que Hans seguía intentando encontrarme entre la gente e, incluso, dudé. Dudé sobre si debía quedarme, quise levantar la mano y despedirme, pero no fui capaz. No habría sido justo para Hans, ni

para mí. Así que me escabullí entre el público y, sin pensarlo, salí de aquel teatro abarrotado, sin darme la vuelta, sin mirar atrás.

Capítulo 37

—¡Candela, ponte ahí con Paola, es una foto para Nicholas! —soltó Kate, y se me heló la sangre.

—¿Al final va a venir para la inauguración? —preguntó Paola.

—No, imposible. El primer turno del campamento vuela al día siguiente y no puede escaparse.

—Es una pena.

—Bueno, Nick es feliz en su bosque y su lago. No necesita mucho más.

Monitoras, pensé yo. Necesita monitoras a las que conquistar.

—¿Has sabido algo de él últimamente? —me preguntó Kate.

—No, no hemos hablado —zanjé el tema, agobiada por la idea de que Kate supiese algo más.

—Por cierto, ¿qué pasa con el hijo de Molly? —preguntó Paola, dejando claro que Kate le había puesto al día sobre nuestros mensajes.

—Ya sabes lo que pienso —murmuró Kate al pasar por mi lado para colocar las plantas que irían en las jardineras de la entrada.

—¿Por qué te gusta tanto Hans?

—Candela, si me gustaran los hombres, me gustarían hombres como él —añadió Paola.

—Pues debo ser muy rarita, pero, a pesar de todo —dije, recordando lo bien que lo había pasado con él en el camerino—, no quiero estar con un hombre como él.

—Tú sabrás, pero es muy posible que Frank tenga alguna tarita…

—¿Lo dices porque no tiene pareja? —pregunté, un poco ofendida, ya que yo estaba en la misma situación.

—Lo digo porque es hijo de Molly —contestó Paola con seriedad. Kate y yo solo pudimos echarnos a reír.

—¿No me decís siempre que me tengo que arriesgar?

—Ya… —respondieron, temiéndose mi respuesta.

—Pues me voy a arriesgar con él. Quiero ir a verlo a San Francisco o, mejor, que venga él. Pensándolo bien, es lo más fácil.

—Entonces estarás preparada para una cita a tres con Molly.

—Molly es encantadora —dijo Kate, que siempre intentaba equilibrar la balanza.

—Yo, de ti, guardaría bien el número de Hans —me aconsejó Paola. Lo que ella no sabía era que ni siquiera nos habíamos intercambiado los números. Puede que Hans ni siquiera tuviese móvil, pero eso ya no lo sabría, porque ese capítulo se había cerrado.

—Vas a ir a por todas con Frank… —dijo Paola, como si estuviera analizando mi decisión—. No tengo claro si eres una valiente o solo una loca.

—Puede que la valentía y la locura sean la misma cosa, ¿no te parece?

—Supongo que, en ese caso, depende del resultado —añadió con elocuencia.

Me encogí de hombros. No tenía otra respuesta mejor.

Kate sonrió al oír nuestra conversación mientras plantaba las begonias y las hostas verde lima y púrpuras en las enormes macetas.

—¿Y cómo se lo vas a decir? —Paola estaba decidida a saber todos los detalles.

—Pues le diré que venga, ¿no? —respondí, buscando su aprobación. En el fondo, ni estaba tan segura ni lo había pensado tanto.

Paola entrelazó las manos un par de veces, como si estuviera descifrando algo que requería de toda su concentración.

—¿Y si no quiere venir?

Tragué saliva, me temo que más ruidosamente de lo que me habría gustado. Esa posibilidad era nueva para mí. Desde que recibí el primer mensaje de Frank, todo había ido creciendo solo, fácil, sin mucho esfuerzo. No había pensado en el rechazo porque, de una forma u otra, siempre estaba presente: con un mensaje de buenos días, una canción o una foto del bosque y los caminos donde pasaba su jornada. Su ingenio y su manera de lograr que me sintiera especial parecían auténticas, y ni por un momento me planteé que pudiera ser un fraude.

—Pues, si no quiere venir, tendré que replantearme todo —añadí sinceramente.

—¿Y si dice que sí? —Kate hizo que la conversación virase, y entonces respiré aliviada.

Pensar en un encuentro con Frank me dejó muda por un instante. Era algo que me ilusionaba y hacía que mi estómago se llenase de aleteos y cosquillas, pero, después de hablar con Paola, también me aterraba la idea. ¿Y si en persona todo era distinto? ¿Y si solo funcionaba por mensajes porque, en la vida real, Frank no era lo que me imaginaba?

—En ese caso… —tomé aire—. En ese caso, descubriré si he perdido el tiempo o si todo esto ha tenido sentido.

—Entonces tenemos un plan —y sentí que estaban conmigo, me equivocase o no en la decisión—. Así que vamos a escribir ese mensaje —me ordenó Paola, sacándome el móvil del bolsillo trasero.

Cuando me lo devolvió, desbloqueé la pantalla y busqué su número, pero no me atrevía a teclear nada. Observé el cursor parpadear un instante.

Frank, puede que esté loca, pero quiero que vengas a Rye. Me gustaría mucho verte.

Los aleteos de mi estómago se convirtieron en un huracán y, al darle a enviar, sentí que no podía ni respirar. Pero Paola me agarró de la mano y supe que, si me equivocaba, al menos no estaría sola.

Había saltado al vacío, pero no sentí miedo porque tenía a Kate y a Paola. Ellas eran mi red.

Capítulo 38

Lo leí una vez más.

Candela… ¿lo has pensado bien? Tenemos todo el verano por delante. Ahora tengo mucho trabajo. Me gustas mucho, me gusta lo que somos ahora. Solo te pido tiempo. Pero si lo necesitas, iré. Si voy, tienes que prometerme que, pase lo que pase, no me odiarás después.

Repasé otra vez la frase que me permitía seguir teniendo esperanza.

Me gustas mucho, me gusta lo que somos ahora. Solo te pido tiempo.

Quería tiempo. Más tiempo. ¿Cuánto? ¿Para qué?

Miré a Kate y a Paola, deseando que ellas tuvieran otra respuesta, pero lo único que hallé fue silencio y mi propio reflejo esperando una certeza que quizá no llegaría nunca en la pantalla de mi móvil.

La noche no mejoró ni con los *tortellini* de pera y Gorgonzola que preparó Paola para cenar, ni con las luciérnagas que siempre me ponían contenta, ni siquiera con el ciervo que se asomó a comer entre los árboles del bosquecillo del jardín trasero. Kate, por fin, decidió estrenar el proyector. Me pidió ayuda para montarlo; quería que me distrajera. Colocamos la pantalla en el lateral de la casa y movimos la banca de madera del porche hasta allí para ver la película que había elegido Paola: Il Postino, que en España se había doblado como El cartero y Pablo Neruda.

Ni siquiera el helado de caramelo salado y nata consiguió evitar que el mensaje se repitiera una y otra vez en mi cabeza.

Me vibró el móvil y quise que fuese Frank, arrepentido, pero no era él. Era Stanford que, con su habitual don para la inoportunidad, me preguntaba por la proposición de trabajo. No había tenido tiempo para pensarlo seriamente; había estado ocupada con la tienda, acostándome con un desconocido en un camerino y tomando malas decisiones.

Necesitaba tiempo. Qué ironía que todos necesitásemos tiempo.

—Stan, ¿necesitas una respuesta inmediatamente?

—No, claro que no, pero me gustaría saber lo que estás pensando.

Y a mí, pensé. A mí también me gustaría saber qué iba a hacer con mi vida.

¿Quería quedarme en Rye, donde tenía amigas que me empujaban a ser más valiente, más decidida, más yo? ¿Quería vivir en aquella ciudad preciosa, a solo un billete de tren de Nueva York? ¿Quería salir al pub irlandés a escuchar música en vivo con Cameron y acabar haciendo autostop con Molly cualquier noche de verano?

—Pues dame más tiempo, por favor.

Stanford no insistió, aunque sabía que su imprudencia le haría volver a sacar el tema antes de lo necesario. Así era él.

Al volver la vista a la pantalla, sentí cómo algo en mi interior se aceleraba. Todos posponemos lo que nos da miedo. Y yo estaba posponiendo todo. Ni siquiera me había atrevido a contárselo a Paola y Kate. No quería oír que solo eran castillos en el aire o que Stan jugaba conmigo y me movía como un peón más en su partida de ajedrez.

Me pareció oír a Paola criticarlo. Quería creer que, si quería, podía aceptar la propuesta y empezar una nueva vida en Rye.

Capítulo 39

Ayudé a Paola a preparar *cantuccini*, unas galletas con almendras enteras que había que hornear dos veces. Las íbamos a llevar a todos los comercios cercanos a *The Old Beauty*, con una notita que Kate estaba escribiendo a mano en la mesa de la cocina. En ella se explicaba que aquellas galletas eran típicas de la Toscana y que se tomaban acompañadas de *vin santo*, el vino dulce preferido de mi amiga, en el que se mojaban antes de comerlas. Y que, si querían probarlo, tendrían que venir a la inauguración, donde, además de *cantuccini*, habría un picoteo, mimosas, *vin santo* y champán para celebrar que por fin abríamos.

Envolvimos las galletas en papel encerado y Kate fue colocando, una a una, la pegatina con el logo de la tienda y la nota manuscrita. Era palpable la emoción; quedaban apenas dos días para brindar por la apertura. Y, aunque estábamos nerviosas, también éramos felices por lo que estaba por venir.

Hoy llegaban las dos mesas que faltaban, Andrew Thomas traía su particular colección de sillas *vintage* al rincón que había alquilado a Kate, y Molly había prometido pasarse a echar una mano a Paola con los textiles, mientras Kate y yo nos dedicábamos a llevar las galletas con la invitación.

—Así conoces al resto del barrio, son encantadores —no me extrañó oír decir eso a mi amiga; ella siempre veía lo bueno de las personas—. Además, te vendrá bien para pensar en otra cosa.

Sonreí.

—¿Le has contestado?

—No —respondí, por la sensación que me atenazaba al pensar en el mensaje de Frank.

—Siempre podemos ir a un concierto de Hans…

—Déjalo ya, Kate —me reí—. Fue bonito mientras duró —bromeé.

—O podemos llamar al vaquero, todavía te debe un rodeo.

—Ni lo sueñes. Menudo fracaso —dije en voz alta.

—No era para ti.

—Si lo piensas, el experimento de las citas ha sido un desastre —comenté sin pensarlo mucho—. El vaquero no llevaba sombrero y solo quería lo que quería, Frank no quiere venir a conocerme en persona y, para uno al que le gusto y que no me lo ha tenido que buscar nadie, no me gusta a mí. Y eso sin contar con… —me di cuenta de que casi meto la pata, pero pude parar a tiempo— Saúl —acerté a decir.

—La idea del experimento era un poquito loca, ¿no te parece? —dijo con suavidad Kate—. Pero no te des por vencida, todavía tienes que conocer al amigo de Cameron.

—¡Noooo! —me quejé con desidia.

—Dice que es un escultor que está empezando a sonar bastante en la escena cultural de Nueva York. Por lo visto, es una especie de genio que habla no sé cuántos idiomas.

—¿Y por qué no tiene novia?

—Le engañó con un amigo suyo. Creo que está destrozado.

—Pues qué bien, ¿no? Ahora sí que tengo ganas de conocerlo: un escultor excéntrico y despechado —me reí con ironía.

—Llevas razón, suena fatal, Candela —añadió. Me agarró del brazo y seguimos caminando así hasta la tintorería.

Kate y yo continuamos repartiendo *cantuccini*; dejábamos un paquete con la invitación en cada tienda abierta. Era emocionante poner caras a tantos negocios por los que pasaba a diario; estábamos sembrando las primeras semillas para que nuestra tienda floreciera.

—Mi *Spanish girl*, tienes al barrio entero en el bote —comentó Kate en español—. Parece que todos querían saber quién eres.

Me reí con curiosidad.

—No sé si es algo positivo o negativo.

—Por muy cerca que estemos de la Gran Manzana, Rye no deja de ser como un pueblo. Por eso nos enamoramos Stan y yo de este sitio. Una chica española, guapa y soltera les resulta de lo más exótico.

No supe qué decir. Nunca sabía cómo encajar un piropo.

—No hay nada exótico ni interesante en mi historia.

—¿No? Pues a mí me parece que tu verano está siendo bastante movidito.

Iba a responderle que ya había tenido bastante exotismo, pero mi móvil sonó una vez. Dos veces. Y sentí que se me paraba el corazón.

Busqué el móvil en mi bolso; me temblaban las manos.

—¿Es Frank? —me preguntó Kate con su prudencia de siempre.

No contesté.

Candela, me gustaría verte. Ven a San Francisco.

¿Lo había leído bien?

Kate se detuvo ante la puerta del bistró y esperó a que pudiera articular palabra.

Lo leí dos veces más.

Su mensaje me había cogido desprevenida. Era lo último que esperaba. Una invitación a San Francisco.

—Quiere que nos veamos en San Francisco —dije a media voz.

Kate me devolvió una mirada llena de ternura y paciencia.

—¿Y bien? ¿Qué piensas hacer?

Me giré para observar la calle, todavía tranquila a esa hora de la mañana. La calle principal estaba engalanada con flores rosas que colgaban de las farolas; los escaparates, iluminados y con sus coloridos carteles relucientes y más flores, invitaban a entrar y perderse en ellos; el adoquinado hacía que mis sandalias resonaran cantarinas y las copas de los árboles verdes refulgían. Era una mañana preciosa. Me encantaba este sitio, sentía que era mi lugar.

Tenía que decidir. ¿Quería ir hasta San Francisco en busca de respuestas? ¿O disfrutar de un verano sin más complicaciones?

Capítulo 40

Me habría gustado paladear un poco más la sensación de victoria, el sabor dulce de saber que ahora la pelota estaba en mi tejado, pero no era lo que la mañana aguardaba para mí. En lugar de contárselo a Paola mientras nos comíamos las galletas que habían sobrado y comentar algunas anécdotas de la mañana repartiendo invitaciones, me encontré en mitad de una batalla campal en la que lo que se disputaba era mi amistad.

Nada más entrar a la tienda, Paola y Molly nos enseñaron orgullosas la estantería en la que habían colocado trapos de cocina, delantales, cojines, caminos de mesa, manteles y un sinfín de prendas más, dispuestas por colores.

—¡Qué maravilla! —exclamó Kate al ver los colores vibrando al fondo de la tienda.

—Y quedan dos cajas más —dijo Molly, que seguía sacando mantelerías y planchándolas para que quedasen perfectamente lisas.

Un segundo después, apareció Stanford con una bandeja de pasteles de crema y canela.

—¡Estamos en la cuenta atrás, chicas! —exclamó emocionado.

—¿Vendréis mañana? —preguntó Kate, con la ilusión dibujada en su rostro.

—A ver esos pasteles. Las galletitas esas estaban más bien secas —murmuró Molly, cogiendo la bandeja de dulces.

—Gracias, Molly, me lo apunto —refunfuñó Paola.

—Hay mucho que celebrar aquí. ¡La tienda está preciosa! ¡Habéis hecho un trabajo magnífico! ¡Mañana inauguramos!

Paola tuvo que girarse para que Stanford no viera su cara de puro hartazgo. Y lo peor estaba por llegar.

—Todavía queda mucho trabajo por hacer —dijo Kate, siempre poniendo una nota de cordura.

—Esta tarde le damos un buen empujón —comenté yo, inocente.

—Bueno, mi *Spanish girl*, ¿les has dicho ya que te vienes conmigo? —preguntó Stanford, orgulloso.

—¿Que te vas a dónde? —inquirió Paola, que no podía disimular su malestar por la torpeza de Stanford.

—No, no me voy a ningún sitio —respondí, sintiéndome en el punto de mira de las tres—. Es que el otro día Stan me…

—¡Vosotras podéis hacer lo que queráis, pero yo no pienso dejar escapar a esta chica! —volvió a meter la pata, exaltado por el momento—. Le he ofrecido trabajar para mí.

—¿En serio, Candela? ¿Te han ofrecido quedarte en Nueva York y no nos dices nada?

Quise que me tragase la tierra, no por el enfado de Paola, sino por la cara de decepción de Kate.

—Es que no he decidido nada —reconocí—. Ni siquiera lo he valorado seriamente —admití, mirando a Stan con tristeza.

—Pensé que confiabas en nosotras.

—¿Vas a quedarte en Rye? —preguntó Kate, dando un paso adelante y colocándose delante de Paola, que en ese momento estaba muy cabreada.

Me eché a llorar. El aire no me llegaba a los pulmones. Sentí que iba a desaparecer.

—¡Ya te vale, Stanford! ¡Es que no aprendes! —le recriminó Molly, y él pareció sorprendido por su comentario.

—Te pedí más tiempo —fue lo último que dije, porque, en ese momento, todo me pareció lejano y un pitido ensordecedor me atravesó el cerebro.

Capítulo 41

—No te agobies, Candela, ya verás cómo mi amigo Timothy te quita todas las penas —me susurró al oído Cameron cuando, por fin, volví a abrir los ojos. Kate me sujetaba los pies en alto y Paola tenía un zumo espeso y azucarado en las manos.

—Bebe un poco, has debido de tener una bajada de azúcar. Ya me he dado cuenta de que no has probado las galletas esta mañana.

—Es que estaban muy duras, ya te lo he dicho —volvió a decir Molly mientras me abanicaba con un plato de porcelana de la mesa.

—Dejadla respirar un poquito… ¿Estás mejor? —me preguntó Kate.

Me sentía avergonzada y arrepentida, pero ya no me pitaban los oídos. Estaba empapada en sudor frío y me dolía mucho el codo izquierdo.

—Candela, perdóname, no pensaba que fuese un secreto. Pensé que te había hecho ilusión —las palabras de Stan seguían poniendo el foco en él mismo y sonaban a reproche. No tenía remedio.

—¿Te puedes levantar? —intervino Kate.

—Creo que sí, aunque me duele mucho este codo —dije, incorporándome, mientras Kate ponía mis pies en el suelo.

—Es que menudo porrazo te has dado, hija —comentó Molly—. Has caído como un saco de patatas.

—Gracias, Molly —dije. Deseé con todas mis fuerzas que Frank no se pareciera a su madre en la falta de tacto.

Me puse de pie y me llevaron hasta una de las sillas *Tulip* que había expuestas.

—Lo siento, chicas —dije con una lágrima asomando.

—No, Candela, todos hemos sido un poco dramáticos —añadió Kate.

—Perdóname, sabes que soy muy visceral —admitió Paola, cogiéndome de la mano. Kate hizo lo mismo.

—¡Deberíamos estar todos celebrando que Candela se va a quedar con nosotros! Le he hecho una oferta imposible de rechazar —volvió

a la carga Stanford.

—Cállate, Stanford —soltó Molly sin pensarlo dos veces. Supongo que la edad te permitía decir ciertas cosas sin miedo.

Kate, Paola y yo nos reímos, aún con las manos entrelazadas.
—Lo que decidas estará bien —dijo Kate—. Todos necesitamos tiempo —añadió, refiriéndose no solo a lo que acababa de ocurrir, sino a nuestra conversación sobre Frank.

—Te llevo a casa, te pones hielo en ese codo y descansas un rato —se ofreció Paola.

—Te va a salir un buen morado —murmuró Molly.

—Siempre puedes ponerte manga larga para la inauguración —exclamó Stan.

—¡Dios mío, Stanford! Cállate ya —se quejó Paola con enfado. El hombre buscó alguna mirada comprensiva entre las mujeres, pero ni Kate ni Molly estaban dispuestas a hacerle sentir mejor, ni mucho menos Cameron. Ya era hora de que Stanford empezara a medir sus palabras.

Me duché para que el agua fría se llevara el sudor, la vergüenza y el mal sabor de boca por no habérselo contado antes a Kate. Me puse otro vestido ligero y, descalza, me dirigí al porche. Me recosté en la banca de madera con uno de los cojines de *patchwork*, el más grande y mullido, y me serví un té helado de la jarra que Kate preparaba cada noche antes de irse a dormir. Me quedé mirando los árboles al fondo del jardín; todavía quedaban horas para ver luciérnagas, pero, si tenía suerte, quizá volviera a aparecer el ciervo. Me pareció un paraíso.

No sé cómo, supongo que por el susto y el cansancio, o quizá fue otra bajada de azúcar o de tensión, me quedé dormida un rato. No sé cuánto tiempo estuve dormitando en el porche. Cuando sonó mi móvil, eran las cuatro y veinte de la tarde y tenía un mensaje de Frank.

Quería leerlo, más que nada en el mundo, pero tenía que comer algo o me encontraría peor. Saqué un plato de pasta con tomate y albahaca y lo calenté rápidamente en el microondas. El móvil me quemaba en el bolsillo. Me senté en el escalón del porche para no

manchar la colcha blanca de encaje de la banca y, con el plato sobre las piernas, desbloqueé la pantalla.

Frank me había escrito:

C., me gustaría saber cómo estás. ¿Has pensado lo de ir a San Francisco?

Escribí, sin saber muy bien qué decir:

Hola, F. Estoy esperando a las luciérnagas.

Me quedé mirando la pantalla, esperando su respuesta. Ojalá todo fuese distinto. No tardó:

¿Sabes cuándo brillan las luciérnagas?

¿Por la noche? —Tecleé con desgana; la verdad es que en aquel preciso momento no tenía ganas de hablar de luciérnagas ni de ningún otro insecto.

Cuando se sienten seguras.

Quizá yo también necesitaba sentirme segura para poder brillar. Para decir lo que quería sin miedo. Para dejar de esconderme.

Me tomé un buen rato en responder, tanto que él mismo se precipitó y abordó la conversación que ambos sabíamos que teníamos pendiente.

Quiero verte, de verdad que quiero verte, pero es difícil.

No debería serlo. Si has sido sincero conmigo y no hay nada que me estés escondiendo, no tendría que ser muy diferente a esto.

Apuré el plato de macarrones a buen ritmo. Todavía me dolía un poco el codo y estaba algo mareada, pero necesitaba hablar con él.

Llevas razón, sé que luego todo irá bien.

A lo mejor la regla de no vernos ha estropeado todo.

No lo creo, C. Yo me muero de ganas de verte.

Yo también —admití, y me expuse más de lo que me gustaría. Con él, todo era sencillo, como si siempre hubiese estado ahí.

¿Vas a aceptar la invitación?

De repente, sentí que todos esperaban una respuesta. Stan, Frank… todos querían que aceptara hacer algo que me daba miedo, pero que también me ilusionaba.

Necesito tiempo —le respondí, y supe que Frank entendería el revés.

Vale, ya sé por dónde vas. Me vas a hacer sufrir, ¿no? Me lo tengo merecido. He estado buscando sitios donde encontrarnos en San Francisco que te encantarían.

¿Has estado buscando? ¿Es que no tienes sitios preferidos a los que llevarme?

Sí, claro que tengo. Es solo que estoy siempre en reservas y parques nacionales, no voy mucho a la ciudad.

Eso está claro, solo me mandas fotos de fogatas, sendas de árboles y lagos. ¿No serás un ermitaño?

Tenemos que poner una fecha, ¿no te parece?

Igual me presento por sorpresa —bromeé, divertida.

No hagas eso, C., te lo ruego.

¿Por qué? ¿Es que te voy a descubrir con tu mujer y tus cuatro hijos? —seguí el juego. Sabía que, por muy loca que estuviese Molly, nunca me animaría a conocer a su hijo si este tuviese familia.

Prométeme que no lo harás. Quiero prepararlo todo.

Seguimos hablando sobre la posibilidad de vernos, sobre lo que había pasado con Stan, sobre la tienda y la inauguración. Obvié explicarle nada del experimento y, aunque me daba la sensación de que no hablaba muy a menudo con Molly, por primera vez me dio miedo que le contase algo sobre Hans, o sobre el vaquero, o sobre el escultor al que iba a tener que conocer mañana, aunque no quisiera.

Al fin y al cabo, todo Rye parecía estar al tanto de mis desventuras amorosas. Solo había logrado mantener en secreto la noche con Nicholas. La única verdaderamente importante, pensé. Además de Frank, claro.

Las horas pasaron volando mientras tecleaba y me reía con sus ocurrencias. Cada vez era un poquito más atrevido y estuve segura de que iría bien cuando nos viésemos en persona.

Quería hablar con Kate y Paola antes de decirle una fecha para ir a verlo. Supuse que en las primeras semanas de apertura todavía habría mucho trabajo y quería ayudar. Releí su último mensaje:

C., no estés preocupada. Simplemente quiero que, cuando nos veamos, sea todo perfecto. Descansa.

Como si pudiera leer mi mente, Frank siempre tenía una última frase que hacía que me fuera a dormir con esa sensación mágica de que lo que estaba por venir merecería la pena.

Capítulo 42

Kate estaba guapísima. Llevaba un vestido azul Klein espectacular que había comprado años atrás en un mercadillo de segunda mano italiano. Se había recogido el pelo en un moño bajo e informal y era el contrapunto perfecto a la sobriedad de Paola, vestida en tonos *beige* y blancos, como casi cada día. Se presentaba como una mujer fuerte y elegante, sin ínfulas ni ganas de llamar la atención, aunque su cabello corto y moreno, elegantemente peinado, siempre le daba un toque de actriz antigua que a nadie se le escapaba.

Estaba todo listo. Habíamos dispuesto cubiteras con hielo en una mesa plegable que nos había prestado Molly, para no estropear ninguna de las cuatro mesas hechas a mano por el carpintero. Kate había elegido un mantel de lino grueso, y las galletas y el vino dulce presidían la mesa. También había sándwiches diminutos de huevo y *bacon*, de aguacate y jamón, y tartaletas saladas coronadas por pequeñas bayas naranjas que Kate adoraba. Lo habían encargado en la pastelería de la parte baja de la ciudad y, en honor a la inauguración, nos habían regalado una tarta sencilla de bizcocho y crema con el nombre de la tienda.

Eran las cinco y veinte de la tarde; quedaban apenas diez minutos para que todos llegasen. Paola había calculado que, entre vecinos y amigos, al menos serían cuarenta personas. Entre ellas, el maldito escultor amigo de Cameron.

—Hagamos una foto para recordar este momento —propuso Kate, sentándose sobre el mostrador.

Me encargué de poner el móvil en disparo automático, usando uno de los taburetes, y nos abrazamos con una gran sonrisa. Entonces llegó Cameron, un poco antes de lo que esperábamos y sin su amigo.

—¡Estáis espectaculares! —exclamó al vernos.

—Tú también —le gritó Paola, que había hecho una amistad sincera con el chico.

Cameron cruzó la tienda como si fuese una pasarela de moda, haciendo que su traje de color vino hiciese un ruido de papel de seda al rozarse. No llevaba camisa debajo del traje, solo una camiseta de tirantes negra y el pelo repeinado con la raya a un lado. Estaba muy guapo. Se le veía feliz por nosotras.

—No te preocupes, que Timothy viene. Lo que pasa es que ha tenido un problemilla —me dijo, como si a mí me preocupase que no apareciese.

—Antes de que empiece a venir la gente, quería deciros una cosa —dije, mirando sobre todo a Kate y a Paola.

—Si queréis, os dejo solas —respondió ofendido.

—¡Que no! Si tú eres uno más. He tomado una decisión: voy a aceptar el puesto de Stanford.

—¿Qué? —Kate sonrió con alegría y Paola se acercó a abrazarme, igual que Cameron.

—Cuando te hartes de él, siempre puedes venirte a la tienda —me susurró Paola.

—¿Qué vas a hacer con tu trabajo? —me preguntó Kate, temerosa de romper la alegría del momento.

—Ayer estuve revisando mi convenio de trabajo y puedo pedir una excedencia. Así que, el día uno de agosto, haré los trámites. De momento, voy a pedir dos años. Todavía tengo que hablar con mi madre.

Dejar mi vida atrás era un gran salto de fe, uno sin red. Pero tenía a Kate, a Paola, a Molly, a Cameron y al que sería mi jefe y su familia, que me hacían sentir en casa, en una que no estaba amarrada a un trabajo de cuarenta horas a la semana, sino que me ofrecía tantas posibilidades que, hasta ahora, no había sido capaz ni de soñar. Echaría de menos a mi madre, pero siempre podía volar hasta aquí y pasar una temporada conmigo. Las pocas amigas que me quedaban apenas tenían tiempo para quedar entre sus atareadas vidas de madres primerizas y trabajos a jornada completa, así que eso no sería un gran cambio. Lo que sí sería diferente era tener la posibilidad de crear una vida que no se sustentase en pedir comida para llevar y ver una serie como el plan estrella de la semana. Aquí iba a construir algo distinto, algo mío.

Miré a mi alrededor y supe que, por muy doloroso que fuera lo que estaba a punto de hacer, lo que me esperaba aquí me haría muy feliz.

—Hablando de madres, mira quién ha sacado sus mejores galas —dijo Paola al ver a Molly cruzar la calle para entrar en la tienda. Llevaba un vestido de pedrería un poco más corto de lo necesario y unas sandalias con tacón ancho en color dorado.

—Mírate, pareces una estrella —exclamó Cameron al verla.

—Esto va a empezar, chicos —murmuró Kate al ver que una pareja de amigos suyos saludaba desde fuera antes de entrar en *The Old Beauty* y maravillarse por el trabajo que habíamos hecho con aquel local cochambroso.

—Candela, ayúdame a poner bien esos cojines —me pidió Molly, señalando la estantería que ayer mismo había colocado.

—¿Qué les pasa? —pregunté yo.

—Que son demasiado caros. Vamos a poner estos delante, a ver si así la gente se anima a comprar.

Me reí por la picardía de la mujer, que iba cambiando platos, candelabros y cualquier cosa que se encontraba a su paso con la idea de que así venderíamos más.

—Molly, quería contarte una cosa. Bueno, dos —dije al darme cuenta de que faltaba ella cuando di la gran noticia—. Voy a quedarme en Rye. He aceptado la propuesta de trabajo de Stanford.

Molly saltó de alegría y me abrazó con cariño. Temí que hubiera enseñado más de la cuenta con aquel vestido mínimo, pero a ella no le importó.

—Y lo otro es que quería darte las gracias por hacer de casamentera y presentarme a tu hijo —dije, notando cómo enrojecía por momentos—. Llevamos hablando estas tres semanas.

—Ah, qué sorpresa, cariño. ¿Y dices que yo te lo presenté…? —murmuró con preocupación.

—Es un decir, me refiero a que le diste mi número.

—¿Yo? —volvió a preguntar, y entonces me preocupó un poco su reacción.

—En la cena en casa de Stan, ¿lo recuerdas? —quería que me dijese que sí. No quería pensar que Molly estuviese teniendo

episodios de pérdida de memoria.

—Recuerdo la cena, recuerdo la bronca de Paola, los margaritas… y recuerdo que apunté tu número.

—Exacto —dije con entusiasmo. Todo estaba en orden.

—Pero, cariño, yo no le he dado tu número a mi hijo.

—¿Cómo que no se lo has dado?

—Pues no lo sé. Debí dejar el papel en la mesa y Valentina lo debió tirar.

—¿Qué?

—No lo había vuelto a pensar. Como estabas tan emocionada con el experimento y el vaquero y todo eso…

—Pero no puede ser, Molly… —dije sin atreverme a decir nada más.

—¿No tenías hoy otra cita con el amigo de Cameron?

Fue como un jarro de agua fría. El corazón se desbocó en mi pecho; me costaba pensar con claridad. Temí volver a caerme al suelo, así que me apoyé en una de las mesas que servían de expositor.

¿Qué demonios estaba pasando? ¿Con quién llevaba tres semanas hablando e intercambiando fotos?

Esto no podía ser real.

Capítulo 43

—¿Estás bien, cariño? —me preguntó Molly, sorprendida por mi reacción.

—Sí, debo tener la tensión un poco baja —mentí—, pero no es nada. No les digas nada a las chicas —me apresuré a decir al ver que Paola se acercaba hasta nosotras. Lo último que quería era estropearles la inauguración con mis líos amorosos, que, al parecer, cada vez iban a más.

—¿Por qué habéis cambiado toda la estantería? —preguntó Paola, un poco enfadada con Molly, que seguía cambiando trapos de cocina de un lado a otro.

—Nada —dijo, dándose la vuelta para mirar a Paola—. Si queréis vender, tenemos que usar el anzuelo de los mejores precios, cariño.

—A ver, Molly, esto ya lo hablamos ayer —dijo Paola, haciendo acopio de toda su paciencia.

—Ya, pero no lo has entendido —respondió Molly al ver la estantería igual.

—Tengo que ir al baño —me disculpé, y pude escabullirme sin que ninguna de las dos pareciera darse cuenta.

Me encerré con pestillo y me desplomé en el suelo, con la espalda apoyada en la puerta. Me daba igual el vestido nuevo, me daba igual casi todo en aquel momento.

Repasé mentalmente la conversación con Molly. Repasé las últimas conversaciones con Frank. Su primera negativa a vernos, su desconocimiento de la ciudad en la que vivía.

Entonces lo vi. Un mensaje tras otro, una foto tras otra, fueron recolocándose en mi mente como las piezas de un dominó enorme que se derribaban unas a otras sin control: las fotos del lago, del fuego de campamento, su manera de hablarme, la forma en que me hacía sentir especial... Todo cobró sentido. Fue como un golpe seco en el pecho que te deja fuera de juego.

La confusión dio lugar a un enfado descomunal. Estaba indignada y sentí cómo la ira se apoderaba de mí, haciéndome querer salir

corriendo de allí y gritar al mundo de qué clase de persona me había enamorado.

Incluso a mí me pilló por sorpresa. Era cierto, me estaba enamorando de él, de una persona que me había mentido y traicionado de la peor manera posible.

Esta vez, Nicholas había llegado demasiado lejos.

Hacerse pasar por Frank era imperdonable.

¿Pensaba darme plantón en San Francisco? No podía procesar todo esto.

—Candela, ¿estás ahí? —Era Cameron.

—Sí, un momento —respondí, aclarándome la voz para que no notase todo lo que me estaba ocurriendo en aquel momento fatídico.

—¡Sal, venga, que Kate va a decir unas palabras!

Suspiré. Era lo último que necesitaba. Pero los americanos eran así: un discurso para cada momento.

Me recompuse, me estiré el vestido y me miré al espejo. Al menos no estaba llorando. Parecía como si las lágrimas se hubieran atorado en mis ojos y no consiguieran salir, cosa que agradecí.

—Estás guapísima. Ya verás cuando te vea Timothy.

—No tengo muchas ganas, Cameron. Es una noche rara —me atreví a decir, conmovida por todo lo que estaba sintiendo.

—Tú espérate a conocerle…

No le escuché. Me daba igual cualquier cosa que tuviera que contarme.

—Candela, ven aquí —me invitó Paola.

Me situé al lado de mis dos grandes amigas, de espaldas a la puerta. La tienda se había llenado de vecinos, comerciantes del barrio, amigos de Cameron, Stanford, Valentina y su pequeña. Durante el rato en el que me encerré en el baño a maldecir a Nicholas, Kate y Paola habían recibido todo el cariño que habían sembrado durante los últimos años. Todo me parecía irreal: las copas de champán en alto, las risas, los aplausos cuando Kate tomó la palabra. Era como si me estuviera ahogando y nadie pudiera verlo, deslumbrados por la música y el ambiente festivo.

Sin embargo, si algo sabía, era que no quería romper aquel momento. Mis amigas estaban pletóricas. No había nadie en este mundo, ni siquiera Nicholas, con el derecho a estropearnos la gran inauguración. Habíamos trabajado mucho para conseguir esto. Yo también.

Capítulo 44

The Old Beauty estaba viviendo su gran noche. Todos parecían disfrutar y, en cada rincón de la tienda, se oían risas y saludos amistosos. Paola y Kate hablaban con unos y otros, cogidas de la mano.

El discurso había arrancado un aplauso de todos los presentes. Kate convirtió aquel brindis en un discurso sobre el amor: el amor a la belleza, que había marcado su vida desde muy joven; a las cosas sencillas; a su mujer, Paola; a las grandes amigas, haciendo que Molly y yo nos emocionáramos; y, sobre todo, a la necesidad de seguir soñando a cualquier edad.

Fue precioso.

Me dolía tener mi cabeza en otra parte. No podía parar de pensar que Frank, el hombre del que me estaba enamorando, no existía. No existió nunca. Había sido solo una mentira.

Abrumada por la traición, acepté cada brindis y cada copa de champán que me ofrecieron. La compañía de Cameron y sus amigos hizo que, por un breve instante, mi enfado se diluyera. Eran divertidos y ruidosos, bailaban y bromeaban sin parar. Cuando habíamos tomado al menos cuatro copas de champán, Cameron anunció que, por fin, llegaba Timothy.

—¡Ahí está! —exclamó, haciendo que todo el grupo se girase hacia la puerta.

Yo esperé con desgana, ni siquiera tenía ganas de oponerme a la idea de conocer a otra persona. Sin embargo, las exclamaciones de asombro hicieron que pusiera toda mi atención en la entrada del escultor.

Timothy hizo su entrada triunfal como solo una estrella lo haría: paso firme, gafas de sol ligeramente levantadas, pelo revuelto y un físico espectacular. Vestido de negro de pies a cabeza, saludó desde la puerta con un gesto sobrio.

No venía solo.

De su brazo, una mujer de piel oscura y pelo corto y liso como un espejo sonrió, haciendo que a todos se les helara la sangre.

—¿Cuándo han vuelto? —preguntó Cameron, cabreado.

Nadie dijo nada.

—Lo siento muchísimo, Candela, no tenía ni idea —se disculpó Cameron con su tono exagerado de siempre.

Creo que ni parpadeé. Tampoco sentí el alivio que se esperaría, pues lo único que pensaba hacer durante aquella noche era ignorarlo. Estaba demasiado cansada y enfadada para perder mi tiempo. Además, después de la vileza con la que me había tratado Nicholas, que aquel artista egocéntrico y altivo hubiese aparecido con alguien me pareció irrisorio. Solo sirvió para confirmar lo que ya sabía: el absurdo experimento de citas había sido un absoluto fracaso.

—Menuda situación, ¿no? —comentó Paola, que había cruzado la tienda al ver lo que ocurría.

—Estamos de fiesta. Prefiero no hablar de citas ahora —respondí. Y era cierto. No quería hablar del amigo de Cameron y de su novia dándose el lote en la silla de barbero, ni de ninguna otra cita del verano. Paola me acercó su copa y bebí un trago largo sin pensarlo.

Kate y Paola intentaron incluirme en conversaciones con conocidos sobre los planes de futuro de la tienda, pero yo seguía a kilómetros de allí. Tenía un nudo en la garganta que solo me permitía sonreír y sentirme como una idiota. Y beber.

Entre copa y copa, sentí cómo una idea crecía con fuerza en mi interior. No iba a quedarme de brazos cruzados. No iba a dejar que Nicholas saliera indemne de esta.

Quería respuestas.

Las quería ya.

—Kate, ¿me dejas tu móvil? —interrumpí la conversación con Molly y la camarera del bistró.

Kate me miró con curiosidad. ¿Habría notado algo? Seguro que sí, pero era tan prudente que no diría nada. Al menos, todavía.

—¿Para qué?

—Voy a llamar a Nicholas —respondí con decisión. Sospeché que solo con aquella frase mi amiga entendería muchas cosas.

—Cariño, igual no es el mejor momento —me aconsejó Molly, preocupada.

—Por favor, Kate —insistí.

—Es que has bebido mucho… —me susurró al oído.

—Vas como una cuba, Candela —repitió Molly, por si no me había enterado.

Kate buscó a Paola con la mirada, pero esta, ajena a lo que ocurría, solo le devolvió la sonrisa. Kate, desarmada por mi cara de súplica, cedió y me entregó su móvil desbloqueado.

Busqué en la lista de contactos: *Nicholas Calhoun*.

Miré un segundo su foto de perfil, su mirada alegre y su hoyuelo, y recordé lo guapo que era en persona.

Cogí aire y llamé.

Dio tono. Una, dos y hasta tres veces.

—Cógelo, cógelo… —murmuré. La rabia se hacía fuerte en mi estómago.

El aire fresco de la calle, con la caída de la tarde, me resultó agradable. Necesitaba espacio; dentro de la tienda me sentía como un león enjaulado.

Nada.

Volví a marcar su número con ímpetu. Esta vez, descolgó en el primer tono.

Su voz llegó hasta mí, haciendo que me temblasen las piernas.

—¿Kate? —preguntó. Había cierta sorpresa en su voz.

El sudor frío recorrió mi espalda.

Hice acopio de las pocas fuerzas que me quedaban y contesté con aplomo:

—No soy Kate. Soy Candela.

Un silencio incómodo y largo llenó la línea telefónica.

Apreté los dientes.

—Candela… —Oí una especie de suspiro, casi de alivio, al otro lado—. Ya lo sabes.

—No, no sé nada. El único que sabía con qué cartas jugaba eras tú —solté, indignada.

—No ha sido como piensas…

—Venga, dime tú cómo ha sido. Al fin y al cabo, solo lo sabes tú. —Tragué saliva. Había empezado y no podía parar—. No puedo entender cómo has sido capaz de reírte de mí así. Has sido muy cruel. ¿Qué querías de mí? ¿Hacerme ir hasta San Francisco y dejarme plantada? ¿Por qué?

Paola y Kate habían salido hasta la puerta de la tienda, al igual que Molly y Stanford, que me observaban sin decir nada. Solo Cameron parecía ajeno a lo que estaba ocurriendo, pues estaba muy disgustado, pidiendo explicaciones a su amigo.

Nicholas volvió a quedarse en silencio.

Me quemaba la garganta, tenía ganas de chillar.

Oí cómo respiraba agitadamente.

Esta vez se había quedado sin saber qué decir.

—Nunca te habría hecho eso.

—¿Ah, no? Pues a mí me parece que es justo lo que ibas a hacer. Pero no entiendo por qué. ¿Es porque dije lo que los dos pensábamos en el hotel? —susurré, rota de dolor al recordar lo que había supuesto para mí nuestra noche en la azotea—. Lo siento, Nicholas, uno de los dos tenía que tomar una decisión responsable, y está claro que eso no va contigo.

Y, entonces, colgué.

Supe que nada de lo que dijera iba a arreglar lo que había hecho.

No se merecía la oportunidad de hablar.

Habíamos terminado.

Lo que fuese que hubiésemos tenido en algún momento se había acabado.

Igual que Frank nunca había existido, Nicholas ya no existía para mí.

Capítulo 45

Ni las galletas de avena y pasas de Molly, ni la botella de vino rosado que trajo Cameron ayudaron a que mi día mejorase. Después del descubrimiento demoledor de que Frank solo era una mentira, no hubo nada que pudiera mitigar la vergüenza de compartir con mis amigos todo lo que les había ocultado. Sobre todo, cuán verdaderos eran los sentimientos que yo había dejado crecer en mí por una persona que solo existía en mi fantasía.

Reconocer que había creído de verdad en la posibilidad de tener algo con un hombre que no existía era patético; mucho más aún, asistir al debate en el comedor de Kate y Paola sobre cómo iba a mantener aquella mentira, y si realmente pensaba dejarme plantada en San Francisco.

—Imposible, conocéis a Nicholas —Kate, como siempre, intentaba defender la bondad de su ahijado—. Estoy segura de que iba a contarte todo antes de ir.

—Seguro —respondió Cameron con ironía.

—Candela, ¿de verdad crees que te haría algo así? —me preguntó, quitándome el pelo de la cara.

—Yo ya no sé nada, Kate.

—Mi hijo nunca te habría hecho algo así —apostilló Molly, mientras yo sorbía lágrimas en un intento desesperado por coger aire.

—¡Molly! —la reprendieron Kate y Paola.

—Todavía estás a tiempo de rescatar a Hans del olvido —Paola pareció leer la mente de Kate, que, en el fondo, no lograba procesar que su niño bonito y yo hubiésemos estado jugando de esa forma tan absurda, hasta el extremo de hacernos tanto daño. Un daño que me atenazaba y se retorcía en mi interior, haciendo que los sollozos sordos planearan sobre todos los presentes, encogiéndoles el corazón al verme así.

Estaba hecha un despojo. Ni siquiera cuando Saúl se marchó del piso, después de casi dos décadas juntos, había llorado de esa forma. Era un dolor crudo, lacerante. Una sensación angustiosa que

solo se apagaba un poco al ver que todos mis amigos estaban conmigo.

Nicholas no dejó de llamar. Llamó a Kate mientras ella me preparaba algo de comer, preocupada por la posibilidad de que me deshidratada de tanto llorar. Llamó dos veces a Paola, y habría llamado a Molly si hubiese tenido su número. Porque así era él: se salía siempre con la suya. Insistente, caprichoso… y ruin.

—Ha vuelto a llamar —me dijo Kate la tercera vez que el móvil vibró sobre la mesita del porche.

—No puedo —me limité a decir. Hoy no iba a esperar a las luciérnagas.

La traición me había ganado la partida, y por primera vez en todo el verano, me iba a acostar antes de que se pusiera el sol.

—Creo que voy a irme a dormir. Ha sido un día muy largo.

—Demasiado —añadió Paola, y creí ver cierta ternura en sus ojos.

—Sabes que estamos aquí para ti.

—Lo sé —dije, conteniendo las lágrimas.

Y sentí que, a pesar de todo: de la vergüenza, de las mentiras, de la neblina pesada y plomiza que había en mi mente y que amenazaba con mantenerme despierta toda la noche repasando, una y otra vez, lo estúpida que había sido… tenía suerte de tener a aquellas dos mujeres en mi vida.

Escuché a Cameron preguntar por mí al salir de la tienda, a Molly dejar bizcocho y limonada sobre la mesa del porche, y a Kate caminar arriba y abajo, como hacía siempre cuando hablaba con algún proveedor o buscaba una pieza especial. Supuse que hablaba con Nicholas, y se me revolvió el estómago solo de pensarlo.

Por suerte, el cansancio pudo conmigo.

Y acabé rendida al dolor.

Capítulo 46

El sonido del timbre intensificó mi dolor de cabeza. Atrapada por las sábanas, la mañana acababa de despuntar y la luz anaranjada y rosa se filtraba por la persiana de lamas de mi habitación.

El timbre sonó de nuevo y oí cómo alguien abría la puerta. Recordé el enfado, las copas de champán, el llanto en el porche abrazada a Kate. Me tapé de nuevo con la sábana en un intento desesperado por hacer que todo aquello no fuese real, pero los golpes en la puerta de mi cuarto me obligaron a enfrentarme a la cruda realidad.

—¡Candela, abre, es importante! —oí a Paola al otro lado de la puerta.

Remoloneé un instante.

—Vístete, no salgas en pijama.

¿Por qué? ¿Quién había venido a verme a esas horas?

Me incorporé en la cama y no supe muy bien qué hacer, así que me puse el vestido de la noche anterior y me recogí el pelo en una trenza como pude.

—¿Qué pasa, Paola?

—Baja, hay unas niñas que quieren hablar contigo.

—¿Unas niñas? —repetí, extrañada.

Bajé las escaleras sin prisa, intentando desperezarme. ¿Qué más podía pasarme?

Cuando llegué a la puerta, vi a Kate hablando con Clara, Luz y Ana, las tres niñas del campamento con las que había comido aquel primer día —que ahora me parecía tan lejano— en el parque.

—¡Candela! —se abrazaron a mí con alegría.

Cuando por fin pude despegármelas, vi que llevaban las mejillas pintadas con un corazón roto y estrellas de purpurina en la otra. Luz abrió la puerta, nerviosa, y vi que el gran autobús escolar estaba aparcado delante de nuestro jardín y que, uno a uno, iban bajando los niños del *Moon Camp*, con sendas mejillas pintadas. Algunos llevaban cartulinas con frases escritas con rotuladores de colores en

las que se podía leer: *«Nicholas es un idiota»*, *«Perdónalo»*, *«Candela, eres la única»*.

Y el último en salir del autobús, con las manos en los bolsillos y el gesto compungido, fue Nicholas, que se quedó allí, de pie, mirándome, mientras los niños se iban sentando en el césped del jardín delantero de la casa.

No supe qué decir. Quería saber qué era todo aquello, pero no me salían las palabras.

Clara me sacó de mi ensimismamiento:

—Nicholas nos lo ha contado todo —me agarró la mano con sus manos sudorosas por los nervios del momento—. Ha sido un cobarde y te ha hecho daño. Pero quiere arreglarlo.

Luz interrumpió a su amiga, situándose un paso por delante de ella y, con una sonrisa infantil y traviesa, añadió:

—A ver, ayer nos lo explicó todo: que ya no quieres verlo nunca más, que por miedo a no volver a hablar contigo había metido la pata. Al final, en la hoguera de la noche, decidimos entre todos que tenías que saber la verdad. Pero Nicholas dijo que no iba a valer solo con eso, que ibas a necesitar algo más grande.

—Y por eso estamos todos aquí —respondió Ana.

Busqué a Nicholas con la mirada. Sus ojos parecían gritar, pero sus labios seguían sellados.

Cuando di un paso hacia él, una sonrisa tímida asomó en su rostro. Entendí que ni siquiera había dormido; se habían desviado hasta Rye de camino al aeropuerto y había hecho que cada uno de los acampados participase en su forma absurda y loca de pedirme perdón.

Nicholas dio otro paso hacia adelante.

—Sé... sabemos —dijo, refiriéndose a los niños que seguían atentos a todo lo que ocurría con sus carteles— que no me merezco otra oportunidad.

Su voz sonaba áspera, un poco más baja de lo que recordaba.

—Fui un cobarde y un ignorante, y me gustaba tanto hablar contigo que no encontré el coraje de decirte la verdad. Y todo iba tan bien, y me gustabas tanto, que temía que, al saber que era yo, se acabase todo.

Sentí que algo se retorcía por dentro y anidaba en mi pecho. Algo en mí seguía albergando la esperanza de que Nicholas se disculpase, quizá con una llamada, una carta, un ramo de flores... Pero nunca me imaginé que llegaría aquí, con todo el campamento como testigo de su arrepentimiento.

—Si hubieras sabido que era yo, no me habrías dado la oportunidad de ir más allá de conocerme por quién soy, y no te culpo; sé que mi historial no es el mejor.

—Has jugado conmigo —dije, sin saber cómo referirme a nuestra noche en el hotel delante de los niños y los cientos de mensajes que habíamos intercambiado.

—No —respondió con aplomo—. Quería lo que hemos tenido. Quería poder saber de ti cada día, hablar contigo, escuchar cómo te ha ido el día. Sí, quería ser ese tal Frank, porque sabía que, como Nicholas, no sería suficiente para ti.

Aparté la mirada. Me dolía escuchar tantas verdades. Luz y Clara me agarraron de las manos.

—Si creías que no eras suficiente para mí, ¿por qué estás aquí?

Nicholas sonrió, cansado. Se desordenó aún más su pelo castaño y miró al resto del campamento, que nos observaba expectante.

—Porque me di cuenta de que, si no aprovechaba esta oportunidad, en la que me habías visto sin tener en cuenta mi edad, mi profesión ni el resto de cosas, me iba a arrepentir el resto de mi vida. Me has conocido sin armaduras, C.

Me quedé en silencio. Paola y Kate me miraban con complicidad desde el quicio de la puerta.

Ana se puso de puntillas y me dijo al oído:

—Ahora no se atreve a decirlo, porque es un poco miedoso, pero ayer nos dijo que te quiere.

Se me deshizo el nudo de la garganta. Me encontré de frente con los ojos suplicantes de Nicholas. Sabía lo que Luz me había dicho. Sin embargo, se quedó parado, sin saber qué hacer.

Yo sí me atreví a dar un primer paso hacia él, a perdonarle. Y cuando por fin entendió que esa era mi forma de aceptar sus disculpas, Nicholas caminó hacia mí con urgencia.

Antes de darme cuenta, volvía a estar a resguardo en un abrazo fuerte que me dejó sin respiración. Le agarré con fuerza, para que no se me volviera a escapar, como si fuese a pestañear y todo pudiera desaparecer: el autobús, los niños, las pancartas, él.

—¿Me vas a perdonar esto también? —murmuró en mi oído, y sentí cómo mi piel vibraba con el roce de su aliento.

—No creo que pueda —respondí—. Solo deseo que el viaje en bus haya sido horrible.

—El peor que recuerdo.

Me reí apoyada en su pecho. No me importaba que todos estuvieran mirando. Su risa resonaba en mi pecho haciéndome cosquillas.

Estaba donde quería estar.

Clara, Luz y Ana aplaudieron, abrazadas, y alguien las siguió. Luego, alguien más.

Cuando despegué mi mejilla de su pecho, todo el campamento había estallado en aplausos.

—Ahora tenemos que volver a España —comentó Luz, con miedo de estropear el momento—. Pero antes queríamos saber si perdonabas a Nicholas. Hacéis una pareja perfecta.

Me sonrojé al oír las palabras de la niña. De repente, me pareció que tenía razón. Que la diferencia de edad no era nada. Que conocía a ese Nicholas que había hablado de sus sentimientos a todos, incluso sabiéndose culpable.

—Gracias por ayudarlo —les dije a las tres chicas, que se abrazaron a Nicholas y a mí, llenas de alegría.

—¿Ahora qué? —me preguntó, cogiéndome la mano y posándola en su pecho.

Sonreí. Me latía el corazón a mil por hora.

—Ahora es cuando descubrimos si esto que sentimos puede con todo.

—*It's a beautiful world, isn't it?* —susurró Nicholas, enredando su voz en mi pelo justo antes de besarme.

Mientras, los niños aplaudían y nos jaleaban entusiasmados.

Y, por fin, el mundo volvió a brillar.

¿Te ha gustado la historia?
Tu opinión es muy importante para mí.
Deja una reseña en Amazon y ayúdame a que este libro llegue a más lectores. Cada palabra tuya suma muchísimo: me da visibilidad, me impulsa y me permite seguir escribiendo.
Deja tu opinión.

¿Quieres saber a qué suena el verano de Candela?
Escanea este QR y disfruta
de la **banda sonora** de esta novela.

Sígueme en Instagram
@noravalley_escritora